EN EL AÑO DEL CENTENARIO DE VLADIMIR ILICH LENIN Y DEL CINCUENTENARIO DEL PARTIDO COMUNISTA DEL URUGUAY

estudios 54

POLITICOS - ECONOMICOS - FILOSOFICOS - CULTURALES



Juventud Universidad Revolución

ESTUDIOS 54

S U M A R I O



Notas Políticas

En todas las instancias, combatir con la misma energía y lucidez
Enrique Rodríguez 2

Problemas nacionales

La Universidad y la Revolución 9
Eduardo Seguí 10

Palabras preliminares
José Luis Massera 13

Sobre el proceso histórico de la ciencia bajo el capitalismo
Julio Rodríguez 23

Ciencia, técnica y fenómenos sociales
Rafael Laguardia 28

Evolución del concepto de investigación científica
Wáshington Buño 35

Experiencias de Reforma Universitaria
Santos Arbiza 40

Las relaciones política-ciencia y las corrientes ideológicas
Raúl Latorre 44

Infiltración imperialista en la cultura
J. Bentancourt Díaz 55

Papel subversivo de la ciencia
Enrique París 64

Problemas de la Reforma Universitaria en Chile
Enrique París 66

Ideología dominante y Universidad
Juan Pío 76

No mañana... enraizar ahora, Universidad y Revolución
Rodney Arismendi 79

* * *

Algunas notas sobre la juventud en un mundo que se transforma
Héctor P. Agosti 100

En el Centenario de V. I. Lenin

Con motivo de dos cartas
V. I. Lenin 114

* * *

Maquiavelo y el marxismo
José Luis Massera 126

Caminos de la Cultura

"Martín Fierro" de A. Hernández 133

Bibliográficas

Guido Brunetto Paladino, ... 136
Publicaciones recibidas 141



NOTAS POLITICAS

En todas las instancias combatir con la misma energía y lucidez

ENRIQUE RODRIGUEZ

Cuando escribimos esta "Nota Política", aún están vigentes las "Medidas Prontas de Seguridad", implantadas dos veces por el Presidente Pacheco, y tres en tres años de gobierno del Partido Colorado. No hay a la vista ningún síntoma de que ellas sean levantadas oficialmente, aunque su impopularidad y deterioro son algo más que evidentes. Es tan escandaloso el uso de ese controvertido artículo 168 —inciso 17— de la Constitución, es tanta su permanencia en la vida "institucional" como instrumento de gobierno, que parecería obligatorio referirse a él en un artículo de actualización política, como lo son comúnmente los de esta sección de "ESTUDIOS".

Así ha sucedido en los últimos números de nuestra Revista; tal era el peso —y las proyecciones de futuro— de la existencia de las "medidas", que resultaba casi imposible sustraerse a su análisis cuidadoso, a su proceso y desarrollo. Pero ahora no creemos imprescindible repetir ese análisis; y, desde luego, no porque nos hayamos acostumbrado a convivir con las dichas "medidas".

Si algo caracteriza nuestra prédica y nuestra acción política es precisamente ese permanente "no amoldarse", no amansarse, denunciar, una y otra vez, todo ataque a las libertades sindicales y populares, llamar a la vigilancia y a la lucha.

En cierto modo, si podemos prescindir del tema concreto, es porque, el que abordaremos, significa una culminación, un desarrollo, una confirmación también, de los análisis aquí realizados sobre el

panorama político, bajo la vigencia de las "Medidas Prontas de Seguridad" en períodos tan inusitadamente prolongados.

LA SALIDA POLITICA

¿Cuál es el tema presente hoy en el escenario nacional? Es el de lo que llamaríamos la salida política más o menos tradicional, más o menos "normal", a la uruguaya, etc. El tema está ahí, lo registra el nervioso deambular de los cronistas políticos de la prensa y radio; lo expresan candidaturas adelantadas por no decir apuradas, como la del vice-presidente Abdala; el lanzamiento al ruedo de nombres como el del general Seregni; lo señala parodójicamente, la extrema cautela del grupo "Unidad y Reforma" —sospechosa por demás—, conociendo la irrefrenable ambición presidencial de Jorge Batlle; y hasta lo refirma, por vía negativa, la inusitada prevención revelada por Pacheco contra una "campaña electoral prematura", mientras sus acólitos le baten el parche, aunque sin "móviles electorales", y el muy servil Dr. Daniel Rodríguez Larreta desde "El País" corona esta baraúnda de contradicciones con la despampanante proposición de "prolongar los mandatos", en primer lugar —¡claro está!— el del Presidente de la República.

Sí. El tema está ahí. Quedan escasos dos años de gobierno Pacheco, y ya es imposible evitar el planteo de la sucesión presidencial.

Para el objetivo de este artículo, lo importante no es seguir, y menos aún predecir, el transcurrir de esta puja provisional y de este avispero prematuro. Quede ello para nuestro diario "El Popular", que arduo trabajo tendrá para los próximos meses. Lo que importa saber es si, como pretenden algunos, este inicio evidente de la campaña electoral 1971, transcurre —o transcurrirá— por los senderos trillados de anteriores confrontaciones, o si, por el contrario, tiene vigencia el concepto ya acuñado en estos dos años de "medidas", de que "algo ha cambiado en el Uruguay", justamente cuando se acerca uno de los más característicos hechos del viejo Uruguay, es decir. el juego político, el bipartidismo, las polarizaciones extremas y forzadas, la utilización fraudulenta de la "Ley de Lemas", etc.

Para definir este importantísimo tema, es preciso ir a la fuente, a las raíces de los problemas: y éstas no son otras que las económicas, o socio-económicas. ¿Por qué? Porque allí está la base material de la crisis, del deterioro de la economía y las finanzas, del fracaso de las promesas demagógicas, y, por último, también del descalabro galopante de los partidos políticos llamados tradicionales.

Decimos de ir a la fuente, a la crisis estructural (no sólo de Uruguay sino de América Latina), al estrechamiento de la base social e ideológica del imperialismo, al anudamiento más apretado de todas las contradicciones, a la acentuación aún mayor del desarrollo deforme del capitalismo, y otros síntomas clamantes que hacen incurable la crisis e irreversible la agudización de la lucha de clases. Pero vamos a prescindir de ese análisis, que alargaría este artículo, y sólo reiteraría sin brillantez, lo que ha sido expuesto exhaustivamente hace muy poco tiempo en estas páginas. Para comprender cómo es de irremediable esa crisis económico-social, mientras se mantengan las

actuales estructuras y la orientación de sujeción a Wáshington, me remito al "Cuaderno" Nº 1 de "ESTUDIOS" ("DOS ANALISIS". R. Arismendi), págs. 18 a 28. Ninguno de esos índices ha variado, sino para empeorar; y algunos, como la super-concentración de la banca y su extranjerización, o la supeditación odiosa a los mandatos del F.M.I. han tenido un curso realmente alucinante.

PERSPECTIVAS DE LA CAMPAÑA ELECTORAL

Si partimos de esa base, ¿qué perspectivas tiene la campaña electoral que se inicia? Una primera premisa lo es que el sector gubernista (el pachequismo, Jorge Batlle) saldrá a disputar un electorado duramente golpeado por el descontento que se acentuará día a día a causa de la miseria en ascenso. Y, si bien ese sector tratará de afinar la cuerda para tocar la música conocida del "orden", enfrentado al "caos" (aparte de la utilización al máximo de los resortes corruptores de la administración), es evidente que ni aún con esos recursos (no despreciables) podrá sobreponerse al poderoso viento en contra constituido por la complicidad, con tan oprobioso período. El pueblo no olvidará sus muertos; tampoco sus libertades pisoteadas y su bienestar deteriorado en grados tan profundos.

Ya se ha dicho, pero es bueno repetirlo: ésta no es una crisis política común; lo que se resquebrajó no es un sector (el gubernista) mientras se reflota el otro, manteniendo así el péndulo, base del bipartidismo y de la rotación en el Poder. Aunque algo de eso siempre sucede, se puede afirmar que, ni de lejos, en esta oportunidad se ha dado y se dará ese proceso tradicional en su forma "limpia".

¿Por qué? Por lo que se ha dicho: el viejo Uruguay ha muerto. Ha corrido sangre, ha sido estafado un pueblo entero en un período brevísimo, ha emergido sin máscara (o con el mascarón de proa de un Charlone, un Peirano o un Bordaberry) el rostro de la gran oligarquía del dinero a los comandos directos del Poder, a los ministerios; han sido arrastradas por el suelo, ignominiosamente, las tradiciones batllistas de laicismo, autonomía de la enseñanza y de los Entes Estatales, libertad de prensa y de palabra, etc. Esta apostasía total, generalizada, donde nada se ha salvado de ser profanado, ha traído un trauma al Partido Batllista, del cual le será muy difícil, si no imposible, reponerse. Esto es irreversible.

Es cierto que algunos sectores batllistas (sus nombres son conocidos) han opuesto relativa resistencia a los desmanes, y, en ese sentido, podrían ser los que retuvieran para el batllismo los aportes perdidos por el gobierno y sus cómplices. Esa posibilidad existe, y no puede desdeñarse; pero también es cierto que esos sectores, por un lado, deberán explicar cómo es posible que los votos que ellos reclaman sean para la misma conjunción para la cual los reclamará Pacheco o Jorge Batlle, o Peirano, es decir: el Partido Colorado; por otro lado, el nivel de la lucha de clases (el ya alcanzado en 1968-69, y el que se alcanzará en 1970-71) reclamará definiciones tajantes en relación a grandes temas, y no bastará el enunciado de oposición a Pacheco, o el enfrentamiento personalizado a uno o dos Jorges. La imposibilidad real de que ello ocurra, unido a lo anterior (el voto

bajo el mismo lema que Pacheco) dejará al margen una masa muy importante de batllistas, asqueados y deprimidos ante el juego político de siempre.

El esquema anterior puede servir para enjuiciar lo que previsiblemente pasará en el Partido Nacional. A primera vista, a la manera tradicional, normal, el Partido "opositor" (con Echegoyen, Ubillos, Rodríguez Larreta, ¡vaya oposición!) tendría un "plato servido" ante el desbarajuste gubernativo y del Partido oficialista. Pero, ya lo hemos mencionado de paso: los peores momentos y las peores medidas del gobierno, sólo pudieron marchar adelante con la complicidad visible, a veces proclamada, de ciertos sectores del Partido Nacional, con Echegoyen al frente, una de las últimas figuras del viejo herrerismo. Esto plantea la imposibilidad de que dicho Partido coseche sobre los desmanes del gobierno y el descontento popular. Y si bien, del mismo modo que en el Partido Colorado, en el Partido Nacional, han habido políticos (sus nombres son también conocidos) que mantuvieron una tesitura relativamente consecuente en materia de oposición al gobierno (discrepante con la de Echegoyen y su grupo), no es menos cierto que a estos sectores les caben las consideraciones anteriores: también ellos deberán reclamar los votos para el mismo lema que Echegoyen, Guadalupe o Bari González, y eso debilitará sustancialmente su prestancia opositora, limpia de complicidades.

Y también estos grupos deberán ofrecer algo más (¡muchísimo más!) que simples posturas contrarias al gobierno, es decir: una postulación programática progresista, que pueda borrar de la retina del pueblo los 8 años de gobierno del Partido Nacional. Y en este sector, no serán menores sino mayores las dificultades para postular un Programa acorde con las reclamaciones populares, por todo lo que las masas han aprendido en estos durísimos años. (Heber, F. Aldunate, el propio senador Pereyra, tienen muchas ataduras en el interior y mucha "retranca" del latifundio). Ofrecen, pues, estos sectores, un panorama peculiar. Por un lado, Pacheco-Jorge Batlle-Echegoyen, en la misma línea general. (No pueden, sin embargo, juntar sus votos, a causa de la Ley de Lemas). Por otro lado, sectores disidentes del Partido Colorado, coinciden en la oposición al gobierno con sectores determinados del Partido Nacional. Pero no pueden, tampoco, juntar sus votos (nadie piensa que lo desearan realmente). ¿Entonces? Entonces, todos esos grupos tendrán que juntar sus votos con los de sus "declarados enemigos", con los "traidores de la tradición y del Partido", etc., etc., repitiendo la mezcolanza tradicional tan nauseabunda y tan sin principios.

AL PASADO NO SE VUELVE

Con estos elementos de juicio primarios y sin un análisis más exhaustivo, surge ya una pregunta: ¿Está el Uruguay de hoy (y más aún el de mediados de 1971) como para soportar este rejuego "tradicional" politiquero? ¿Soportará este planteo soporífero, de baja altura, de los caudillos al estilo antiguo, luego de los muertos, los torturados, los militarizados, los confinados, los destituidos?

No sólo eso: más allá de los sufrimientos físicos y económicos, derivados de la congelación de salarios; más allá del impacto por el desplome de un "modo de vida" uruguayo, cuya imagen ellos, los dirigentes políticos tradicionales, se empeñaban en mantener y proclamar, hay otro factor, visible para quien haya vivido intensamente este período: grandes masas de trabajadores —a todos los niveles— se han puesto más cerca —diríamos gráficamente— de los temas importantes, de las soluciones verdaderas a los problemas del país. Estamos hablando del avance de la conciencia, de la politización, de la comprensión —en suma— del fondo de los problèmas sociales y económicos, a nivel, no de "élites", sino de multitudes. Esto es un hecho. Si juntamos estos dos ingredientes: por un lado, un desplome nunca visto de los Partidos tradicionales, en cuanto a la falta de aliento vital para arrastrar multitudes (no olvidemos que han desaparecido todos los caudillos, y alguno, desde el otro mundo, se encarga de "testar" el entierro prematuro de quien aún no ha muerto); por otro lado, esa elevación notoria de la conciencia política en niveles antes nunca alcanzados, ¿no nos está diciendo que no estamos ante un planteo común del pleito electoral de 1971?

EXISTEN SOLUCIONES POLITICAS EN EL F. I. de L.

De lo expuesto, emerge el gran interrogante: ¿existe una fuerza —otra fuerza, para decirlo incisivamente— capaz de recoger, de aglutinar, de encuadrar, todo ese inmenso material humano que se desprende como racimos de los partidos tradicionales, al compás del elevamiento de su nivel de conciencia?

La respuesta es simple, puede serlo: Sí. ¡Existe! ¡Es el "Frente Izquierda"! Pero la simplicidad, en este caso, ocultaría complejidades que no se nos escapan. En primer lugar, porque para un ciudadano medio, el proceso de desarraigarse de un partido tradicional, no es sencillo; es un parto con dolor, que arrastra cosas muy caras y sentidas. ¡Si sabrán eso los caudillotes tradicionales¡ ¡Si le habrán sacado dividendo a esa emoción tan humana! Y esto plantea la necesidad de situar al Frente Izquierda en una posición de alternativa, de solución; es decir, de estatura política apropiada para absorber el sentir colectivo de frustración, iluminado ya por la conciencia que despierta. Y esto, ¡no nos engañemos!, requiere trabajo, tenaz y pertinaz trabajo en el seno del pueblo, mostrando siempre, y a toda hora el perfil del Frente, poniendo de relieve su carácter, probando con los hechos cómo no es obligatorio, ni se requiere, abandonar la tradición batllista o nacionalista, o cristiana, para militar en el Frente, que sólo se necesita romper con los vendepatria y sumarse a los que van "al rescate de la nación".

En segundo lugar, el proceso de unidad de todas las fuerzas de izquierda y progresistas, choca, no sólo con la tradición, la inercia, la falta de información; también choca contra el prejuicio sembrado por la reacción en decenios (el anticomunismo sigue siendo arma envenenada), y contra intereses políticos de sectores que, sin pertenecer al campo de la reacción, están atados al sistema (Ley de Lemas, etc.). Hay muchas fuerzas que aún no están dentro del Frente

Izquierda y que podrían desempeñar un papel positivo en la lucha para derrotar a la oligarquía. A ese problema salió al paso el Presidente del Frente Izquierda, Luis P. Bonavita, en el acto final de 1969, llamando, limpia y llanamente A TODOS, a enfrentar al enemigo común, declarando, como siempre, que el FIDEL está abierto al diálogo y a la unidad sin exclusiones, con quien sea auténtico luchador contra la oligarquía. Esa clara posición, era una respuesta obvia, a las lamentables declaraciones del diputado Terra, del Partido Demócrata Cristiano, que se adelantara a proclamar su deseo de unirse (nadie sabe cómo) con sectores determinados de partidos tradicionales, pero que nunca lo haría con el Frente Izquierda, en nombre de no se sabe qué discrepancias doctrinarias. Flaco favor (no importa si inconsciente) al pachequismo y a la oligarquía, que juega todas sus cartas a que no exista una alternativa popular poderosa, al margen de los lemas tradicionales.

Esta declaración, por su claro sentido anti-unitario, va a contrapelo de lo que el pueblo uruguayo ha vivido estos dos años y estamos seguros que no interpreta el sentir de la inmensa masa de militantes cristianos, como lo muestra la evolución que en ellos se ha producido.

Desde otro ángulo, y con otros conceptos, el reportaje al senador Rodríguez Camusso en un semanario, debe esclarecerse, ya que él es una justificación de la permanencia, dentro de los partidos tradicionales, de quienes están enfrentados a la oligarquía, incluso la de "su" Partido. Dice así, en lo que importa a este comentario:

> "Si las fuerzas populares salen de los partidos tradicionales, vastos sectores poco informados pueden creer que sólo los reaccionarios y fascistas, que en ambos partidos hoy medran, representan adecuadamente aquéllos importantes valores".

Hacemos abstracción del resto del reportaje, lleno de conceptos claros y enérgicos contra el gobierno y los entreguistas de su Partido, por otra parte reiterados en muchas oportunidades, con valentía y dignidad. Y hacemos abstracción de lo personal, en cuanto a que el senador R. Camusso, en la instancia respectiva, se juegue y actúe contra "los reaccionarios y fascistas" dentro de su Partido; lo aceptamos; pero el panorama no cambia, pues se trata de contestar a la pregunta de si esos partidos tradicionales son instrumentos aptos para actuar en favor de las transformaciones sociales que el país necesita apremiantemente. Y la respuesta es un rotundo: ¡No! Y si eso es así, ¿existe otra alternativa o posibilidad?, y la respuesta es: ¡sí! Porque existe el Frente Izquierda que es un Frente y no un Partido y porque, además, ese Frente está dispuesto siempre a dialogar, a escuchar, a trabajar por la unidad popular en todos los planos, tal como lo reiterara su Presidente.

Creemos oportuno dejar estampadas, en este comentario, las precisas y meditadas frases con que Luis Pedro Bonavita reiteró la posición del Frente Izquierda, al comenzar el año 1970, en reportaje al vespertino **"De Frente"**:

"...Duro será 1970 —dijo. Pero su propia dureza habrá de concurrir a delimitar los campos. Vivimos horas de decisión: o se está con la oligarquía gobernante, o contra la oligarquía gobernante. En los hechos y no en las palabras. Una vasta, clara, honrada unidad popular en torno a un programa que todos asuman el compromiso de cumplir, sobre pocos y concretos problemas nacionales, los más angustiosos, los menos diferibles, puede dar paso al aglutinamiento de una fuerza política que constituya una nueva alternativa de poder. Y entonces sí, la nación iniciará el despegue real, no el invocado por un desarrollismo cómplice de todos los que hoy prevalecen."

Conviene delimitar bien las posiciones, tal como lo hace el Frente en las anteriores precisiones. El pueblo aprendió ya mucho, en este intenso período. La crisis en avance incesante y la dureza de las luchas, "habrán de concurrir a delimitar los campos". El Frente Izquierda nació en 1962, justamente como una expresión de ese proceso inicial de "delimitación", que hacía ya imposible permanecer en los caducos partidos tradicionales, oponerse a la "oligarquía gobernante" que no tiene Partido ni color.

Ocho años después, y cuando ese Frente se ha consolidado como tal, y ha pasado la prueba de la vida, en nombre de esa experiencia, reclama "una vasta, clara y honrada unidad popular", para, "en los hechos, y no en las palabras", crear una fuerza política que constituya "una alternativa de poder".

¿Quién duda que un tal planteo, al comienzo de la campaña electoral, tendrá extraordinaria repercusión?

¿Quién, que haya pensado en serio —y aprendido algo— puede desoir este llamado, si es que desea de veras, la derrota efectiva de la oligarquía?

Es éste un primer esbozo sobre el panorama electoral (con Medidas en el medio, una típica ocurrencia pachequista) que no pretende agotar el tema.

De él se desprende la confirmación de la táctica fundamental que hemos defendido desde estas columnas, en este duro período. De él surge que, efectivamente, el gobierno profundiza su aislamiento, al compás de la crisis y la lucha obrera y popular, que los partidos tradicionales han sufrido un quebranto serio, que se ha fortificado el pueblo y sus organizaciones sindicales, populares y políticas, y que la instancia electoral que se ha abierto (si es que el fantasma de la "prórroga de mandatos", u otras aún más fieras no la frustran o la deforman) será una nueva palestra de la gran batalla entre el pueblo y la oligarquía.

El pueblo luchó cuando no se vislumbraba —ni nadie se atrevía a hablar en serio— de que habría elecciones. Luchó, se templó, aprendió, se unió. En otra instancia, diferente, pero con el mismo enemigo al frente, sabrá responder con la misma energía y lucidez.



la universidad y la revolución

El viernes 5 y sábado 6 de diciembre se efectuó, auspiciada por el VII° Congreso de la Unión de la Juventud Comunista, la Mesa Redonda universitaria sobre el tema que ilustramos. "Estudios" recoge este gran aporte de la UJC a la elaboración teórico-política de uno de los grandes problemas de la lucha revolucionaria, antimperialista, popular.

Un nutrido y ávido público universitario, estudiantil y juvenil, de marcada amplitud por su origen político e ideológico, participó del variado y profundo intercambio de opiniones que protagonizara un calificado panel de catedráticos, docentes, militantes estudiantiles de la UJC y dirigentes de nuestro Partido.

Damos a continuación la versión grabada de las intervenciones, cuyo texto no fue corregido por los autores.



EDUARDO SEGUI

Delegado estudiantil al Consejo Directivo Central de la Universidad de la República. Miembro del Comité Central de la Unión de la Juventud Comunista

Señores invitados especiales, señores Decanos y Catedráticos de la Universidad de la República, Dr. Enrique Paris Presidente del Movimiento Reformista Universitario de Chile, compañeros delegados del Partido Comunista de Chile, camaradas del Comité Central del Partido Comunista, compañeros y compañeras:

Esta Mesa Redonda está inscripta en el marco del VII? Congreso de la UJC y tiene por finalidad prestigiar y desarrollar una serie de actividades en torno a la problemática universitaria. El objetivo fundamental de la misma consiste en continuar un diálogo fecundo, diálogo que se desenvuelve crecientemente en el Uruguay en la última década, a fin de extraer conclusiones de carácter ideológico que ayuden a definir la posición de la Universidad frente al gran tema de la revolución.

Para iniciar nuestra breve intervención, hemos elegido dos parágrafos del libro de Darcy Ribeiro sobre la Universidad latinoamericana, en los cuales se dice:

"Los diferentes grados y modos por los que las Universidades de los países desarrollados lograron su vigencia actual indican que hay ciertas innovaciones fertilizantes que es útil conocer porque pueden facilitar el cumplimiento de las funciones universitarias específicas y hacerlas cumplir rol de aceleradores intencionales del cambio social".

Y más adelante, agrega:

"El desafío mayor con que nos enfrentamos consiste en elaborar un nuevo modelo teórico de Universidad que permita revertir el papel tradicional de la Universidad para conformarla como un agente de transformación de la sociedad".

Creemos que, sin agotar el pensamiento de Darcy Ribeiro expresado en ese libro, estos dos parágrafos señalan algunos aspectos esenciales del papel cumplido por nuestra Universidad en el presente período. En particular, podemos decir, que la postura de enfrentamiento a la política de la oligarquía por parte de la Universidad, así como también la actitud democrática y de permanente crítica al régimen, en defensa de las libertades públicas y sindicales conculcadas, muestran a la Universidad de la República cumpliendo con sus fines específicos —establecidos en la Carta Orgánica— que fuera arrancada al propio poder político. Con ello crea, justamente, condiciones como para ser un factor de cambio social.

La Universidad impulsa su acción en el ámbito de la lucha de todo el pueblo, junto a la clase obrera y a los sectores populares, enlazada a los trabajadores del Uruguay al igual que ocurre en la mayoría de los países de América Latina. Esa situación ayuda a la acumulación de los factores determinantes del cambio, que es la característica más específica del momento, e incide en su orientación.

La consigna particular de "obreros y estudiantes, unidos y adelante", consigna surgida de las luchas de 1958 por la conquista de la Ley Orgánica, ha hecho que, ese trajinar de la Universidad junto a la clase obrera, adquiriese un carácter de espíritu colectivo, que ya no es sólo patrimonio de los estudiantes universitarios, sino que se ha convertido, prácticamente, en un elemento de toda la institución.

El gran peso de la lucha del pueblo en los últimos tiempos, y en consecuencia del devenir histórico, ha corrido por cuenta de la clase obrera y los trabajadores en general. Pero es indudable que, sólidamente junto a ellos, han estado: la Universidad, los representantes de la intelectualidad y la cultura, encabezados en particular por los universitarios.

Se cumple así un papel positivo que ha contribuido a la unidad en torno a las grandes salidas populares, en torno a las grandes salidas nacionales; ha llevado a abrir brechas y a aumentar las contradicciones particulares existentes en los propios sectores de la oligarquía. A través de mitines, de la apertura de las casas de estudio al pueblo, de pronunciamientos, documentos, materiales técnicos, balances políticos, la Universidad se ha definido, una y otra vez, por la moratoria de la deuda externa, por el rompimiento con el FMI, por

la reforma agraria, por las nacionalizaciones (como las de la banca, la industria frigorífica, etc.), y otra serie de postulados levantados por nuestro pueblo, postulados que indican las líneas fundamentales para un cambio radical.

Por todo ello el gobierno ataca, indudablemente, a la Universidad. Es así que hemos transcurrido por la derrotada ley de destitución de las autoridades universitarias en 1968; que se acumula una deuda de 1.600 millones de pesos en el presupuesto de gastos de la Universidad; presenciamos el intento de crear el Consejo Superior de Enseñanza e Investigación Científica que abate la Autonomía; se dan los pasos en la creación de la Universidad del Norte y otra serie de intentonas cuyo fin es liquidar la Universidad y la enseñanza pública.

Pensamos que la postura fundamental a adoptar de inmediato es, para la Universidad, salir de la actitud de contragolpe, necesaria respuesta a los golpes que el gobierno asesta, para pasar a una política de ofensiva. En ese sentido, es muy positiva la iniciativa de convocar al Congreso de la Cultura, magnífico evento que congregó a más de 61 organizaciones de la educación y la cultura en general, rodeando a la Universidad e insertándose en un panorama político donde no solamente vamos a estar para responder a las leyes antiuniversitarias, sino para crear las condiciones de denuncia fundamentales acerca de los grandes problemas de la educación y la enseñanza en general.

Y somos conscientes de que una ofensiva de la Universidad contra la política del gobierno, cuya expresión más elevada es la lucha por la Universidad Popular, solamente habrá de ser realidad en el marco del combate por cambios democráticos y avanzados, revolucionarios, en el país. Por tanto lo esencial del momento es profundizar y extender la acción junto a la clase obrera y el pueblo, favoreciendo su unidad en torno a un programa de cambios positivos, como ya se ha explicado.

Con estos enfoques, muy suscintamente expresados, los comunistas universitarios y la Juventud Comunista llegamos al VII° Congreso, con el objetivo de unir, organizar y conducir a la lucha a la juventud de nuestro país. Reivindicando nuestras mejores tradiciones, lo mejor de nuestro pasado histórico, proyectamos hacia el futuro de liberación nacional y emancipación social, hacia el futuro socialista, a nuestra organización; ofrecemos, en consecuencia, a la juventud uruguaya un puesto de combate en torno a una posición revolucionaria.



PALABRAS PRELIMINARES

JOSE LUIS MASSERA

Miembro del Comité Ejecutivo del Partido Comunista. Representante Nacional por el Frente Izquierda de Liberación. Profesor Emérito de la Facultad de Humanidades y Ciencias.

Se me ha pedido que haga una exposición concentrada, en cierto modo previa, del conjunto de los temas de esta Mesa Redonda, que luego serán desarrollados y discutidos, como lo ha explicado el compañero Seguí. Sin duda, este temario representa en su conjunto un complejo muy grande de problemas y me parece muy digna de elogio la iniciativa de la Juventud Comunista de promover públicamente, en torno a la realización de su Congreso, un debate sobre ellos, un examen lo más profundo que esté a nuestro alcance y una posible toma de posiciones, aunque sea sobre algunos de los aspectos del mismo.

Universidad y lucha de clases

Hay un hecho, de partida: la Universidad, los estudiantes universitarios, los docentes, las autoridades, han estado y están involucrados en las grandes luchas sociales de nuestro tiempo, forman parte, objetivamente, del proceso revolucionario que se está viviendo. Hablamos, por supuesto, de nuestra Universidad del Uruguay, hablamos de las universidades latinoamericanas, aunque también de las universidades europeas y hasta de las universidades de los EE.UU. Es cierto que los niveles son muy desparejos. Pero el hecho queda, sin embargo, y es expresión de las grandes luchas de clases de nuestro tiempo, de esta época de tránsito del régimen capitalista al socialista.

¿Qué explicaciones dar a este hecho que nos parece necesario poner como punto de partida de todo nuestro debate? Arismendi, en su libro "Encuentros y desencuentros de la Universidad con la revolución", analiza el problema, particularmente en su tercer capítulo. No se trata de un accidente superficial. Esa participación responde, en última instancia, a la eclosión de elementos larvados en la propia naturaleza y esencia de la Universidad. ¿Cuál es la función de ésta? Formar técnicos y científicos

de acuerdo a las necesidades del desarrollo social, en términos históricos concretos. Pero de esos términos históricos concretos forman parte, por un lado, las fuerzas productivas de la sociedad, por otra parte, las relaciones de producción. Y en momentos como los actuales esos dos elementos están en abierta y aguda contradicción.

Entonces, puede encararse la Universidad, por un lado, como rodaje e instrumento de determinada formación económico-social, en la cual juega o debe jugar un papel muy importante, el de la formación de los cuadros para esa estructura económico-social; cuadros, por lo tanto, esencialmente para las clases dominantes de esa estructura. Hablamos, por supuesto, de una sociedad dividida en clases, como es la nuestra. Desde ese punto de vista debe o debería responder al interés y al predominio ideológico de esas clases y ubicarse, por lo tanto, en el marco de una superestructura definida esencialmente por determinadas relaciones de producción. Pero, por otro lado, la Universidad debe responder a las necesidades objetivas del desarrollo de las fuerzas productivas. Y, entonces, la contradicción social fundamental entre fuerzas productivas y relaciones de producción aparece ínsita en la propia naturaleza y función de la Universidad.

La contradicción fundamental llega a la Universidad, sin embargo, también por otras vías. Porque si esa contradicción fundamental, en el plano económico, se manifiesta entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en el plano social se manifiesta en la división de la sociedad en clases. En nuestro país, y puede decirse que en toda América Latina, es esencialmente la división de las clases populares, por un lado, obreros, trabajadores, sectores medios, intelectualidad, campesinos, enfrentados a la oligarquía, compuesta cada vez más por un grupo minúsculo de grandes capitalistas ligados a la banca, a la gran industria, al gran comercio, de grandes latifundistas y, en última instancia, por esta misma intermediación o por otras intermediaciones, al imperialismo, al imperialismo norteamericano. División de la sociedad que se resuelve en aguda lucha entre estas clases. La Universidad no puede aislarse de esta lucha de clases que conmueve a toda la sociedad y que impregna toda la vida social. En la propia Universidad, en las personas que físicamente la integran, están representadas esas clases, de modo deformado es cierto, desproporcionado, pero están todas ellas. Desproporcionado, por un peso muy reducido de los sectores más humildes, de los trabajadores, de los trabajadores del campo particularmente, por un peso relativamente reducido también, de los sectores oligárquicos y por una proporción muy importante de las capas medias. Fenómeno general, puede decirse, pero que en nuestro país es particularmente acentuado. Y no cabe duda que en esta representación de la sociedad que se da dentro de la Universidad, repito, representación desproporcionada pero en la cual están los elementos de las distintas clases, el proceso de deterioro económico-social de estas capas medias, que las lleva a su radicalización , que pasan a ser revolucionarias —para usar, si se quiere, las palabras del Manifiesto Comunista— únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, este peso de las capas medias, determina también algunas de las formas en que la Universidad vive intensamente el reflejo de las profundas conmociones sociales de nuestro tiempo.

No son por cierto éstas las únicas contradicciones; Arismendi también señala la contradicción en el plano específicamente cultural en que



la Universidad es, por un lado, conservadora y trasmisora de la herencia cultural, por otro lado, renovadora, investigadora de nuevas verdades. Contradicción interna a la ciencia, a toda ciencia, contradicción entre la verdad y el error, entre lo que es ciencia propiamente dicha y lo que es ideología mistificadora. Pero contradicción aguzada hoy, sobre todo en las ciencias sociales, como reflejo de la pugna de las ideologías de las diferentes clases. Incluso, también, por el proceso de la revolución científico-técnica, que sacude implacablemente todas las estructuras del conocimiento humano.

Frente a todo esto, se hacen particularmente intolerables las insuficiencias, los defectos, los errores que arrastran estructuras tales como las de nuestra Universidad. La Universidad, por lo tanto, debe cambiar, en el marco de un mundo y de una sociedad que están cambiando revolucionariamente. Se plantea naturalmente la pregunta: ¿Cuál cambio primero? ¿Cuál es la prelación de estos cambios? Por supuesto, la relación entre ellos es dialéctica y compleja; algo más adelante pensamos dedicar algún párrafo más específico a esto. Sea como fuere, es natural, por todas estas razones, el hecho que colocábamos al principio, de la participación de la Universidad en las luchas sociales, en las luchas de clase de nuestro tiempo.

Esa lucha se plantea abiertamente en el terreno político, como un enfrentamiento no sólo al régimen imperante en un sentido más o menos genérico y abstracto, sino como un choque frontal, concreto, de las clases populares con el gobierno que representa las clases dominantes. Y se expresa hoy, concretamente, en el terreno de las libertades públicas. El gobierno uruguayo podría decir lo que dijo Odilon Barrot en la Francia del siglo pasado: "La democracia nos mata". Y responde como han respondido siempre históricamente todas las fuerzas reaccionarias: matando a la democracia, arrasando con las libertades. De paso sea dicho, esta manifestación de las contradicciones y de la lucha de clases en el terreno político da origen a una nueva expresión de contradicciones en el seno de la propia Universidad: por una parte ella debe ser o se supone que es la trasmisora de los viejos principios del liberalismo y la democracia burguesa; más aún, algunas Facultades están expresamente encargadas de preparar los técnicos especializados en el manejo de esas estructuras políticas. Por otra parte, es demasiado evidente la ruptura de la realidad

con esos ideales de libertad y democracia. Incluso la Universidad sufre en carne propia esa ruptura. Todo esto no puede menos que provocar la reflexión crítica sobre la sociedad, la política, las estructuras legales. No puede menos de estimular una búsqueda más profunda que las clásicas interpretaciones ideológicas burguesas que la Universidad siempre cultivó y trasmitió y aún hoy, tan maltrechas como están, cultiva y trasmite; ese contraste dramático se convierte así en una vía más para que muchos universitarios, a todos los niveles y en todos los órdenes, lleguen a posiciones avanzadas y revolucionarias.

Pero, fundamentalmente, la Universidad hace plena conciencia de lo que está pasando en la sociedad en la cual está inmersa porque, que lo quisiera o no, no podía dejar de ser arrastrada a la vorágine de la lucha política. La verdad es que, desde hace años, se va dando una tensión creciente y podríamos decir recíprocamente alimentada, entre un gobierno que amenaza y ataca, o varios gobiernos que amenazan y atacan groseramente a la Universidad y su autonomía, y una Universidad que responde con una lucha cada vez más frontal y radicalizada. Y si el desafío de la lucha, del ascenso de la conciencia de las masas populares, en general, se hace insoportable para las clases dominantes y para el gobierno a los cuales amenaza, ese desafío les resulta particularmente intolerable cuando se trata de la Universidad, que, según ellos, debiera ser el manso instrumento de la formación de técnicos e ideólogos que esas clases necesitan para administrar y consolidar su dominio. Que esa Universidad incurra también en el desafío al régimen y en la lucha, que se vaya penetrando de conciencia revolucionaria —por muy complejo y zigzagueante que sea el camino—, y, lo peor de todo, que ligue abiertamente su destino a las masas obreras y populares, que luche junto a ellas codo con codo, eso es, sin duda, particularmente insoportable para las clases dominantes y para el gobierno.

A enemigos comunes, oponer la acción conjunta

Yo decía que este proceso se da desde hace varios años; la dureza de las expresiones recientes de este enfrentamiento no debe distorsionar la perspectiva. Hay que pensar en 1958 y aun antes, en los momentos en que aparecían los primeros signos evidentes de la crisis económica, estructural, en la cual el país se iba hundiendo; en los momentos en que aparecían, en un resultado electoral sorprendente, las primeras manifestaciones de la crisis de los partidos tradicionales. A lo largo de todos esos años, se extiende un prolongado historial de hechos, de problemas: las tentativas de creación de una Universidad privada y de un instituto tecnológico en la órbita de la Fundación Armour, la campaña calumniosa permanente de la prensa, los ataques al rector Cassinoni, el célebre asalto fascista a que estuvo vinculado de una manera bastante ridícula Rodríguez Larreta; y luego, 10 años más tarde, cosas mucho más graves, los cercos policiales, la violación de la autonomía, el asalto de las Facultades, el pedido de venia de destitución de las autoridades, la ley que pretendió cambiar el régimen de elecciones universitarias, el episodio de las banderas, los intentos deliberados de asfixia económica de la Universidad, el lanzamiento de la iniciativa de la Universidad del Norte, la histeria y estupidez de las leyendas acerca de la Universidad "subversiva", la cam-



paña frenética contra el actual rector Maggiolo, todos esos frutos del cacumen inepto y prehumano de García Capurro y de la mentalidad retrógrada de los Echegoyen, pero, en esencia, esfuerzos, todos ellos, de las clases dominantes para volver bajo su cerrado control a un importante resorte que se les escapa de las manos, esfuerzos para aislar a la Universidad y justificar su furia represiva contra todo el pueblo con la leyenda de los grupitos subversivos que presuntamente cría la Universidad de la República.

La respuesta que, repito, no fue inmediata, que se fue dando a lo largo de este proceso, en definitiva fue: la Universidad junto al pueblo, incluso la Universidad "del pueblo". Lo que en 1958, en ciertas zonas de mentalidades reformistas, aparecía como un ideal romántico (y era efectivamente irreal, irrealizable, si se tomara al pie de la letra, como objetivo transformador de la esencia de la Universidad, imposible de realizar sin un previo cambio revolucionario), la práctica de la acción política, las necesidades prácticas de la defensa de la Universidad y de su autonomía lo fueron transformando en una realidad, distinta, por cierto, de aquellos ideales, pero no menos importante: la profunda inserción de la Universidad en la vida política, en la lucha de las masas, retribuída generosamente por la comprensión y la simpatía del pueblo hacia la Universidad, por el apoyo a su causa, por la comprensión de la importancia que reviste para la lucha general por la libertad.

Facilitó ese proceso la madurez de la clase obrera, educada por nuestro Partido y por la experiencia de las luchas de clase, lo facilitó mucho la maduración política del estudiantado procesada a lo largo de estos años. La experiencia de las luchas comunes, de la solidaridad recíproca, que inscribió ya en 1958 aquella consigna de "¡Obreros y estudiantes, unidos y adelante!", la radicalización progresiva de docentes, de autoridades, de sectores de profesionales vinculada al golpeteo de la crisis sobre las capas

medias a que aludíamos, el rejuvenecimiento de los cuerpos docentes, la relativa independencia frente a las clases dominantes que permite la mayor dedicación a la tarea permanente universitaria, las crecientes dificultades económicas y sociales de las grandes masas de jóvenes egresados, que facilitan la continuidad de las rebeldías de su vida estudiantil, todo esto, amasado a lo largo de años de luchas y de enfrentamientos y experiencias políticas, algunas muy duras, ha ido dando esta Universidad nuestra de hoy que, en cierto sentido, aparece como polo y símbolo de la resistencia contra el despotismo, cosa que, por otro lado, en líneas generales, sucede en toda América Latina

Es natural entonces, que la Universidad sea una componente inexcusable y constante del Movimiento de Defensa de las Libertades y la Soberanía, surgido hace algunos años en nuestro país. Es natural que, en determinados períodos de este último año y medio, haya sido el hogar de tantos actos de protesta y de lucha. Es natural que a la Universidad estén unidos los nombres de los héroes Líber, Hugo y Susana, es natural que el velatorio y el entierro de Líber se hayan hecho y hayan arrancado de la Universidad de la República y que ese día memorable haya sido desde sus balcones que se pronunciaron discursos de Decanos, de dirigentes obreros, de dirigentes de la Federación de Estudiantes, de nuestro camarada Arismendi.

Claro está, todo esto aumenta hasta el paroxismo el odio de la reacción y del imperialismo, alimenta esos ataques frenéticos y soeces, esos intentos constantes de humillar a la Universidad, de ponerla de rodillas, y sobre todo de separarla del pueblo, de los trabajadores.

La lucha continúa, por supuesto. Seguí hacía referencia a esa magnífica iniciativa del Congreso de la Educación y la Cultura que, ya en su reunión preparatoria, ha dado un panorama de la amplitud de las fuerzas que en torno a la Universidad están librando estas batallas. Y, sin duda, la solidaridad del pueblo hacia la Universidad, por una parte, y la participación de la Universidad en las luchas generales del pueblo, por otra, en la lucha por la libertad, por cambios estructurales, será una constante de los próximos tiempos; la soldadura cada vez mayor de estas fuerzas será, sin duda, para bien de la democracia, del progreso, de las mejores causas de nuestro pueblo.

La pugna de ideas dentro de la Universidad

Esa lucha, sin embargo, no podía ni podrá ser solamente "exterior" a la Universidad, ella necesariamente tiene una profunda repercusión en su interior, que no es por cierto un todo homogéneo, como decíamos hace un momento; ello lleva a la profundización de las contradicciones internas de la Universidad, a que también aludíamos. Pueden mencionarse episodios, los de hace algunos años en las Facultades de Agronomía y de Ingeniería, los de hace poco en la Facultad de Derecho, los encontronazos con los García Capurro y otros repudiables y repudiados personajes que tuvieron o tienen, a veces uno se pregunta si por accidente, origen universitario o vinculación con la Universidad. Ellos expresan un fenómeno fundamental: el desnudamiento progresivo de las contradicciones más hondas, en última instancia ideológicas. Apenas rozo ahora el tema, que será el motivo del tercer punto de esta Mesa Redonda, es decir,



la contradicción, como dice Arismendi, entre la línea matriz de la enseñanza universitaria, moldeada sobre la ideología de las clases dominantes para servir su objetivo de preparar técnicos e ideólogos para este régimen y defensores de él, de una línea filosóficamente idealista y metafísica, conformista y pragmática en lo moral, abstracta y libresca o practicista y vulgar en lo pedagógico, la contradicción —repito— de todo eso con los reclamos de la ciencia y con la experiencia viva de la lucha política.

La Universidad es, por excelencia, liza, palestra ideológica. ¿Cómo se refractan, entonces, en concepciones ideológicas los factores contradictorios que hemos venido señalando? Ellos coexisten dentro de la Universidad, aunque cada vez más dificultosamente. Podemos señalar las ideologías abiertamente reaccionarias y conservadoras, reflejo del régimen actual, reflejo de las concepciones del imperialismo, a veces apenas disimuladas por el tecnicismo de ciertas disciplinas. Podemos señalar las ideologías reformistas, el desarrollismo, el tecnologismo; formas diversas del escapismo teórico o de un idealismo primario, incapaces de comprender la real esencia revolucionaria y a escala de toda la sociedad de las transformaciones necesarias, y que, en última instancia, también juegan un papel negativo, conservador del régimen, por lo menos en tanto retardadoras del alumbramiento de una conciencia revolucionaria. Podemos señalar, por fin, las ideologías revolucionarias, y, ante todo, el marxismo-leninismo. Y hay que decirlo: a pesar de lo que afirman los papanatas como García Capurro, desde este punto de vista todavía estamos en gran retraso y déficit en nuestra Universidad, que estudia muy poco y mal el marxismo-leninismo, que lo oculta o lo elude con mal entendido pudor, aun en aquellos casos en que el desarrollo de las ciencias, particularmente de las ciencias sociales, impone prácticamente el empleo de su método, más allá de las deficiencias de una comprensión más o menos correcta del mismo. Lo decimos con entera claridad: es ésta una situación que, a nuestro juicio, es preciso corregir sin medrosidades, absolutamente fuera de lugar en el clima de enfrentamientos tan ríspidos con el gobierno y la reacción como los que, por muy otros motivos, se dan en la actualidad.

De cualquier modo, la necesidad de profundizar la lucha ideológica dentro de la Universidad, aparece como una necesidad insoslayable. No es sólo la condición para que rindan todos sus frutos positivos las experiencias políticas, lo que podríamos llamar la lucha "externa" de la Uni-

versidad; también es fundamental porque sólo una mayor cohesión ideológica de la Universidad, sólo un mayor peso de nuestra influencia, de la influencia del marxismo-leninismo, puede, a nuestro juicio, afianzar la solidez necesaria para enfrentar con éxito los futuros encontronazos, que serán más duros que los pasados, y para facilitar el acompasamiento del proceso universitario al proceso revolucionario que vive el país, evitando, en lo posible, discordancias entre uno y otro, discordancias que sólo pueden traer perjuicios para la propia Universidad pero, también, para el curso de las transformaciones estructurales que reclama la hora uruguaya y latinoamericana.

Los avances científicos y el proceso de liberación nacional

Brevemente, quiero referirme al cuarto punto, que va a ser el tema esencial de las exposiciones del día de hoy; es decir, los avances científicos como parte del proceso de la liberación nacional. Concomitantemente, es el tema de la mayor o menor adecuación de nuestra actual Universidad, para hacer posible y facilitar esos avances. Y es el tema de la reforma de la Universidad como estructura científica y pedagógica, para cambiar favorablemente esa actual situación. Claro está que no podemos estar satisfechos con lo que tenemos ahora. Son compartibles plenamente las opiniones que da, por ejemplo, el rector Maggiolo en el prefacio a ese reciente libro de Darcy Ribeiro, que mencionaba Seguí, cuando dice que: "nuestra situación es de total estancamiento, aun si la comparamos con la de otras Universidades del continente". "Si no cambiamos rápidamente —dice Maggiolo— nuestra situación universitaria en los próximos años, nuestro prestigio se verá seriamente comprometido".

Podríamos hacer una larga lista de los defectos y déficit. Darcy Ribeiro, hablando en general de las Universidades de toda América Latina, señala su carácter de repetidoras y difusoras de conocimientos elaborados en otros países, de agentes de "modernización refleja", de agencias de preparación de manipuladores de la nueva tecnología y de adoctrinadores de las nuevas generaciones en el conformismo con la posición de pueblos rezagados en la historia, de sociedades subalternas, de culturas espúreas. En última instancia, esos defectos no sólo no ayudan a combatir sino que, en cierto sentido, acentúan la dependencia de ellas mismas, me refiero a las Universidades, y de nuestros países con respecto a las metrópolis imperialistas. El "élitismo" —como dice Ribeiro, en una palabra que supongo tiene resonancias brasileñas— de las universidades que, a pesar de sus protestas "democráticas", sólo abren sus puertas en mínima proporción a las capas más modestas de la población y por ahí contribuyen también a acentuar las diferenciaciones sociales. El despilfarro de esfuerzos y recursos por duplicaciones, por compartimentaciones absurdas, por la distribución desproporcionada de las masas de alumnos entre las distintas profesiones y facultades. En fin, por supuesto, la insuficiencia de medios con que deben manejarse, el carácter libresco de la enseñanza, y tantas y tantas otras cosas.

Sobre estos temas tenemos algunos documentos importantes: el mencionado libro de Darcy Ribeiro, el plan elaborado por el rector Maggiolo en 1967. En mi opinión personal, podemos dar nuestro acuerdo general a estos documentos, a pesar de matices de discrepancia; es posible que,



en relación a esto último, el propio Maggiolo hoy, a dos años y medio del plan que elaboró, después de todo lo que ha pasado, después de toda la experiencia vivida, formularía de otro modo algunas tesis sobre el papel de la Universidad en la transformación de la sociedad.

Porque en torno a todo esto aparece un tema previo: ¿es posible el avance de la ciencia, es posible el avance de la Universidad, son posibles reformas ambiciosas como las proyectadas, antes de que se realicen los cambios sociales profundos que están madurando? Yo creo que en relación a esto se puede caer en dos errores extremos y opuestos: uno, el de una posición idealista, que cree posible los cambios profundos en la Universidad bajo este régimen, que incluso cifra en esos cambios esperanzas para salir del estancamiento y de la crisis, que plantea esos cambios como un problema puramente técnico interno, casi indiferente a las condiciones reales del régimen social en que la Universidad está inserta. El otro error, una posición mecanicista, en términos políticos podríamos decir sectaria y extremista, que niega toda posibilidad de avance y de reforma hasta tanto no culmine la revolución social y que, a veces, concibe los cambios "interiores" como un mero reflejo de las transformaciones sociales externas, lo que en definitiva lleva a la pasividad y la espontaneidad.

Yo creo que no son justas ni una ni otra cosa. Por supuesto, como marxistas, sabemos y sostenemos que los cambios más esenciales y profundos de la Universidad sólo podrán venir de una revolución social democrática y nacional, prólogo de la revolución socialista. "Ninguna revolución universitaria —dice Arismendi— traerá masivamente al obrero del Cerro a las Facultades, y menos aún al hijo actual del peón de tambo, de estancia, del arroz o de la caña. Pero eso no quiere decir que se deba vulgarizar el pensamiento de Marx, quitarle su alma palpitante, la dialéctica, ajena a todo dogmatismo". Lo que le permite al mismo Arismendi exclamar: "Benditas sean la inquietud y la esperanza estudiantiles que siguen enarbolando la ilusión de una Universidad del pueblo!" Y señalar cómo, inclusive, la lucha por superar defectos, por reformas pedagógicas y técnicas, no sólo puede dar resultados positivos parciales, sino sobre todo dejar el saldo revolucionario principal de toda lucha, precisamente la conciencia de que para superar defectos y déficit, para resolver las contradicciones entre el avance técnico-científico y la insuficiencia de medios de que se dispone, entre la elevación de la calificación de los

egresados y un medio social que no da cauce a sus aptitudes y los empuja a la emigración, entre la aspiración a un democratismo auténtico y real y la realidad de los filtros clasistas y de las hegemonías imperialistas, la conciencia de que para superar todo eso hace falta la revolución. Y que para ser buen universitario, incluso en lo más estrechamente técnico y pedagógico, lo mejor es ser un buen revolucionario.

Y Arismendi concluye que cada avance de la Universidad por esta ruta, es decir, por la ruta de defenderla de los ataques de la reacción, de preservar sus mejores tradiciones, de defender su papel democrático, pero también por la ruta de su adelanto técnico y pedagógico, acarreará un aumento de su contradicción con la estructura de esta sociedad y con el interés de sus actuales clases dominantes, y ayudará por tanto a desnudar más nítidamente la esencia profundamente social de los problemas.

Nada pues de nihilismos, ni poner los bueyes detrás de la carreta ni esperar que ésta se mueva por sí sola. Combinar por el contrario la labor "interna" de cambios y mejoras, aun ambiciosos y hasta casi utópicos, con la acción política revolucionaria que dará en última instancia la base para esos cambios. Con esas salvedades y precisiones —repito— en lo personal compartimos lo esencial de las propuestas de Maggiolo o de Darcy Ribeiro sobre los cambios necesarios. No es del caso ahora entrar en su examen más pormenorizado, quizás él surja de las intervenciones de los compañeros profesores que hoy han sido invitados a hablar aquí. Quizá pueda ser objeto de discusión, de una discusión a fondo, cuando llegue el momento apropiado, en esta Mesa Redonda o en otras oportunidades útiles.

Termino compañeros. No sé si habré logrado presentar, apretadamente pero sin perder los elementos esenciales, el conjunto de este temario tan rico y complejo que hoy se pone a nuestra consideración. No sé, particularmente, si de esa presentación surge claramente lo que, a mi juicio, debe ser la idea central de este debate, que es la de la integración mutua, casi diría la fusión de todos estos aspectos de las luchas democráticas y revolucionarias, de la defensa de la Universidad frente a la reacción, de las luchas ideológicas dentro y fuera de la Universidad, de los esfuerzos por el autoperfeccionamiento de la Universidad, de todos estos motivos de acción y unidad de estudiantes, profesores y autoridades universitarias, pero también de obreros y trabajadores, de vastos sectores de las capas medias, de los que deben brotar los frutos y victorias de avances parciales que es preciso no subestimar, pero, sobre todo, el saldo más esencial y valioso: la contribución a la unidad de todo el pueblo, de todo lo patriótico, sano y democrático que hay en nuestro país, para la gran obra revolucionaria de la conquista de una real independencia frente al imperialismo, de transformaciones sociales profundas que barran con el dominio de la oligarquía y que abran el camino por el que nuestro pueblo alcanzará el pan y la cultura.

CAPITULO I.-



Sobre el proceso histórico de la ciencia bajo el capitalismo

JULIO RODRIGUEZ

Historiador

También debo decir que lo que ahora podamos agregar al debate dará por sentado y, por lo tanto, como obligatorio, no reiterar lo bueno de lo mucho y acertado que ya han dicho los demás integrantes del panel.

En lo que me es particular, apenas sí quisiera hacer alguna reflexión que abraza, o que intenta sintetizar, algunos de los puntos tocados por los demás la interacción.

Recordando alguno de los recorridos teóricos de Marx se puede citar, entre otras cosas, aquél que señala la importancia del nacimiento del modo de producción capitalista como distintivo en relación a los demás modos de producción anteriores. Nos detendremos en dos aspectos. El primero es el siguiente.

El modo de producción capitalista es, ante todo, un modo expansivo, que no puede conservarse, reproducirse, sin invadir nuevas y nuevas regiones del espacio social. De ahí que uno de sus primeros frutos sea, justamente, el nacimiento del mercado mundial unificado, por primera vez en la historia, con las consecuencias discernibles de inmediato. Nace de este fenómeno la posibilidad y validez de una historia realmente universal; desde entonces no hay historias sino historia de ese novedoso sujeto que es la humanidad en su rica y compleja interacción.

Pero hay otra suerte de desarrollo del modo de producción capitalista y es la que atiende a su necesaria expansión en profundidad, la que supone que el capitalismo no admite, sino en coyunturas muy precarias y muy temporales, la coexistencia con otras relaciones sociales no capitalistas. Sobre este segundo aspecto Marx señalaba que, vista en su conjunto, en un largo derrotero, la historia del hombre parte de un primer estado en que, como hombre, ser biológico, natural, gregario, establece relaciones directas con la naturaleza, o lo que vale decir, con las condiciones objetivas de su existencia, y establece las formas de apropiación directa de esas mismas condiciones a fin de realizarse como ser humano.

Pero, posteriormente, toda la historia del hombre, en lo que tiene que ver con este aspecto, hasta el capitalismo incluso, será la historia de la separación, de la desapropiación del hombre con esas fundamentales y originarias

condiciones objetivas de trabajo. El capitalismo es la finalización definitiva de ese proceso: bajo su imperio el hombre, en tanto trabajador asalariado, está totalmente separado de las condiciones objetivas de su existencia que se le enfrentan como capital.

Esta relación del hombre con la naturaleza, con las condiciones objetivas de su existencia, se ha realizado mediante un proceso al que llamamos trabajo, tendiente a modificar y a dominar la naturaleza bajo la forma de producto de trabajo. De ahí que, como resultado de ese largo proceso arriba citado, esta historia es también, la historia de la separación del hombre del producto de su trabajo y su expropiación por el portador de las funciones del capital, el capitalista.

Esta exposición, muy resumida respecto al largo proceso explicado por Marx y que parece ser extemporánea respecto al tema que debatimos, es sin embargo necesaria, porque creemos que con el trabajo científico se ha dado una historia específica, pero asimilable, al fin, en sus grandes líneas, a este proceso general.

Aquí vale la pena recordar la exposición del profesor Laguardia, que ponía énfasis en uno de los resultados más importantes de la actual revolución científico-técnica: el del acelerado pasaje de los trabajadores científicos a las relaciones capitalistas de asalariados. Creemos que este resultado es, justamente, la finalización del proceso histórico ya citado, para ese peculiar productor de conocimientos, el científico. En la raíz de ese tránsito, hallaremos muchas de las claves que hoy intentamos desentrañar respecto al papel del científico —y, por lo tanto, de la Universidad, de acuerdo a lo que, con toda claridad explicaba recién el compañero chileno—, en este proceso de liberación nacional.

El científico, antes de la finalización de este proceso, es un artesano, dueño de su pericia y de sus instrumentos mentales de trabajo, es, —con la consabida relatividad de toda autonomía—, propietario también de los objetivos que se propone en su trabajo: la producción de conocimientos científicos. Y dueño de su producto: el conocimiento teórico como resultado nuevo, incorporado al nivel de conocimientos que lo antecede.

El tránsito de esta situación, casi diríamos original, a la que ya es hoy rotunda realidad en las regiones más desarrolladas del capitalismo, supone toda una suerte de mediaciones más o menos conocidas. Queremos detenernos, por ahora, solamente en sus resultados finales.

Tanto el profesor Laguardia como el profesor Buño han señalado la aguda sensación de despojo que el científico padece en esta nueva estructura social de la ciencia, donde se halla, no sólo insertado, sino también prisionero. Las relaciones sociales nuevas, salariales, en las que se halla, no sólo lo asimilan en su aspecto más exterior al proletariado, la relación económica ya conocida, sino que lo asimilan en muchos más variados aspectos de lo que es dable suponer en una primera mirada.

Para el científico siempre fue evidente que la ciencia era un sistema abierto de conocimientos. Pero hoy la ciencia se le aparece, también, como un sistema material en lo referido a la infraestructura del conocimiento científico, y como un sistema social del que ya no es ni propietario ni director. Aquel matemático del Plan Manhattan o el biólogo que descubre la sustancia química antiovulatoria, citados por el profesor Buño, ya no son ni proyectistas de sus conocimientos científicos ni propietarios de los resultados teóricos. Su proyecto podría haber sido el de integrarlos en una estructura progresista que beneficiase a la humanidad. Expropiado del producto científico por él elaborado, este producto pasa a integrarse, a insertarse, en otra estructura: la que decide el pro-



pietario de su fuerza de trabajo. Este, por el contrario de los intereses de los científicos y porque se lo propuso como propietario del sistema material y social productor de la ciencia, decide integrarlo y estructurarlo, en un sistema reaccionario, fortalecedor de las condiciones generales de dominio que posee sobre todo el sistema social.

Vale la pena, además, detenerse en el análisis de por qué el científico no pudo menos que aceptar el papel de asalariado, condición básica para todas las demás enajenaciones que hoy padece.

El artesano, el productor medieval, vio disminuida su posibilidad de subsistencia como clase, porque no pudo atender a dos procesos de desarrollo necesario de trabajo material: ni a la necesaria división social del trabajo, ni a la exigencia de disponer de los instrumentos de trabajo cada vez más complejos y cada vez más precisados de una alta inversión inicial de capital. Por la primera imposibilidad, el artesano perdió esa carrera con la manufactura simple, donde se desarrolló hasta sus últimas consecuencias la división social del trabajo; por la segunda imposibilidad, desapareció definitivamente de la historia para refugiarse apenas en las zonas periféricas, verdaderos arrabales de la producción capitalista dsarrollada, con la resignada espera de la ulterior invasión de ese modo expansivo que de todas maneras habría de aniquilarlo.

Con el conocimiento científico comenzó un proceso similar. El científico del Renacimiento, poseedor de toda la ciencia, es decir poseedor de un conocimiento enciclopédico, es todavía dueño de sus conocimientos y de sus instrumentos mentales y de los escasísimos instrumentos materiales de producción científica. El desarrollo de la ciencia transformó rápidamente al científico en productor de una parte de ese conocimiento científico, social y general, del cual apenas sí reconoce en su producto final, una parte de su trabajo.

El modo de producción capitalista, sobre todo en su etapa actual, monopolista e imperialista, no sólo ha acelerado hasta el desmenuzamiento la división social del trabajo científico, sino que ha llevado hasta el gigantismo la infraestructura del sistema productor de conocimientos científicos. Ningún científico, sobre todo en las ramas técnicas y de las ciencias naturales, puede ni siquiera soñar en ser propietario de las condiciones objetivas, necesarias para la producción de conocimientos científicos.

Hoy, el sistema social de producción de la ciencia es ya un sistema industrial que exige cuantiosísimas inversiones de capital y que, como lo saben muy bien los países sometidos al imperialismo, no sólo no puede ser atributo de

científicos aislados, sino que ni siquiera puede ser un objetivo alcanzado por naciones enteras.

Si hemos insistido en este proceso, según el cual la historia del científico como productor de conocimientos, es asimilable, en sus grandes líneas, a la historia de los trabajadores productores de las riquezas materiales, no es por supuesto para detenernos en esta mera comprobación. Se trata, justamente, de demostrar que, gracias a este proceso de despojo del producto conocimiento, a su productor directo, el científico, se ha operado un proceso objetivo y necesario, del proceso histórico en su conjunto. Y que, por lo tanto, las tareas de resolución de esta angustiosa contradicción que separa al científico del sistema capitalista que lo expropia y deforma, no puede sino integrarse en la tarea general de los trabajadores expropiados en su lucha por la liberación nacional y social.

De la necesidad y objetividad de este proceso se desprende que el científico no puede postular su liberación en una regresión utópica y romántica a las viejas condiciones de existencia y de trabajo. La reapropiación del sistema general de la ciencia, como teoría o como sistema social y material productor de ciencia, es una tarea de toda la sociedad en la que, por supuesto, los científicos deberán articular su práctica específica.

Para países como el nuestro, estas tareas se ven agregadas a las de toda sociedad periférica explotada por el imperialismo. Y esto es muy sencillo. Los científicos —lo hemos dicho— no sólo no son propietarios del sistema social y material de producción de conocimientos, sino que la nación misma está impedida de crear su propio sistema social y material de producción de conocimientos. El proceso de unificación del mercado mundial, con la correlativa expansión de la unificadión mundial del proceso de producción científica, nos ha dejado fuera de ese umbral mínimo de inversión de capital por debajo del cual no hay producción de ciencia moderna. El acceder a ese umbral mínimo es una de las tareas del desarrollo económico que se propone, y sólo se puede alcanzar mediante la liberación nacional.

La Universidad, en tanto institución uruguaya específicamente volcada a la producción de conocimientos científicos, debe cumplir un papel primordial en la denuncia de este proceso que se agrega a las demás normas de dependencia que sufre la sociedad. No me corresponde insistir sobre las penosas condiciones en que la Universidad de un país subdesarrollado que, por añadidura, sufre la asfixia económica a que la somete el gobierno, debe, de todos modos, realizar esta tarea que en las condiciones específicas uruguayas recae por entero sobre ella.

Analizar los sectores de investigación científico-técnica que mejor contribuyan al desarrollo económico del país, pautando lo que es posible realizar en el actual sistema, es tan importante como señalar, denunciar, lo que no se puede realizar bajo el actual sistema, contribuyendo poderosamente, de este modo, en la denuncia de los niveles de ciencia que no es posible alcanzar bajo el actual sistema capitalista, contribuyendo poderosamente —repito— a deteriorar la imagen del sistema mismo y a precipitar su caída a nivel de la conciencia nacional.

Nos corresponde sí, decir algunas palabras, en torno a la investigación de las ciencias sociales y en el plano más específico de nuestro trabajo, a la historia nacional. Todo sistema en tránsito de desaparición teme a la historia, a su historia, como a la muerte. Porque una historia científica del sistema social sienta de por sí los fundamentos de la historicidad del sistema, es decir, de su orden no natural, de su temporalidad real, de su origen, desarrollo y desapari-



ción. Ya ha sido señalado que, sobre todo en los últimos años, las clases dominantes han abandonado la promoción de ideólogos del sistema que hurguen su historia. Hoy, la historia como ciencia, es patrimonio de las clases populares y de aquellos intelectuales que han tomado su programa como propio.

Pero este advenimiento de historiadores o científicos sociales que, —partiendo de los valores de la clase obrera y de las demás clases populares antimperialistas— se han propuesto crucificar el **statu quo**, demostrando la caducidad del mismo, no está acompañada, naturalmente, de la pasividad del enemigo. Vale la pena recordar aquí lo sucedido con la Fundación Ford y un amplio sector de historiadores nacionales.

El año pasado, un historiador norteamericano que trabajaba en nuestro país en problemas de historia nacional, es decir, uruguaya, decidió convocar a una serie de profesores como Barrán, Naum, Antonio Oddone y Blanca P. de Oddone, Roque Faraone, Benvenuto, Millot, y nuestros compañeros, Lucía S. de Touron, Nelson De la Torre y el que habla, ofreciéndoles la subvención de la Fundación Ford para trabajar bajo su ordenamiento por cinco años cubriendo el ofrecimiento, como es conocido, con los dólares correspondientes. De más está decir que fue rechazada con indignación, si bien no fue pública, porque la Fundación Ford y el imperialismo han aprendido en su trabajo y, en una primera instancia, se negaron a caer en el anzuelo cuando les propusimos que nos hicieran una carta escrita con la cual podríamos agitar la denuncia correspondiente.

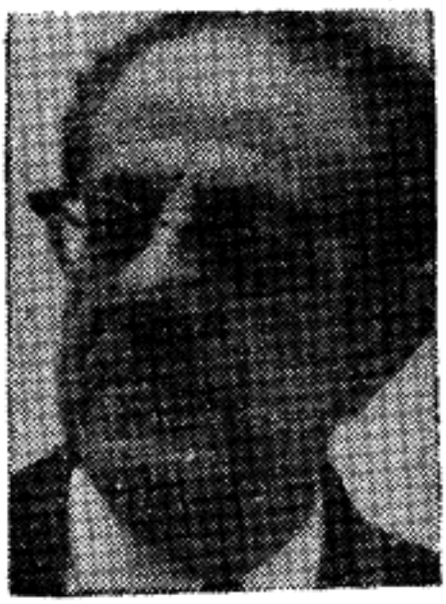
Lo que importa en esta ocasión es comprobar que, hasta el trabajo histórico, —tan alejado en apariencia de aquellos intereses fundamentales de la labor del dominio imperialista—, fue rápidamente visualizado y colocado en la región de los intereses que el imperialismo debía y necesitaba supeditar. Y que, en cierto modo, toda investigación científica sobre la sociedad ya ha recibido el espaldarazo de la atención imperialista como uno de los elementos más peligrosos para la preservación del sistema y la supeditación del sistema al imperialismo.

Creemos que el cumplimiento de este plan de la labor histórica y de las ciencias sociales que contribuyen a la liberación nacional, ha recibido ya, —dentro del cuadro de desarrollo y de promoción de la labor de liberación nacional que lleva a cabo la Universidad—, por lo menos los comienzos de un apoyo seguro y consecuente, limitado y dificultado, desgraciadamente, por las terribles penurias económicas que padece la Universidad en su conjunto. Fue la propia Universidad la que decidió tomar en sus manos la promoción de un plan de

investigación realizado por este conjunto de historiadores y aumentado por la llegada a ese ya amplio equipo de nuevas fuerzas de jóvenes historiadores.

La proposición de una historia económica y social del Uruguay moderno contó, debemos decirlo como mérito para la Universidad, con el apoyo prioritario de un plan de subvenciones a la investigación científica. Sin duda éste es apenas el primer paso para que la Universidad realice en todos los planos (en el plano de la investigación económica por intermedio de su Instituto de Economía, en el plano de la investigación sociológica por intermedio del Instituto de Sociología, y demás ciencias humanas afines), una gran labor de la que sólo hoy podemos prometer que los comunistas aportaremos lo mejor de nuestros esfuerzos para que contribuya al conocimiento de la realidad histórica, económica y social del país.

El cumplimiento de este plan, cuyos resultados se irán proporcionando gradualmente, no podrá menos que colaborar al desarrollo de la lucha por la liberación nacional, por cuanto promoverá nuevos conocimientos científicos sobre la aventura histórica de la sociedad uruguaya, facilitando aún más todo hacer, toda política de cambio asentada sobre el estudio de los modos peculiares de relaciones sociales y de las formas peculiares que todo cambio debe cumplir en nuestro país. Las ciencias sociales, cuando son científicas en realidad, transitan indolora y rápidamente a la política como ciencia transformadora. Y como ya se ha señalado, sólo hay una teoría que abraza en un solo haz ese tránsito, donde historia y política son un solo e ininterrumpido río: el marxismo-leninismo.



Ciencia, técnica y fenómenos sociales

Prof. Ing. Rafael Laguardia

Director del Instituto de Matemáticas de la Facultad de Ingeniería

Me voy a referir, en general, al problema de la evolución de la ciencia y la técnica, particularmente a la forma en que repercute ese problema en el momento actual, por un lado, en el mundo socialista y, por otro, en el mundo capitalista así como en los países dependientes.



El estudio de la evolución de la ciencia y de la técnica ponen de manifiesto su estrecha vinculación con los fenómenos sociales, en la estructura de la sociedad nueva, y con las demás fuerzas que, junto con la ciencia y la técnica, actúan sobre la sociedad.

Desde las primeras civilizaciones, es decir, desde que se produjo la separación de la sociedad en clases, al ubicarse el científico junto a los que detentan el poder y quedar el artesano más cerca de los campesinos y los esclavos, ciencia y técnica descubrieron la influencia de la una sobre la otra casi siempre separadamente, con cierto grado, naturalmente, de interacción, pero no coincidiendo en el tiempo y aunque sean muy grandes, como lo son ahora sus relaciones mutuas. Ha habido ciertos períodos, sin embargo, en que se establece entre ambas, entre ciencia y técnica, una fuerte conexión, y ellas se desarrollan conjuntamente de forma explosiva. Es lo que sucede, por ejemplo, en la época griega, en el renacimiento, en la revolución industrial y en la actualidad.

Todos esos períodos están relacionados con profundos cambios económicos, sociales y políticos. En estos momentos, desde hace algo más de medio siglo, estamos viviendo uno de estos períodos explosivos, el de la llamada revolución científico-técnica.

¿Qué se observa? En primer lugar, un desarrollo impetuoso de las ciencias básicas: la matemática, la física, la química, la biología, etc., y también de las ciencias y técnicas estrechamente relacionadas con ellas, que, por otra parte, son cada vez más, puesto que la matemática, por ejemplo, hoy día, a diferencia de lo que ocurría hace 100 o 200 años, ha invadido prácticamente todo el campo del conocimiento, y ha invadido indirectamente también, toda nuestra vida diaria.

Al mismo tiempo, se han desarrollado técnicas (ciencias y técnicas, mejor dicho) como la electrónica, la computación, la geología, la medicina y hasta la astronáutica. Teorías brillantes, descubrimientos e invenciones se suceden con rapidez. Y lo que es sumamente importante, cosa que no sucedía en el pasado, son seguidas casi de inmediato por las aplicaciones. No hace mucho tiempo, un descubrimiento requería para su aplicación práctica un período relativamente largo. Hoy vemos que buena parte de los descubrimientos, aquéllos

que no quedan aparte por ciertas razones de egoísmo, digamos, o de lucro, entran enseguida en el campo de la aplicación.

Casi simultáneamente con este desarrollo actual de la ciencia y de la técnica —desarrollo que he caracterizado como explosivo— se produce un suceso económico y social trascendente, la Revolución de Octubre, que constituye un quiebre de la historia y da a luz un mundo nuevo. Así hoy se enfrentan dos sistemas —y creo que vale la pena analizar un poco, aunque sea superficialmente—, el problema de ese enfrentamiento y cómo se procesan en uno y otro sistema social la ciencia y la técnica. Es cierto que ambas son universales, es cierto que ambas se están desarrollando impetuosamente en uno y otro lado, en el régimen capitalista y en el régimen socialista, pero no de la misma manera.

Veamos primero cómo suceden las cosas en el régimen capitalista. Es cierto que el capital reúne la ciencia con la producción, pero la mantiene alejada del trabajo, la pone al servicio del lucro. Con la revolución industrial se abrieron amplísimas posibilidades de reemplazar el trabajo humano por las máquinas. Por un lado, creció impetuosamente la producción y se desenvolvieron nuevas ramas industriales, pero, por otro lado, se alzó frente a la clase obrera, el espectro del desempleo. La revolución científico-técnica actual, principalmente con la automatización, promueve análogos problemas económicos y sociales, pero a otro nivel, en otras condiciones mucho más graves, debido al rápido avance de los descubrimientos y, como decía hace un momento, a lo inmediato de sus aplicaciones.

La automatización implica, en occidente, un desempleo a veces masivo. A pesar de que todavía no se ha difundido mucho, se nota —y no es sólo una amenaza sino una realidad—, que produce un desempleo. Ese desempleo es particularmente grave en dos campos: el de los obreros calificados, sobre todo los que tienen, digamos, unos 40 años de edad y que por ello no están en condiciones de adaptarse de inmediato a los cambios. Piensen ustedes que con la automatización, en una fábrica se necesitan muy pocas personas para manejarla, y que esas personas deben conocer matemáticas, electrónica y algo de física, digamos, en general. Pues bien, un obrero capacitado, de 40 años no puede fácilmente cambiar y ponerse a estudiar, no posee ni la agilidad ni la flexibilidad para hacerlo, tiene serias dificultades de adaptación. La situación es peor aún, por supuesto, en los obreros no calificados.

En el régimen socialista no sucede esto. Yo recuerdo muy bien, que cuando estuve en Moscú, comprobé la preocupación que existía por capacitar al obrero; existe también preocupación en algunos países capitalistas pero no en el mismo grado, con la misma intensidad y con la misma amplitud. Una preocupación por capacitar al obrero cuando todavía es joven, cuando todavía es flexible, para, a medida que ejerce el trabajo, irse adaptando, adquiriendo nuevos conocimientos y nuevas capacidades a fin de poder ser partícipe de la nueva situación.

Examinemos más particularmente qué es lo que sucede en el régimen socialista, aunque sea en forma esquemática. La Revolución de Octubre derribó las barreras sociales y políticas que trababan el acceso a la ciencia de toda la población, en la medida de su capacidad. Esto es fundamental. Fíjense que en un país capitalista, sólo un grupo reducido de personas, un grupo sumamente reducido, y con una composición de clase que por más que pueda haber interés en modificar no se consigue, tiene en realidad acceso a la cultura y al ejercicio de la ciencia.

En los países socialistas el número de científicos y de sus auxiliares creció enormemente: sólo en la URSS hay ya 1/4 de los científicos del mundo. Es ésta



una cifra muy alta. Y se piensa que dentro de un tiempo será mucho mayor. Y observen que no sucede sólo en la Unión Soviética; sucede también en los demás países socialistas. En el Uruguay no podemos pensar, por ejemplo, en una automatización seria. En cambio, en países que hace muy pocos años, o decenas de años, eran fundamentalmente agrícolas, digamos Bulgaria, Rumania, la automatización se ha desarrollado mucho. Y se ha desarrollado, no porque sea importada de la URSS, sino porque allí se escriben libros, porque allí se estudia, porque allí se modifica y porque allí se inventa, se investiga. La importancia de este hecho, el hecho de que se hayan derribado las barreras políticas y sociales y se haya permitido el acceso a la ciencia de toda la población, en la medida de sus capacidades, es enorme.

Vannevar Bush, en un informe que presentó al Presidente Roosevelt decía que el talento es un bien o es un don que está más o menos uniformemente repartido en toda la humanidad, que no hay razas privilegiadas, ni clases privilegiadas en cuanto al talento. Entonces, este hecho de que la Revolución de Octubre haya derribado las barreras que trababan el acceso a la cultura y a la ciencia de toda la población, en la medida de sus capacidades, es decisivo, y es, a la vez, una carta de triunfo en la competencia entablada con los países capitalistas en el terreno económico y científico.

Decía yo que en los países socialistas la ciencia y la tecnología no están al servicio de una clase que es la que posee los medios de producción, sino que se usan al servicio de toda la sociedad. Y lo que no decía, y digo ahora, es que reúnen para sus logros a toda la sociedad, toman, para el progreso de la ciencia la sociedad entera y no solamente un grupo. Es decir que es recíproco: por un lado, la tecnología y la ciencia están al servicio de toda la sociedad y, por otro lado, se pone a toda la sociedad al servicio del desarrollo de la ciencia y la tecnología.

Esa acción y reacción provocan una aceleración, un incremento del progreso científico con todas las repercusiones sociales que ustedes pueden imaginar.

Quería agregar que la revolución científico-técnica actual, ha planteado nuevas exigencias. No se trata, meramente, como antes, de elevar el nivel de vida o de mejorar las condiciones de trabajo, sino que exige, —por lo que decía respecto a la automatización y por otras muchas razones—, un desarrollo inte-

gral del individuo, una elevación de su nivel cultural y profesional, exige en lo posible, la reunión en una misma persona de funciones ejecutivas y de funciones creadoras y, además, la planificación a escala de todo el país.

Estas exigencias, como es natural, se hacen sentir también en los países de alto desarrollo capitalista, pero en éstos, en algunos casos, no se tiene interés y en ningún caso se está en condiciones de satisfacerlas eficazmente en beneficio de la colectividad.

Al mismo tiempo, la revolución científico-técnica ha traído consigo profundos cambios sociales en los países capitalistas, ante todo en la estructura de la sociedad y, por lo tanto, en la distribución de fuerzas de las clases que se enfrentan. Ha aumentado notablemente el peso del trabajo asalariado en cifras que confieso, aun a primera vista, ni podría imaginar: en este momento, por ejemplo, son asalariados del 80 al 90 o/o de la población activa de los EE.UU., de Inglaterra o de Alemania. Esto compromete seriamente la estabilidad del régimen. Pero se manifiesta en los últimos años y en estos mismos días, en huelgas muy intensas, prolongadas, frecuenaes en los mismos EE. UU., sobre todo en Francia y más aún en Italia.

Antes de referirme a lo que ocurre en nuestros países, a lo que pasa en el científico individual, querría examinar un poco más cuáles son por lo menos algunos de los efectos de la revolución científico-técnica en el científico y en sus condiciones de trabajo.

El desarrollo actual de la ciencia permite o permitiría llevar a la práctica —creo que permita ya en alto grado— proyectos que hace algunos años parecían sueños, parecían fantasías, tales como un estudio a fondo del clima, de la posibilidad de controlarlo, cosa que se podría hacer perfectamente mediante los satélites, mediante las computadoras; permite transformar y aprovechar los desiertos, los océanos, e incluso investigar el cosmos. La utilización de las computadoras brinda enormes posibilidades de ahorrar trabajo humano. Pero es bien sabido que el capitalismo lleva en su seno la guerra, sea como fuente de lucro para los monopolios, sea como un intento de escapar a las contradicciones. Y esto retrasa y distorsiona la puesta en práctica de todos esos proyectos; y lo retrasa y lo distorsiona no sólo en los países capitalistas causantes de tal situación, sino en consecuencia, en el mundo entero. Por ejemplo, el control y el estudio a fondo del clima, requieren una colaboración internacional, lo mismo que el aprovechamiento de los océanos. Y eso no es fácil, cuando el enfrentamiento de dos sistemas está signado por el carácter bélico del capitalismo.

De modo que, aun con cierto grado de distorsión, incluso llega a los propios países socialistas que se ven obligados a mantener y desarrollar un poderío militar y garantir su nueva realidad a que hicimos referencia.

Quería examinar ahora algunas limitaciones a escala individual, a nivel individual del científico y ver cómo, en los países capitalistas, en los países dependientes, su trabajo está seriamente distorsionado. La distorsión se nota en los fines de la investigación, en los fines del trabajo del científico. Ese trabajo es de carácter privado, y muchas veces está dirigido a fines militares con los que no simpatiza. La mayor parte de los científicos no tiene ningún interés en que su trabajo tenga una aplicación inmediata, sobre todo, en beneficio de unos pocos.

La distorsión se observa también en la temática de la investigación. Esa temática, muchas veces, por desgracia, es impuesta, por más que pueda aparecer, a primera vista el científico como libre, como independiente, como capaz



de elegir sus temas de trabajo. Eso es cierto nada más que en alguna medida. Está seriamente trabado por todo lo que lo rodea.

Y se manifiesta, en tercer lugar, en la forma de trabajar, porque esa forma de trabajar no es absolutamente libre, hay cosas que se reservan, hay cosas que se ocultan, hay cosas que se manifiestan. Y aquí resulta, entonces, que en algunos científicos, incluso en los EE.UU., hay una sensación de insatisfacción y de frustración. Se les procura rodearlos de comodidades y hacerlos vivir en un ambiente aséptico, alejado de los problemas que nos conmueven, por ejemplo, a nosotros, o que conmueven al resto del mundo. Pero eso no se puede lograr; el científico no puede permanecer encerrado en una jaula de cristal, en un ambiente completamente aséptico. Tiene que tener horas libres, tiene que leer diarios, tiene que enterarse de lo que pasa alrededor, tiene una curiosidad natural insoslayable y, en general, si no está deformado, tiene intereses humanos que lo vinculan, a través del aislamiento en que se lo rodea, con el resto del mundo. Esa sensación de insatisfacción y de frustración es una fuerte debilidad del régimen capitalista.

Ahora bien: ¿en qué medida incide la revolución científico-técnica en la liberación nacional? Este es el tema central del trabajo. Pido disculpas por poder decir muy pocas cosas. Pero creo que podría decir algunas. Me parece que esa incidencia, particularmente en países como el nuestro, puede ser positiva o puede ser negativa y que eso depende, en alto grado, de nuestra actitud.

Se observa con gran claridad que hay una especie de zanja, un foso, que nos separa de los países desarrollados, foso que se ensancha, y ensancha rápidamente; y que no vemos cómo colmarlo, cómo acercarnos a los que están trabajando del otro lado. Entonces surgen las dudas: ¿se puede hacer algo sin ayuda extranjera? ¿Debemos aceptar esa ayuda? ¿En qué medida debemos aceptarla? ¿Podemos controlarla?

Se produce una segregación de los científicos, ante el desánimo, ante el hecho de que ellos no ven fácilmente cómo pueden colmar esa zanja, cómo pueden satisfacer su deseo, muy natural, de desarrollar a plenitud sus aptitudes en nuestro medio, se produce una segregación. Unos prefieren emigrar, prefieren dejar esto e ir a otros países donde tienen más posibilidades de obtener, cuando son jóvenes todavía, el desarrollo de su personalidad, donde pueden hacer investigación cómodamente, con los aparatos que necesitan, con los libros que necesitan, en un ambiente de discusión científica, etc. Otros, en cambio, prefieren quedarse. Naturalmente, que para éstos que se quedan, el problema es

mucho más grave. ¿Cómo pueden resolverlo? Bueno, yo no sabría darles la respuesta, pero veo que hay algunas cosas que sin duda hay que hacer.

Una de ellas es mantener viva la llama de la investigación. Se tratará de una investigación reducida, de una investigación a nivel modesto, pero hay que mantener viva esa llama. No hay que caer, de ninguna manera, en lo que preconizan los que quieren establecer universidades dirigidas desde el extranjero, universidades que, en realidad, no son o no parecen ser a primera vista verdaderas universidades, puesto que en ellas la investigación desempeña un papel muy pequeño.

Podría decirse, a este respecto, que quizás hoy día las cosas no son las mismas que hace diez o quince años, y que las orientaciones que se nos pretende imponer para nuestra Universidad, desde el extranjero, son más sutiles y tienden, no a mantenernos en una etapa intermedia en que no se hace realmente una verdadera y profunda investigación científica, sino una especie de sub-ciencia; que hoy día se puede pensar que las fundaciones que nos ayudan pueden tener un real interés en el desarrollo, en una eclosión de la investigación científica a un nivel alto. Pero si lo hacen es porque después esperan captar esa investigación, captar los resultados de su investigación, piensan succionar a los investigadores, están actuando, en cierta medida, como bandoleros. En una forma más sutil, más hábil quizás, pero igualmente peligrosa.

El científico que se queda en el país, el científico que ve con claridad todo esto, evidentemente puede sentirse desanimado, y se puede sentir desanimado si no está politizado, si no comprende que tiene aliados. El científico aislado es, en verdad, muy débil; aunque se reúnan todos los científicos, también son muy débiles. Tienen necesidad de un aliado de otro tipo, tienen necesidad de un aliado que luche en la misma dirección que ellos. Naturalmente, ese aliado no lo pueden encontrar sino en las clases populares, particularmente en la clase obrera, que tiene una conciencia de clase bien formada y, dentro de la clase obrera, particularmente, el marxismo y el marxismo-leninismo, sobre todo el marxismo-leninismo.

Hay una buena diferencia entre el científico del Renacimiento, por ejemplo, y el científico actual. El científico del Renacimiento trabajaba aisladamente, inventaba o pensaba. Mientras que la revolución científica actual ha transformado la ciencia en una importante fuerza productiva, determinando un considerable incremento de la aportación de los científicos y sus colaboradores en la producción material. La situación del científico y del técnico en el proceso productivo es hoy día, mucho más que en el pasado, muy próxima a la del obrero. Subsisten diferencias entre unos y otros, pero ambos venden sus fuerzas de trabajo, ambos producen plusvalía o contribuyen a crearla, y sus intereses, en conjunto, coinciden cada vez más. La clase obrera se amplía, varía su composición, pero sigue siendo y cada vez más, la fuerza social vitalmente interesada en llevar hasta sus últimas consecuencias la desaparición del capitalismo y el establecimiento y desarrollo de la revolución científica.

Este papel de la clase obrera crecerá, a medida que en el transcurso del tiempo se vaya acentuando la tendencia a la conjunción del trabajo de los obreros y los científicos.

Creo pues, que el científico, en nuestro medio, se siente aislado si trabaja solo, pero no se siente aislado si pone los pies en la tierra y ve que tiene aliados cada vez más poderosos, cada vez más fuertes, y se siente inclinado a luchar al lado de ellos.

Estas son algunas conclusiones que puedo dar yo, las que, naturalmente, van a ser muy enriquecidas en el curso de la discusión.



Evolución del concepto de investigación científica

Prof. Dr. Wáshington Buño

Ex-Decano de la Facultad de Medicina

En primer lugar quiero agradecer a la Unión de la Juventud Comunista por haberme dado la oportunidad de participar en este foro.

Cuando hace cuatro o cinco días un grupo de amigos me fue a visitar, yo les dije que sí, que aceptaba participar en el foro pues sentía la responsabilidad que como hombre me corresponde para dilucidar con mi experiencia personal algunos problemas que son fundamentales. Hice también algunas salvedades; les dije que yo no era comunista y que, por lo tanto, quizá podría haber discrepancias ideológicas fundamentales. Pero respondieron que no importaba sustancialmente, en tal sentido, y por eso aquí estoy.

Veo con gran alegría, y con gran complacencia, esta actitud que paradójicamente podría llamar adulta y madura de la Unión de la Juventud Comunista al analizar problemas universitarios de un modo, de una profundidad y con una trascendencia, que no es frecuente encontrar, incluso en medios mucho más evolucionados en edad y desarrollo que los que ustedes en realidad representan. Esto es realmente importante, realmente estimulante, y sería deseable que otras orientaciones políticas, quizá religiosas, emprendiesen una tarea similar a la de ustedes para examinar problemas que son vigentes y de fundamental importancia.

A través de 40 años de labor científica me ha tocado asistir a una evolución del concepto de la investigación científica y sobre todo de la vinculación de la investigación científica con la realidad social en que se vive.

Cuando empezamos a trabajar, y aun antes, el investigador científico, la investigación científica, era una tarea fundamental, de gran trascendencia para la sociedad, era una tarea para la salvación y la elevación del hombre, no discutida en ningún nivel, era una tarea que tenía un aura romántica muy especial. Los laboratorios eran los templos en donde la ciencia, en beneficio del hombre, se iba construyendo día a día con la labor de unos sacerdotes: los investigadores científicos.

Esta imagen fue positiva en muchos aspectos. Fue real, por una parte, porque en esos momentos la ciencia estaba apuntalando una clase social en elevación y en progreso. Pero este concepto de la ciencia como un elemento aislado de la sociedad, como un templo en el cual se elaboran verdades de las que no participa la sociedad y que, por otra parte, se vierten en ella como un bien



que se reparte para todos, es un concepto que ha sido necesario revisar, y revisarlo profundamente.

Se partía del hecho de que la ciencia era progreso, y que la ciencia era una verdad elaborada por el trabajo científico y que este trabajo científico era aséptico, aislado, separado de la realidad social. Estos criterios todavía perduran en ciertos aspectos y todavía gravitan en ciertas universidades latinoamericanas de modo muy importante. Es lo que se denomina el cientificismo, que, además, se refleja como una filosofía para la conducta general de la Universidad. El científico debe trabajar en su laboratorio lo mejor posible, dado que, generalmente, son científicos de alto nivel técnico, deben hacer descubrimientos, pero no deben preocuparse de ningún modo en cómo estos descubrimientos van a repercutir después en la sociedad. Y tampoco deben preocuparse mayormente qué orientación tienen, qué destino llevan esos descubrimientos. Esta posición cientificista merecería, en las universidades latinoamericanas, un desarrollo más amplio que el que yo le doy aquí, un análisis crítico más cuidadoso.

Sin embargo ya se vio, pronto se vio, que la ciencia se realizaba en un contexto social y, en consecuencia, había un doble camino, una doble vía de interacción. Por un lado la realidad social en que vive el científico inevitablemente influencia su trabajo. Inevitablemente, quizá sea una palabra demasiado escueta, demasiado estricta porque, por ejemplo, sería difícil determinar con exactitud qué influencia social podría haber en la ley de la gravitación universal de Newton. En cambio, otros aspectos de la ciencia, aparecen con claridad como consecuencia de un contexto social. Así, por ejemplo, la teoría de la evolución enunciada por Darwin surge en el siglo pasado, en la Inglaterra victoriana, y está analizada bastante bien, desde el punto de vista sociológico, cómo es la realidad social de esa Inglaterra. Esa realidad social —que fúe también justamente analizada sociológicmente por Federico Engels—, involuntariamente, inconscientemente, sin que Darwin se diese cuenta y aunque él se había inspirado directamente en Malthus para alguna de sus conclusiones, lo lleva a su concepción de la lucha por la vida, del triunfo del más apto y a una serie de postulados que lo conducen directamente a la teoría de la evolución.

Quizás se podrían dar ejemplos más elementales que éste, de cómo el contexto social gravita de modo muy importante sobre la labor del científico. Pero éste es un excelente ejemplo.

De modo que durante un buen período de años el científico no sintió más que satisfacción, la satisfacción de una obra que repercutía para el bien de la

sociedad y fundamentalmente, como es natural, en la investigación médica, esto era de toda evidencia. Yo podría decir, sin duda esquematizando, pero a fin de puntualizar un hecho, que el momento en que el científico toma conciencia de la repercusión social de su labor de científico, tiene una fecha, se puede marcar un día, y ese día es el 6 de agosto de 1945, el momento en que la primera bomba atómica estalla en Hiroshima y en una fracción de segundo mata a 250 ó 300 mil personas: hombres, mujeres y niños.

Entonces, esa obra, la bomba atómica, que fue realizada por un proyecto destinado directamente a ese fin, el proyecto Manhattan, en el cual participaron miles de científicos de todos los niveles y de todas las especialidades, desde el matemático que resolvía fórmulas y cálculos creyendo que no tenían ninguna trascendencia social, hasta el físico, el químico, o el trabajador social que organizaba esos millares de personas en un proyecto determinado; ese momento le dio, dramáticamente, a los científicos, la conciencia exacta de que la obra científica podía ser usada de un modo terriblemente perjudicial para la libertad y para el bienestar del hombre.

Es más, el desarrollo ulterior de la utilización de la energía atómica con fines bélicos, pone en manos del científico la posibilidad de un fin no querido de la especie humana. Todos sabemos que un conflicto atómico, en el momento actual, puede hacer peligrar no sólo algunos millones de hombres sino la totalidad de la humanidad.

El trabajo científico aparece, entonces, como una labor que hay que vigilar, que no puede ser manejada con ligereza de conciencia.

Aparte de éste, que es un producto directamente bélico de la investigación científica —la bomba atómica—, tenemos otros subproductos no bélicos de la investigación científica, pero que no van en beneficio del hombre, sino que, al contrario, van en perjuicio del hombre, van en deterioro de la salud, la vida y la felicidad del hombre.

Yo podría poner algunos ejemplos. Los pesticidas, cuyo uso en la agricultura es un progreso tecnológico muy importante, porque permite mejorar extraordinariamente las cosechas, han traído consecuencias catastróficas, desde el punto de vista ecológico, para zonas muy importante de distintos países. Especies enteras de animales han desaparecido y se han manifestado fenómenos tóxicos graves en el hombre y en muchas especies animales. Esta aplicación no bélica sino por el contrario vinculada directamente a la industria, una aplicación que sería de apoyar, cuando es manejada en forma no planificada y sin sentir la responsabilidad del ulterior efecto de esas sustancias, es gravemente peligrosa.

La producción en las ciudades, como consecuencia del desarrollo industrial y técnico, es otro de los subproductos de la investigación científica y tecnológica que es menester atender de modo muy serio en el momento actual. Hay ciudades donde, en ciertos períodos, el aire se hace sencillamente irrespirable, lo que pone en serio peligro la salud de la población. Este problema, que al científico en sí, como tal, puede dejarlo indiferente, es sin embargo fácil de resolver, por ejemplo, con una planificación adecuada de la distribución de la población; con una planificación adecuada de la distribución de la industria; con determinadas disposiciones legales o de distinto tipo que puedan purificar el aire que se respira.

Traigo ahora una resultante del desarrollo científico que nos importa con seguridad más directamente, aunque lo anterior también nos importe, y que nos ha tocado también actuar, testimoniar. En el año 1955, en la revista Acta



Fisiológica Latinoamericana y en un número en que se homenajeaba a uno de los biólogos más importantes de este continente, al Prof. Alejandro Lipschutz, apareció un trabajo en el que se describían las acciones anti-ovulatorias de algunas sustancias. Es un estudio de un chino y un alemán, ambos trabajando en los EE. UU. Este trabajo, que estaba muy bien hecho y con conclusiones sólidas, es el punto de partida de los métodos anticoncepcionales químicos. Y este trabajo que parecía no tener ninguna trascendencia social así, en el momento (ver qué sustancias impedían la ovulación en la coneja eran concretamente los resultados), trajo como consecuencia, esa política imperialista que también nosotros estamos sufriendo en el momento actual, que sufren mucho más directamente otros países y que tiende a una limitación forzada de la natalidad como un procedimiento político de superar problemas económicos que deben y pueden ser superados por otros mecanismos.

No quiero decir con esto, naturalmente, que la píldora haya sido la que creó el problema, pero la píldora es la que puso en manos de las fuerzas del imperialismo un mecanismo fácil —la píldora y otros procedimientos— de llevar adelante una política que de otro modo les hubiera sido difícil hacer avanzar.

Todavía quiero mencionar otras consecuencias, ya de otra índole, que trae el desarrollo científico y tecnológico y que todos ustedes conocen. Es obvio, casi no debería mencionarlo, que además, son la consecuencia también, del uso agresivo que se hace de estos descubrimientos.

Uno de ellos es ya clásico y viejo: la desocupación como consecuencia del automatismo en la industria; otro es la posibilidad de usar medios de comunicación de masas, tecnificados al extremo, con el propósito de adoctrinar a grandes masas de población. Ustedes saben que últimamente hay un proyecto, creo que ya ha sido discutido a nivel internacional, de poner en órbita un satélite y a través de él dirigir trasmisiones de TV a toda América Latina. Toda América Latina sería simultáneamente adoctrinada por el mismo centro, por el que tiene en sí la propiedad, por el que es propietario de la estación, del canal de televisión y del satélite que refleja esta zona. Una consecuencia de esta naturaleza tiene una gravedad que yo no voy a mencionar a personas que poseen un desarrollo político como ustedes.

De modo que el científico, el sacerdote en su templo, no existe más. Ahora es un trabajador cuyos resultados de trabajo son de fundamental importancia para el desarrollo de la sociedad, pero pueden ser usados igualmente, según la forma en que esa sociedad esté organizada, para la liberación del hombre, para mejorar al hombre, o pueden ser usados para esclavizarlo, para dominarlo, para destruirlo.

¿Qué reacciones provocó entre los científicos la conciencia viva de que su trabajo tenía repercusiones que anteriormente no habían tenido? Bueno, varias.

En cierto modo aquí se reitera lo que el Ing. Massera mencionó como reacciones frente a la posible política universitaria. Hay una primera reacción nihilista: no realizar investigación científica. Fue dicha con toda seriedad: los científicos debemos no realizar investigación científica porque ella perjudica más de lo que favorece a la humanidad. E incluso hay asociaciones —la primera tendencia fue justamente, la de reunirse— que procuran esta orientación. Desde luego, ninguno de los que estamos aquí vamos a defender esta actitud nihilista.

En primer lugar, no se realiza investigación científica porque sí. En un encuentro de escritores que hubo en Chile hace unos pocos meses, un grupo de estudiantes increpó a los escritores diciéndoles que todo lo que hacían ellos no servía para nada, que no tenían por qué escribir, que no debían escribir, que todo eso era simplemente un mecanismo de alienación al cual debían renunciar en bien de las clases desposeídas. Bueno, la actitud del científico negándose a esto es similar. El poeta que escribe una poesía no puede dejar de hacerlo, tiene que hacerlo y debe hacerlo; el científico que investiga un problema es porque este problema lo acucia, porque este problema se le presenta como una necesidad que debe resolver. Y el mecanismo no es renunciar a este imperativo, a esta imposición que él mismo siente, sino que el mecanismo es evitar que eso que él puede llegar a descubrir sea usado de mala manera.

Otra solución, que sí tiene sentido y es muy militante en el momento actual, es no trabajar científicamente para determinados proyectos concretos de investigación, proyectos que sean de compromiso bélico, por ejemplo. Todos ustedes saben que en EE. UU. hay grupos importantes de científicos y grupos de estudiantes en las Universidades que reaccionan contra la fábrica que produce el napalm. Se niegan a que en las Universidades —han habido luchas muy intensas— se trabaje para esta empresa, o que esta empresa reclute personal dentro de las universidades. Se niegan, también, a que en las universidades se trabaje en investigación clasificada, es decir, investigación para las fuerzas armadas, para la NASA, investigación ésta que tiene un contenido moral repudiable de sí, y que además no es publicada. Es una investigación que se comunica directamente a la agencia que la encarga y ésta dice si se debe o no publicar. Es decir, es una investigación de tipo secreto. Desde luego el investigador científico tiene como responsabilidad primordial negarse rotundamente a este tipo de investigaciones.

Pero quizá la forma más importante en la cual el investigador científico puede orientar, en el buen sentido y para que sirva para la liberación del hombre y no para su esclavización, el trabajo que él realiza por un imperativo inevitable, de sí mismo, es asumir la responsabilidad social que como hombre le corresponde y no ya como investigador. El es un investigador científico y lo será siempre. Pero además de investigador científico tiene una responsabilidad como hombre, y en carácter de tal, debe afrontar una militancia con las fuerzas políticas que planifican la investigación científica al servicio del hombre. Y, por el contrario, repudiar aquellas fuerzas políticas que usan la investigación científica para la alienación y la esclavización del hombre.

Así es, me parece, cómo el investigador científico puede, de alguna forma en la sociedad actual, seguir trabajando en investigación científica, y seguir poniendo su personalidad, su responsabilidad, su esfuerzo, para que esa investigación científica se use del modo que corresponde usarla.

En cierto modo, es por eso que estoy hoy acá, con ustedes, y no en mi laboratorio.



EXPERIENCIAS DE REFORMA UNIVERSITARIA

Ing. Agr. Santos Arbiza

Decano de la Facultad de Agronomía

Quiero en primer término agradecer la gentileza que nos han dispensado los organizadores de esta Mesa Redonda cuyo tema es "Los avances científicos como parte de la lucha por la liberación nacional".

Tenemos que comenzar expresando que poseemos limitaciones personales para tratar estos temas. En efecto, no somos expertos en educación ni en ninguna ciencia humanística, ya sea social o económica. Se puede agregar a esto la absoluta falta de tiempo en la preparación, en pensar o redondear el tema; anoche estábamos en otra Mesa Redonda en la ciudad de Paysandú sobre un tópico totalmente distinto, pero de actualidad, como lo es el de la comercialización de la lana.

Quizá podamos aportar nuestras experiencias personales, en extremo limitadas, recogidas en 20 años de quehacer casi diario en la cosa universitaria. Veinte años de luchas, junto con otros compañeros, por transformar una Facultad, con éxitos a veces y fracasos también muy frecuentes. Pido perdón a los asistentes y a los distinguidos miembros del panel si nuestra converasación se minimiza, si hablamos casi a nivel de capilla, ejemplificando sólo en aquello que conocemos y tuvimos o tenemos vivencia real o personal.

Entrando ya al tema, pensamos que toda Universidad en el mundo, desarrolla sus tres tareas clásicas de docencia, investigación y extensión. Ahora bien, cuando esta Universidad está insertada en un país dependiente como el nuestro, semicolonial, subdesarrollado, debe y tiene que tener un destino claro y totalmente prioritario que es el de contribuir en sus funciones específicas a ser factor de cambio de esa misma sociedad. Para ello, eliminar su "elitismo", su cientificismo, sus tradiciones no racionales, su acendrado profesionalismo reflejado en la federación de Facultades.

En fin, debe realizar una autocrítica continua de sus muy serios y graves defectos.

Oímos atentamente al señor diputado Massera y creemos también que la Universidad tiene que cambiar. Pero a la vez consolidar la defensa de valores irreversibles como los de su co-gobierno, de su gratuidad, de la libertad de cátedra, de su autonomía y, sobre todo, la conciencia y la responsabilidad en la cosa social de nuestros docentes y estudiantes.



Todo esto y mucho más se le plantea a cualquier universitario consciente en toda Latinoamérica. Pero el camino a recorrer es largo y sinuoso; la lucha es y será contra enemigos externos e internos. Externos, enfrentándose a aquéllos que hoy detentan el poder político, pues es claro que una Universidad que cumpla con sus fines reales estará cada vez más en contradicción con los propios fines de quienes tratan desesperadamente de mantener una estructura carcomida basada en la explotación del hombre por el hombre. De esto, sobre todo en los dos últimos años, tenemos excelentes ejemplos.

Habrá que luchar también internamente con el natural conservadorismo de muchos universitarios, enemigos de todo cambio que pueda rozar su sacrosanto interés; gente muchas veces declamacionista, que es "ultra-radical" de izquierda, o que se llama de izquierda, lamentablemente de la Universidad para afuera, mientras puertas adentro se constituyen en los principales frenos para que la institución pueda cumplir con sus fines. También aquí los ejemplos abundan.

¿Qué camino seguir, entonces? La Universidad solamente cumplirá con su misión elevando día a día su nivel, en docencia y en investigación. Así por ejemplo, resumiendo la historia de nuestra Facultad, podemos afirmar que tan cerca como hace diez años —y salvo muy honrosas excepciones—, la investigación era nula. No existían profesores con dedicación total; la docencia se daba a base de apuntes, totalmente libresca y nemotécnica; se desconocía la evaluación continua y cuando la ciencia más avanzaba y evolucionaba, los programas permanecían estáticos por decenas de años. El criterio era el de una agronomía práctica o "practicona", aprendizaje de una serie de técnicas que a los pocos años ya se veían sobrepasadas. La unidad docencia-investigación era un mito, el profesor recetaba, el estudiante anotaba. La enajenación era total.

¿Podría una Facultad así, contribuir al proceso de cambios de la vida nacional? Plantear la pregunta es contestarla. Claro que no. Por el contrario, consolidaba un **status**. Ejemplos desbordan: los pocos trabajos que se hacían, las excursiones y la docencia, eran todos a nivel de predio; el atraso tecnológico

agrario no se discutía, se aceptaba como un hecho consumado y eterno; no había investigación social ni económica. Fenómenos como el de la emigración campesina a centros urbanos, los pueblos de ratas estaban ahí, no se estudiaban en sus causas, aceptándose como hechos fatalistas. Se vivía de espaldas al país; el centro era la gran estancia, la gran cabaña o las cómodas oficinas burocráticas del Ministerio de Ganadería.

El primer atisbo de reacción ya se vislumbra en el largo conflicto de 1949, y en 1957 empiezan realmente los cambios, reformando el plan de estudios e introduciendo disciplinas nuevas como biometría, sociología, etc., y se termina con el saber metafísico aristotélico creando orientaciones en la carrera. Se fortalece la base científica. En 1962 se crea la estación experimental Dr. Mario Cassinoni de Paysandú, con un internado para alumnos de 4º año, lo que constituye, en mi opinión personal, el hecho más importante de toda la historia de la Facultad.

Los docentes pasan a tener muy amplio horario con dedicación integral a sus tareas de Facultad. Se termina con los estudios fáciles y "practicones"; el cuadro docente cambia por completo. Los enemigos del cambio —más de 40—, se retiran de la Facultad y en lugar de ellos accede gente joven, seria y de gran dedicación al trabajo. Paralelo a esto y mucho más importante que todo lo expresado evolucionaba la población estudiantil. Primero, se produce una gran explosión cuantitativa, se multiplica por 4,25 en 5 años; el ingreso promedio de 50 a 60 estudiantes pasa a 300 y más por año; y segundo, lo que es primordial y más importante, tiene lugar un gran cambio cualitativo en la propia conciencia estudiantil y en la de su misión social como futuro egresado.

La Facultad se abre a toda discusión; el co-gobierno es un hecho; Facultad inquieta y bullente que empieza a investigar la realidad nacional a través de líneas de investigación de los recursos naturales; Facultad que denuncia, porque empieza a investigar el atraso tecnológico y sus causas infraestructurales: la explotación del asalariado rural y del mediano y pequeño productor.

Es seguro que no estamos acá para cantar loas a nuestra Facultad. El camino avanzado es mucho y estamos muy lejos de ser el desiderátum. Tenemos nuestros propios defectos y enormes, pero creemos que éstos son los primeros pasos.

Sin embargo, no vamos a caer en el simplismo desarrollista de pensar que la investigación, ni siquiera la educación como un todo, van a transformar el país. Pero no tenemos duda de que será un instrumento más para acelerar el proceso de cambio y, sobre todo, una herramienta imprescindible para el posterior desarrollo del pueblo liberado.

Trataremos de resumir nuestro concepto de la función de la investigación en el poceso revolucionario.

En primer término, consideramos que nadie puede negar la importancia de la educación en este proceso de cambio. Si esto es así, hay que realizar docencia y —volvemos otra vez a la enseñanza agrícola—, por lo menos en el campo de la enseñanza agrícola superior, hay que realizar también investigación. Si no existe la investigación la enseñanza se hace libresca, rutinaria y dogmática.

En segundo término, el papel de la investigación en el conocimiento nacional. La necesidad de conocer el país es un instrumento elemental para ayudar y consolidar el proceso de cambio. Ello implica la formación de equipos humanos y de cuadros técnicos. Los grandes problemas nacionales no pueden ser ajenos a la Universidad; el país debe conocerse para cambiar y ese conocimiento sólo puede derivar de la investigación. Esto nuestra Facultad lo ha alentado



y sus equipos están llevando a cabo todo el mapa geológico nacional, el estudio de su suelo —desde el punto de vista de su uso—, el estudio de la flora uruguaya y de su fauna entomológica; en otros campos, más aplicados, ya existe buena información del problema del manejo y selección de las principales especies de animales domésticos, se trabaja sobre selección de cultivos, forrajeras, etc.; se comienza el estudio de los mercados, de sus principales rubros y el estudio del proyecto en varias colonias y campos del país. Consideramos que todas estas líneas no sólo deben ser mejoradas, sino ampliadas. El país debe conocer sus recursos de agua, energéticos, sus problemas de higiene, su dinámica social.

Ninguna revolución agraria y antimperialista se realizará con éxito si no cuenta con estudios serios y equipos serios y bien formados. Se habla mucho de reforma agraria. Pero ésta no consiste sólo en tomar un latifundio de 10 mil hectáreas y dividirlo en diez fundos de 100, o en 20 de 500. No, la reforma agraria es mucho más que eso. Es necesario contar previamente con el estudio más completo de todos los recursos humanos, de los recursos naturales, de las posibilidades generales de la zona, de su sistema de transportes, etc. Sólo así, en este caso, se podrá realizar con éxito una real y profunda reforma agraria.

La tercera contribución de la investigadión científica, como aceleradora del proceso de cambio, es la del desarrollo paralelo de una política autónoma en el campo de la educación. Somos países dependientes económica y culturalmente. Una cosa puede ser derivada de la otra, pero, a pesar de ello, consideramos como un principio de liberación nacional, tratar de desarrollar una política autónoma. Solamente con una investigación científica seria, libre de subjetivismos, no dogmática, con ensayos bien planeados, imaginativos y creativos, con profundos conocimientos básicos, se irá revelando la realidad nacional y estableciéndose su autonomía.

Vemos otra cuarta contribución, y sería la más inmediata, que es la de servir como arma de denuncia del régimen estatuido, denuncia de los atrasos tecnológicos, de los procesos económicos, de la realidad social. La importancia de esta función no puede negarse y,por el contrario, la Universidad debe estimularla y facilitarla. Tenemos ejemplos cercanos y bastante satisfactorios, como el libro editado por el Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas sobre el proceso económico del Uruguay; otro anterior, de dos integrantes de este mismo equipo con relación a la acción del FMI en nuestra economía; todos conocemos los nuevos y magníficos textos de historia, de Lucía

Sala de Touron, De la Torre y Julio Rodríguez. Habría más, pero todavía no los suficientes.

Pero la línea está marcada, y la Universidad y otros centros de investigación y educación deben seguir trabajando en este aspecto.

Resumiendo estos conceptos. Consideramos que los avances de la ciencia se integran en el proceso de liberación; más todavía, que el país se retrasará en esta tarea si sus fuerzas de vanguardia y, por ende, las más lúcidas, no tienen claro este concepto.

La formación de equipos científicos es lenta; muchos años de sacrificio, de experiencia fallida, de estudios básicos complejos, son necesarios para formar un real investigador. Y esto debemos hacerlo ahora y ya, si deseamos, como decíamos, acelerar el proceso de cambio.

Seguro que esto no es todo. Se debe precisar perfectamente la orientación de la investigación en la gran problemática nacional. No ha de estar ajena a esto, tampoco, su rigurosidad, su seriedad y la integración de los proyectos que deben ser interdisciplinarios. Sólo así el país se conocerá a sí mismo; sólo así podrán contribuir los científicos e intelectuales al proceso de liberación.

Se investiga hoy para formarse, se investiga hoy para denunciar y mañana se investigará para liberar a nuestro país.



LAS RELACIONES política - ciencia y las corrientes ideológicas

RAUL LATORRE

Miembro del Comité Ejecutivo de la U.J.C. Secretario de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay.

En el curso de las anteriores intervenciones se concuerda, desde una óptica avanzada, en que la lucha por los progresos científicos y culturales, rodeada de una serie de requisitos, forma parte del proceso de liberación en que nos empeñamos. Quisiéramos abordar en nuestra exposición algunos problemas relativos a las corrientes que en el seno del estudiantado

se manifiestan, así como a las dificultades y perspectivas de la militancia estudiantil.

El estudiantado, fuerza en lucha por la liberación

La necesidad de abordar el problema responde, en primer lugar, a que el movimiento estudiantil no es espectador del proceso de liberación sino partícipe activo de él. En segundo lugar, a que se encuentra ligado naturalmente, a la institución que, en cierta medida, tiene las riendas de los problemas científicos y técnicos en el Uruguay. Esta doble situación plantea múltiples problemas a los militantes revolucionarios y antimperialistas del movimiento estudiantil. Hace necesario distinguir, para aproximarnos a la resolución del tema, entre la validez de la concepción según la cual la lucha científica y cultural se integra a la batalla política por la liberación nacional, y el definir, precisar, de qué manera se traduce o puede traducirse ese enunciado general en nuestra práctica política, cultural e ideológica. Más concretamente, el encaramiento de las actividades científicas y su impulso como parte de las luchas populares y revolucionarias supone tareas: una problemática que como militantes organizados debemos encarar e integrar; tareas en las cuales se materialice un esfuerzo persistente dirigido a ubicar esa labor científica en un sentido progresivo, a fin de profundizar el cuadro cultural de demandas y realizaciones que asedian al régimen social imperante.

Se trata entonces, de que no es suficiente enunciar el problema a nivel teórico general, sino que debemos lograr que se traduzca ese enunciado en nuestra actuación y allí donde están planteados los agudos problemas. Este enfoque, como ya veremos, no significa, en absoluto, el cuestionamiento de ese enunciado general, sino que solicita un desarrollo del mismo para poder darle operatividad —operatividad que como tal la posee tan sólo de un modo relativo— y otorgarle una mayor efectividad a nuestra práctica política.

Ciencia y cultura: un gran tema de hoy

Interesa, por ello, anotar algunos rasgos que han dotado de una mayor importancia a este punto y que de diversa manera se presentan con urgencia política. En primer lugar, en razón de la gravitación adquirida por las fuerzas progresivas dentro de la Universidad y la sedimentación de ellas, que le amplía su campo de trabajo y especialmente plantea la necesidad de que atienda al problema científico como una parte de las tareas teóricas y prácticas. Dejan atrás, o deben hacerlo, la vieja etapa en que los programas de política universitarios se definían sin resolver sus contenidos, hecho generador, entre otros, de su fracaso, su formalismo o de su escasa eficiencia. Para todos los universitarios surge así, imperativamente, la necesidad de afrontar las direcciones de la investigación científica, la extensión, la docencia, etc.

En segundo lugar, los problemas de la cultura y la ciencia adquieren importancia por el propio crecimiento científico y tecnológico que los eleva como problemas teóricos y prácticos a escalones superiores. La intensidad de las búsquedas y opiniones reflejan este fenómeno y son indicadores incluso de terminologías surgidas, más allá de si corresponderán adecuada-



mente a los fenómenos enunciados: se habla, por ejemplo, de la ciencia como fuerza productiva directa.

Cuando se enfrentan estos temas en el movimiento estudiantil, más en general, en todos los universitarios, las diversas concepciones político-sociales en pugna sufren una dura prueba que no deja de aparejar dificultades inherentes a la lucha universitaria. Nos proponemos delimitar algunas de estas cuestiones.

Surgen inicialmente dos necesidades: elaborar las respuestas posibles así como las direcciones de trabajo exigidas a fin de materializar ese enunciado general. Con tal propósito ubicaremos, en primer lugar, los principales enfoques existentes sobre el tema y los factores que se tienen en cuenta para definirlos. En segundo lugar, expondremos las dificultades que se plantean y, finalmente, resumiremos algunas conclusiones que entendemos válidas para la solución del tema en debate.

Corrientes en pugna

En primer término, hay toda una gama de posiciones cuyo eje común es no acertar en una justa relación dialéctica entre ciencia y política. En realidad, la contradicción existe en diversos planos políticos y universitarios, por la lógica interna del fenómeno cultural y las leyes de la lucha de clases. Ella sólo será resuelta en el socialismo, lo sabemos. Pero en las mismas categorías, dialécticamente, existen sus enlaces y jerarquías que dinamizan, en uno u otro sentido, los procesos culturales y políticos como procesos históricos comunes, interrelacionados.

Esto no siempre es visto así. Hay quienes hacen de la lucha política una categoría verborrágica; rebajan, con ese pretexto, la actividad y la atención de los problemas universitarios a los niveles mínimos, convirtiendo al instituto en una simple concentración de estudiantes que tienen algún pretexto para reunirse. Por otra parte, suman a su estrechez y sectarismo que, en los hechos, poco o nada hacen en el combate político más puro y directo con el régimen. Pesa en ellos una minimización de la teoría y las influencias ideológicas libertarias, aunque éstas existan en un sentido práctico, no sistematizado, e incluso no siendo conscientes claramente, quienes las sufren, del origen de esas influencias.

Otros sectores justifican el abandono de la lucha política gestora de grandes combates académicos, y recíprocamente. Ello en virtud de las urgencias inmediatas del momento político. Sin embargo, éstas son fuerzas combatientes y sacrificadas. ¿Dónde radican entonces nuestras diferencias en este plano? En si nos reducimos a luchar en torno a ciertas formas de revelarse las contradicciones esenciales que oponen a las fuerzas democráticas al actual Poder, o si comprendemos y fomentamos, en toda su extensión, las más diversas contradicciones (políticas, sociales, reivindicativas, etc.) —y sus diversas manifestaciones— de nuestro pueblo con la oligarquía, contradicciones entre las cuales, la que opone a las fuerzas de la ciencia, la educación y la cultura, no es por cierto de las menores. Concebimos la batalla política actual como la elevación multifacética de todo el pueblo por enfrentar, defenderse y derrotar, en todos los planos, al imperialismo y los grandes banqueros. A veces se argumenta la baja "productividad política" que tendrían los temas científicos, los temas culturales, sin ver que, además de ser éstos temas reales, lo esencial depende de nuestra capacidad de integrarlos en un proceso político-cultural profundo.

Estos sectores anulan así, desde el inicio, su capacidad de ser la avanzada en un planteo de Reforma Universitaria progresista, lo que, en la actual situación, no favorece.

Otra versión es la que intenta resolver esta contradicción política-ciencia en dirección aparentemente opuesta. Procura una síntesis basada en la creación de ciertas condiciones curriculares a partir de las cuales se podría dar solución a esta contradicción. Es común, por ejemplo, en muchos compañeros de Bellas Artes, el pensar que a través de ciertas condiciones curriculares crean o intentan crear el hombre nuevo, forman el hombre nuevo. En los hechos supone un planteo latente de que la revolución la hace la Universidad, ciertas condiciones existentes en ella, o que se podrá arribar a una Universidad nueva sin la previa destrucción del sistema económico, social, político e ideológico que la condiciona.

Hoy ya es claro que esta concepción, no sólo lleva en sí el apoliticismo, la tendencia a la retracción del conjunto de las esferas de la lucha de clases. Restringe además a sus sostenedores en el propio campo cultural, llevándolos a entender por condiciones curriculares, sólo algunas de las muy variadas que integran o deben integrar el fenómeno universitario. Queremos tratar un ejemplo al respecto. Desde hace años, Bellas Artes organiza las magníficas ferias populares y en sus consignas plasma incluso las "jornadas de sensibilización visual". Tales actos no tienen un carácter político propiamente dicho. Sin embargo, en tanto muestran un perfil de la Universidad y en la misma medida que ella está cada vez más violentamente confrontada con el Poder existente, estas ferias se transforman en un aporte a la lucha contra el aislamiento de la Universidad, por nuevos lazos con la población, de defensa de la misma y de contraataque sobre el gobierno. No puede ser indiferente que al finalizar este año, por ejemplo, la Universidad esté rodeada, con tal motivo, de una concentración popular para acceder a uno de sus logros. Nosotros tratamos y apoyamos este fenómeno, independientemente de la opinión que nos merecen las concepciones particulares, ya mencionadas, existentes en ciertos compañeros de Bellas Artes.

Pero por otro lado, estos compañeros son quienes, muchas veces con el mayor "ultrismo" se niegan, por ejemplo, a la conformación de denun-



cias del Consejo Central, técnica y científicamente bien elaboradas, o a ciertos tipos de actuación de Claustros y Consejos, o que, sencillamente, no valoran —es más denigran— otras formas culturales y científicas, técnicas, etc., de los universitarios. Son para ellos "peluconeadas". Y la verdad es que no vemos las diferencias entre la preocupación por mejores niveles artísticos y sensibles en una cerámica, con la preocupación por mayores niveles técnicos, en torno a denuncias, estudios, propuestas de soluciones sobre muchos campos. Lo que sí, vemos, es el callejón sin salida a que ha llevado a estos compañeros el apoliticismo "ultrista" y la reducción a ciertas condiciones curriculares parciales dentro del todo universitario. Y que ello —y no un dictamen de nadie— es lo que los inhabilita por partida doble, política y cultural, para ser la fuerza de avanzada de reformas educacionales globales en la Universidad. Queda claro cómo, por su incomprensión de que el eje de las transformaciones se debe asentar en un cambio revolucionario de la sociedad y el Poder del Estado, sus concepciones, puedan emparentarse incluso, más allá de sus deseos, con las concepciones desarrollistas; el hecho de que su "ultrismo" no es más que un "ultrismo" cultural —producto de la compartimentación de su presencia universitaria—, aunque se unan muchas veces a otras formas "ultristas"; el que en función de eso muchas veces apunten su artillería, no contra la reacción universitaria, sino contra los sectores de docentes y técnicos más avanzados, lo que en las actuales condiciones es un favor enorme

a la reacción. Planteamos esto con el más sincero afán de encontrar caminos comunes, corregir peligros muy serios, generalizar aportes, debatir a fondo concepciones y no para hacer etiquetamientos fáciles como los que usan, entre otras cosas, estos mismos compañeros.

La crisis del desarrollismo

Otra corriente es la desarrollista. En su aparición y procesamiento merece una distinción de tendencias. Quienes la sostienen van, desde sectores oligárquicos "modernos" (Ferreira Aldunate, por ejemplo) hasta sectores universitarios, que dentro de una óptica progresista, insisten de modo incorrecto en la posibilidad de un desarrollo cultural autónomo como gestor de esos cambios, que plantean esta necesidad de cambio social a partir de ciertos impulsos científicos que actuarían como motor fundamental o central. El imperialismo absorbe esta concepción, directamente y a su servicio, en la teoría de las "élites" universitarias, etc. Este enfoque intenta sustituir las contradicciones existentes entre relaciones sociales de producción y fuerzas productivas por las insuficiencias en el desarrollo científico - tecnológico, en este caso el desarrollo científico y tecnológico de nuestro país, cuya superación permitiría resolver la "inadecuación" social. En definitiva, radican en ese factor científico y técnico el origen de las contradicciones del sistema capitalista.

Sin embargo, el proceso de los sectores universitarios que de uno u otro modo se vieron influenciados en el período reciente por tal enfoque, merecería un estudio más detallado. Sin atrevernos al mismo, en la presente intervención, parece necesario delimitar la situación de algunas zonas de universitarios al respecto.

El proceso de luchas y crisis nacional en los dos últimos años, los propios golpes del gobierno y el imperialismo, la crudeza de la crisis económica y su precipitación, la angustia universitaria en materia presupuestal, la experiencia adquirida y reflejada en los múltiples combates estudiantiles y populares, las necesarias definiciones políticas de la Universidad como institución, sus cuerpos y autoridades en un plano superior, barrieron o dejan para una revisión profunda las ilusiones desarrollistas en los sectores sanamente avanzados e inspirados. Se fractura la anterior vaguedad del desarrollismo y como tal, quedan delimitados los sectores conciliadores en esta hora y con este régimen. Advertirlo y combatirlos sin tregua es imprescindible dado que (en este momento en que nadie puede llamarse a engaños sobre el único curso capaz de salvar al país, el de medidas radicales contra los poderosos banqueros e imperialistas) ofician como posibles piezas de recambio que neutralicen a la Universidad de su creciente compromiso y actitud militante junto al pueblo.

Bases de un planteamiento avanzado

El delimitar las anteriores corrientes, no significa la compartimentación de todos los universitarios entre ellas y el marxismo, el encasillamiento de los mismos. No. La realidad universitaria uruguaya se define por una vasta confluencia de fuerza de masas estudiantiles, de docentes, funcionarios, etc., que se mueven y combaten con una concepción avanzada del cambio



revolucionario y de las relaciones del fenómeno cultural con dicho cambio. Ello se consolidó particularmente con la asimilación de la experiencia de la Revolución Cubana. Y debemos decir que la base, en general, de este movimiento, es un enfoque marxista, ésta es su tendencia principal. Consiste en abordar el problema a partir de una contradicción motor o central entre la imposibilidad de las relaciones de producción de integrar, impulsar o absorber el desarrollo de las fuerzas productivas. En segundo término, de una diferenciación entre superestructura y base social. Desde estas distinciones es que intentamos explicar el tema, insertamos a la Universidad como institución en su funcionamiento contradictorio, así como el lugar que ocupa y desde el cual adquiere vigencia esta afirmación general que estamos discutiendo en la Mesa Redonda.

Si distinguimos este cuadro teórico general con la situación del Uruguay como país dependiente, y en cuanto esa dependencia se refleja en relaciones sociales de producción imposibilitadas de motivar o impulsar de alguna manera el desarrollo científico, tendremos, en alguna forma, una cierta aproximación al marco teórico en el que puede ser explicada e impulsada esa ruptura, que empíricamente comprobamos, entre las necesidades de las clases dominantes y las finalidades que entra a cumplir la Universidad como institución.

Quisiéramos manejar dos ejemplos en los que se materializan e interrrelacionan algunos de estos factores. Me refiero a ciertos problemas que se plantean en la Facultad de Ingeniería y que seguramente los compañeros que allí estudian deben conocer mejor; es decir, las limitaciones estructurales que hacen que en la Facultad de Ingeniería, en el sector Máquinas, los estudiantes aprendan la descripción del funcionamiento de las máquinas, pero no más. Así se accede tan sólo a algunos elementos de conocimiento científico. Pero lo peor es que los modelos teóricos se limitan a los de las maquinarias existentes en nuestro país. Se traba así la creación de los modelos teóricos, lo que es particularmente claro en relación a la industria pesada. Responde, ante todo, a la carencia de condiciones materiales a nivel profesional debido, precisamente, a nuestra situación de país dependiente. En otro plano, podemos mencionar el caso de la Facultad de Química que padece un escaso desarrollo de la investigación relacionada al sector petroquímico, de gran importancia en todo el rubro plásticos.

Pero, siguiendo con el ejemplo de Química, se da también otro aspecto que no está limitado directamente por las condiciones materiales de la sociedad y de las profesiones y profesionales. Se trata de la ausencia de un intento por desarrollar zonas de investigación básicas que puedan, aun en las actuales condiciones de la Facultad, o en las actuales condiciones materiales de este sector, por su carácter abstracto, ser estudiadas e investigadas con escasos recursos.

Se dan en estos ejemplos, por un lado, una limitación material, producto de las condiciones materiales del país, lo que en cierta medida está demostrando las trabas que, por ejemplo, tiene la concepción desarrollista. Pero por el otro lado, se da un caso en el cual están presentes los dos factores: el de la traba material, pero también el de la ausencia de una orientación, de un intento persistente, por parte de los sectores ligados a la Facultad, para efectuar una investigación posible en las actuales condiciones.

Escollos a superar

Expuestos estos enfoques, entendemos conveniente analizar ese conjunto de dificultades que son las que, en definitiva, pueden trabar en alguna medida y llevan a la posibilidad de negar cualquier actividad científica o técnica, la posibilidad de un impulso político dirigido a dedicar esfuerzos a esos campos. La primer dificultad surge de las conclusiones en las que se restringe el campo de acción y se opta por rechazar la función específica de la Universidad. Ello genera el no poder resolver la integración de frentes múltiples, como supone el abordar el conjunto de tareas políticas, el conjunto de tareas científicas a nivel de la Universidad, el conjunto de tareas político-generales a nivel de toda la sociedad. La integración de tareas y frentes múltiples plantea exigencias teóricas y prácticas, políticas y organizativas complejas.

Lo segundo es superar definitivamente aquellos focos que sugieren la posibilidad de una revolución de "laboratorio", separada del resto de la sociedad, "laboratorio" en el que se formarían revolucionarios. Ello supone una no real ubicación de la institución en el resto de la sociedad, que lleva a conclusiones, por lo general, de contenido desarrollista y a simplificaciones en que la realidad se restringe exclusivamente al sector particular de presencia de sus actores.

Desde otro punto de vista y dentro de este mismo enfoque, se contrapone, en realidad, lo que tiene que ver con las exigencias específicas de la profesión o de la investigación, con la necesidad de que el estudiante o el docente adquieran una conciencia social progresiva, es decir, con la necesidad de integrar ese conjunto de sectores a una perspectiva revolucionaria y a una práctica revolucionaria. Ello supone la incomprensión del papel del partido revolucionario, del partido del proletariado, de la importancia de pasar a ocupar un puesto en la batalla revolucionaria total. Tal incomprensión o contraposición, está basada en exagerar las necesidades parciales, sin tener en cuenta que ellas son derivadas de las necesidades del conjunto y la totalidad de la sociedad y serán resueltas por la fuerza concreta de los destacamentos de la revolución. Se idealiza, en consecuencia, la "docencia" revolucionaria.



Superar insuficiencias de diversa índole

En la perspectiva de grandes avances y luchas políticas y culturales, ante el rico y variado movimiento universitario y cultural del país, nos planteamos, en primer lugar, superar las insuficiencias teóricas, a fin de articular de un modo cada vez más total e integrado, las luchas universitarias. En segundo lugar, superar las insuficiencias organizativas —diríamos más concretamente partidarias, de partido revolucionario—, que es lo que lleva a algunos sectores a negar, en definitiva, una parte de las tareas, precisamente por no poder abarcarlas. En tercer lugar, ubicar convincentemente las fuerzas reales de nuestra sociedad y cómo se expresan ellas de modos peculiares en la Universidad, es decir, de qué manera condicionan, limitan o posibilitan su desarrollo; poner activamente de relieve las contradicciones del sistema y las formas particulares de manifestarse dichas contradicciones irreconciliables en la institución y en todo el campo cultural. En cuarto lugar, hacer esfuerzos redoblados, desechando toda idea de imposibilidad para integrar ciertas tareas, ligadas al punto que estamos discutiendo, con las exigencias políticas de la actual coyuntura nacional y, unido a ello, delimitar también, desde este ángulo, los factores que definen esta coyuntura política, sus elementos significativos y determinantes. En quinto lugar, en ciertos sectores, es preciso superar la idea de que la reunión universitaria es casual o arbitraria, oscureciendo así el carácter históricamente específico de la Universidad, cumplido a través de todas las formaciones económico-sociales y por lo cual existe como institución formadora de cuadros, acumuladora y creadora de conocimientos. En séptimo lugar, debemos definir efectivamente las orientaciones, las direcciones de investigación, las direcciones a nivel docente, curriculares, etc.

Por último, se plantea un tema a nivel de toda la Universidad que debe merecer un tratamiento particular: es el de las ciencias sociales y el papel que ellas juegan.

Las ciencias sociales

Es notorio que las ciencias sociales son, a nivel de la Universidad y para todo militante estudiantil más o menos enterado, un valioso indica-

dor de las insuficiencias y dificultades que venimos analizando. Es notorio también de qué manera la negación de esa realidad, o de la posibilidad de marginarse de la ideología dominante no permite, y en algunos casos facilita, impedir la introducción de las orientaciones sociológicas norteamericanas: el "funcionalismo", el "culturalismo", etc., las que, de una u otra forma y mediante una falsa rigurosidad científica, introducen la preocupación de estudiar el sistema capitalista, pero procurando superar sus insuficiencias, sus comportamientos anómalos y desviados, procurando pues, regular el sistema. En este sentido es interesante, también, cómo de la afirmación aceptada por toda la militancia estudiantil y por el estudiantado en general, de que la clase obrera es la clase revolucionaria, se llega, a nivel "técnico" y "científico", a aceptar o, por lo menos, a no enfrentar, en casos, de manera clara y tajante, la teoría de la necesaria diferenciación social que concluye —teoría de la estratificación— que dicha diferenciación es eterna e inherente a toda sociedad. Se "naturaliza" según esta teoría una participación desigual en el Poder y en la distribución de la riqueza social, las clases sociales son sustituidas o transformadas en zonas dependientes de agrupamientos, de estructuras de posiciones, de status, de roles, mediante los cuales se tiende a objetivar y resolver las necesidades de una sociedad determinada, la sociedad capitalista.

Creemos interesante, en tal sentido, tener presente cómo se intentan introducir los procesos de aculturación sin un análisis crítico de los mismos. Algunos materiales, por ejemplo los utilizados por el ciclo básico de Medicina en el curso de sociología, son importantes indicadores de nuestras insuficiencias teóricas como movimiento estudiantil. Quedan así huecos, vacíos, que son llenados por orientaciones y por contenidos claramente reaccionarios y que nosotros, sin embargo, combatimos diariamente en nuestra militancia política.

Para estas orientaciones el objetivo central, generalmente, es limitado a investigaciones que buscan cuantificar, exclusivamente, la realidad social, dejando desconocida toda una zona de fuentes esenciales, y aisladas las conocidas entre sí. Como conclusión, a nivel de ciencias sociales, es perfectamente notoria la tergiversación o el tratamiento limitado y escueto que se da al marxismo. A máximo, como obligación por estar contenido en una, dos o tres obras de los clásicos a nivel de una, dos o tres bolillas, pero nunca en su carácter transformador que lo integre como un instrumento de crítica, como un método de análisis efectivo de la sociedad.

Algunas conclusiones

En este sentido, y para resolver ya, se puede señalar que hay una inarmonía importante entre el crecimiento político de las fuerzas progresivas, entre el crecimiento, inclusive, del prestigio del marxismo como teoría, y el conocimiento profundo y sistemático del mismo, lo que engendra debilidades teóricas. En ciertos grupos, especialmente aquéllos cultores del espontaneísmo, se ve en su débil resistencia a los embates y a las formas que asume la ideología dominante.

Consideramos que la solución de estas dificultades debe provenir de una profundización marxista-leninista de la institución realizadora de esta tarea científica. En esta dirección se inscriben diversos estudios de nues-

tro partido, entre los que cabe mencionar el planteamiento matriz realizado en 1965 por Arismendi en la conferencia que apareciera posteriormente como folleto y hoy integrando un libro; precisamente realizamos la presente Mesa Redonda a fin de estudiar y debatir una de las grandes cuestiones a que está abocado el VII° Congreso de la UJC que la auspicia. Es una constante profundizar el marco teórico en el cual resulta o es posible explicar y movilizar a la Universidad, transformarla, definir temas como el de los avances científicos y otros, acercándonos de esta forma, no sólo a la posibilidad de ruptura parcial de la función de la Universidad, sino también a los posibles límites de esa ruptura, las posibles dependencias que tiene esa ruptura respecto a la ruptura social general, revolucionaria, de la sociedad. Pero junto a la profundización teórica, el quehacer colectivo en las grandes direcciones emanadas del debate, es lo que condiciona la propia captación de nuevos interrogantes y problemas.

Ello porque de la vida práctica, concreta, real, movilizadora que cobre en la Universidad la actual coyuntura política, depende finalmente la mayor o menor amplitud, la mayor o menor posibilidad de ruptura Universidad-sistema.

Finalmente, creemos válido establecer algunas direcciones de trabajo en la Universidad, tras las que pueda materializarse ese aporte, ese intento:

A) Impulsando las tareas dirigidas al mantenimiento y al crecimiento del nivel científico de la llamada herencia cultural y correlativamente a su espíritu transformador.

B) La segunda dirección está ligada, en alguna medida, a los resultados inmediatos, o a mediano plazo, de ese trabajo científico. Ella debe vincularse directamente a la obtención de conocimientos que permitan, no sólo una denuncia social, sino que constituyan aportes reales, que otorguen una efectividad política mayor a nuestra militancia y a nuestra práctica. Esto supone, es claro, una reorientación de los institutos de investigación, ante todo de aquéllos relacionados con las ciencias sociales, una reorientación docente, etc.

C) En tercer lugar, entendemos necesario introducir ciertas condiciones docentes y ciertas condiciones curriculares en general, que permitan efectivamente la formación de estudiantes con una óptica y una perspectiva distintas, dotándolos, además, de instrumentos de conocimiento de esa realidad. Para ello se requiere un trabajo específico, sin el cual, planteos honestos como el de la Sala de Sociología en el reciente Seminario del Instituto de Ciencias Sociales, —planteo en el que prácticamente se exigía la oficialización del marxismo como el marco teórico necesario para la enseñanza de la Sociología—, no sirven o no fructifican en cuanto ello debe significar, correlativamente, la sustitución de las orientaciones cuestionadas; sustitución por la orientación con la cual concordamos, por la orientación que entendemos correcta o más correcta o, por lo menos, un trabajo orientado a procesar esa sustitución.

D) La resolución de estas cuestiones no puede quedar librada a la espontaneidad y su superación sólo será efectiva en el marco de una política revolucionaria y avanzada, consciente, amplia, efectiva. Ello presupone la organización revolucionaria, del partido revolucionario, capaz de comprender los diferentes niveles de problemas que el tema implica. Y de alguna manera, por otro lado, esta afirmación promueve otro tema que no está específicamente ligado a esta Mesa: el de ampliar la función del partido revolucionario para lograr integrar y resolver esta problemática.



INFILTRACION IMPERIALISTA EN LA CULTURA

Prof. J. Bentancourt Díaz

Docente titular de la Facultad de Humanidades y Ciencias.
Catedrático de Filosofía de la Historia.

El hablar en último término en una Mesa Redonda (1) de problemas tan serios como los que aquí se están abordando, tiene muchos inconvenientes y una sola ventaja. El inconveniente más grave me parece ser el grado de agotamiento a que llega el auditorio después de exposiciones tan responsables y sobre temas tan profundos como los que aquí se han planteado. Pero posiblemente este obstáculo sea fácilmente subsanable, dado que quizás no exija mucho la atención del público la modestia de lo que voy a decir. En cambio, hay una ventaja que es la que quiero aprovechar al máximo; como son muchos los oradores, distinguidos colegas que han hablado ya, tal vez mi exposición se vea facilitada con frecuencia, y abreviada, a la vez, remitiéndome a lo que ellos han dicho.

En primer término, debo decir, que pertenezco a un campo del conocimiento científico bastante distinto al de la mayor parte de los que hablaron antes, campo científico que podríamos decir que es el de las ciencias humanas. En él también se plantean problemas de mucha importancia, a algunos de los cuales deseo referirme.

En general, trataremos de observar cuál es la acción práctica y cuáles son los fundamentos teóricos de la infiltración cultural del imperialismo y cuáles son las conclusiones que podemos extraer de estos análisis. Es necesario descubrir y analizar bien la labor del neocolonialismo cultural a que estamos sometidos, tanto en el aspecto práctico, vuelvo a repetir, como desde el punto de vista teórico, poner de manifiesto la estrategia del enemigo, aceptar esa lucha.

La Universidad es, precisamente, en gran parte, el campo donde esa lucha se da y donde es necesario vencer a ese enemigo. Por consiguiente, mi exposición se referirá a dos puntos, o comprenderá dos partes: primero, lo que el imperialismo hace en concreto dentro del campo cultural y, luego, la fase teórica de lo que hace.

En el primer aspecto voy a ser muy breve y muy sintético porque lo que el imperialismo hace en el campo cultural es denunciado día a día. Lo importante es saber descubrir también, diariamente, la multiplicidad de recursos, los distintos canales y conductos en que el imperialismo se basa y que utiliza para realizar esa obra de penetración, de integridad cultural regresiva. Porque los

métodos son cada vez más sutiles, más agudos, más perfectamente estudiados, y dispone, desde luego, de recursos extraordinarios para realizar esa obra. Le es difícil a América Latina defenderse de esa penetración. Pero por las razones que voy a desarrollar después, estamos seguros de vencer en esa contienda. Muy poderoso y muy rico es el enemigo y muy pobre la América Latina. Pero tenemos una ventaja, tenemos de nuestra parte la razón histórica. También en el campo social se puede decir ¿qué puede hacer el pobre obrero en las condiciones miserables en que vive frente al capitalista lleno de recursos, lleno de armamentos? Sin embargo, día a día estamos contemplando, día a día está registrando la historia el triunfo necesario, impuesto por la razón histórica, de la clase obrera sobre su poderoso enemigo.

Los medios de penetración imperialista son múltiples, hay una pluralidad, decíamos, de canales, de conductos para realizarlos; estamos en presencia de toda una ofensiva cultural y nadie ignora que para desplegar esa ofensiva cultural, el imperialismo cuenta con una gigantesca liberalidad de recursos financieron, que emplea sin ningún retaceo. Voy a referirme, muy rápidamente, a algunos de esos medios: concesión de becas, concesión de convenios de ayuda o de cooperación, etc. Es muy posible que sea un tema muy interesante de la discusión posterior —lo planteaba el Dr. Buño— el analizar la actitud que debemos asumir frente a esos convenios de ayuda. Es muy conocida también la acción que despliegan las famosas fundaciones privadas, la Ford, la Rockefeller, y muchas otras. A veces, como se ha denunciado también públicamente, en combinación con la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

Importantísima es la utilización que hacen y el dominio que poseen sobre los órganos de difusión masiva tales como la radio, la televisión, el cine, la prensa. En este caso, me quiero referir a un hecho especial: la difusión cultural se hace naturalmente, por intermedio del libro, no es raro que la mayor parte de las traducciones que se hacen hoy a nuestro idioma provengan, precisamente, de los Estados Unidos. Y cuando hay alguna empresa editorial de gran difusión continental que ha llegado a adquirir una inmensa cantidad de lectores en nuestra América, el imperialismo se interesa por conquistar, por dominar esa empresa, del mismo modo que lo hace en el terreno económico y financiero con lo que se ha denominado en nuestro país la extranjerización de la banca. Hay bancos nacionales; pues bien, el imperialismo adquiere las acciones, domina esos consorcios bancarios, utiliza ya una obra hecha para ponerla a su servicio. Algo por el estilo es lo que pasó, por ejemplo, con una editorial muy conocida, el Fondo de Cultura Económica de Méjico, que prácticamente ha caído ya en manos de los Estados Unidos, es decir de la fuerza de penetración cultural imperialista. Ello obligó, incluso, a que se retirara de allí su director, Orfila Raynal, fundando una nueva editorial que, por suerte, ha logrado ya suplantar a la anterior: me refiero a la Editorial Siglo XXI, que ya ha superado a aquélla en cuanto a su difusión en América Latina.

Es conocida también la actuación, en este sentido, de una cantidad de organismos norteamericanos. Me voy a referir a uno porque me permite sintetizar, según lo que había dicho ya anteriormente: es la actuación que cumplen en nuestros países los Cuerpos de Paz, que han organizado por ejemplo aquí, en el Uruguay, el Movimiento de las Juventudes Agrarias. La denuncia sobre la acción que despliegan en nuestro país, pero también en otros países del continente esos Cuerpos de Paz, tomó forma, especialmente, en una serie de artículos firmados por universitarios que se publicaron en el diario "El Popular", y a ellos por consiguiente me remito.



Pero en este aspecto de la acción práctica del imperialismo quería referirme a un punto concreto, que es la presencia en el continente de algunos agentes culturales del imperialismo que están influyendo cada día más en las tentativas de reorganizar o reestructurar la Universidad latinoamericana. En especial quiero aludir a un personaje, solamente a título de ejemplo porque hay muchos otros que desempeñan el mismo papel. Se trata del Sr. Rudolph Acton, que ha actuado en la pretendida renovación de las estructuras universitarias en Chile, en Honduras, en Colombia, quien últimamente ha sido una figura destacada en la reorganización de las universidades brasileñas y que, tengo entendido, está actuando en la Argentina. Y no sería nada difícil, no sería nada difícil, que dentro de poco lo tuviéramos en nuestro país en virtud de algunos de los proyectos que concibe esa gente tan singular, que ha sido bien caracterizada aquí en la intervención inicial del Ing. Massera: me refiero a las concepciones de organización o de reorganización universitaria que surgen del caletre del Dr. García Capurro. Es posible que nuestro Ministro de Cultura solicite dentro de poco la colaboración de este experto norteamericano en problemas de Universidades Latinoamericanas.

Tengo aquí un trabajo de Acton, bastante extenso, publicado en una revista (pero consta de 170 págs., lo que quiere decir que prácticamente es un libro) acerca de la Universidad latinoamericana, es decir de un norteamericano teorizando sobre lo que debe ser la Universidad latinoamericana. Estoy seguro que muchos de los universitarios del Uruguay y muchos de los que aquí han participado tienen ideas bastante definidas y claras, muy seguras y muy importantes sobre lo que debe ser la Universidad en A. Latina. Pero esas ideas no se difunden mayormente, dado que el imperialismo centraliza los medios necesarios como para que la opinión del experto norteamericano sobre asuntos universitarios latinoamericanos adquiera relevancia aunque sea dicha opinión caduca y reaccionaria. Esto me recuerda algo que pasó allá por la década del XX, una experiencia personal de hace 40 años pero que, debemos confesar, son experiencias que quedan vívidas. Era cuando comenzábamos nuestras primeras lecturas respecto a la acción del imperialismo en América Latina a raíz de la intervención armada de los Estados Unidos en Nicaragua. Habíamos leído algunos libros denunciando ese imperialismo; esos libros eran de autores norteamericanos y algunos de ellos eran buenos. Por ejemplo, conservo con mucho cariño, sobre todo por la documentación que trae, un libro que terminó por

definir, durante mucho tiempo, la acción de ese imperialismo es nuestro continente, el libro que se titula **La Diplomacia del Dólar** y cuyos autores son Freeman y Nearing. Pero también en esa época comenzamos a leer algunos libros de denuncia de ese imperialismo realizados por latinoamericanos; recuerdo, por ejemplo, los libros de Ugarte **El Destino de un Continente**, y muchos otros. Lo importante de estos libros de Ugarte es que sostenían que no era posible confiar la emancipación de América Latina, la liberación de América Latina de las garras del imperialismo norteamericano a las obras de los propios norteamericanos. Decía: ellos nos subyugan y al mismo tiempo pretenden liberarnos. En nuestros impulsos juveniles traducíamos eso, adaptando una fórmula de Marx; decíamos, más o menos lo siguiente: la liberación de América Latina será obra de los latinoamericanos mismos. Podríamos decir, en este caso, la constitución de una Universidad latinoamericana será obra de los propios universitarios latinoamericanos y no de expertos norteamericanos. Voy a referirme, muy rápidamente, a los principios generales que forman esta obra, porque hacen referencia a muchos problemas de actualidad. En primer término destaca la universidad privada y particularmente la participación, inclusive, en las universidades oficiales de particulares y muy especialmente de empresas. Quiere decir que en la obra de este autor no hay un simple trasplante de la Universidad norteamericana al territorio de América Latina, hay una adaptación. Lo que se defiende aquí es el tipo de Universidad que el imperialismo concibe para los países subdesarrollados o que están dentro de su área de penetración y de su influencia. Sostiene que la Universidad debe de ser fundamentalmente un instrumento de adaptación a la sociedad y no de transformación de esa misma sociedad; plantea, desde luego, todos los principios generales del desarrolismo: considera a la educación la causa real del subdesarrollo, defiende la necesidad de hacer estudios tecnológicos y dedicar la Universidad fundamentalmente a la preparación de técnicos, la necesidad de realizar planeamientos económicos pero venidos o traídos desde afuera, y no como resultado de las propias investigaciones realizadas en y por los organismos de enseñanza. Hay manifestaciones también muy claras contra la autonomía, defiende el imperio de la disciplina y la jerarquía dentro de la estructura universitaria y se expresa muy francamente contra la representación estudiantil. En este caso pienso hacer conocer a ustedes algunos trozos de esta obra. Hay un largo párrafo sobre los estudiantes que en esta edición va de la pág. 86 a la 96 y es una verdadera diatriba contra este sector tan importante de la enseñanza. Por ejemplo se leen cosas así: "si los estudiantes sufrían, tenían mártires, si el gobierno caía, la nación tenía héroes; de cualquier manera los estudiantes obtenían cada vez más posición, más prestigio, más poder político, pero de un héroe o de un mártir no sale un buen estudiante; esto condujo forzosamente a que disminuyera el interés por el verdadero conocimiento y a que proporcionalmente aumentara el interés por la agitación y la política."

Y les ruego, que pongan interés sobre esta última frase: "Cuando una turba sale a la calle a combatir por la libertad, la paz, la democracia y la justicia, es de presumir que no le conceden mayor primacía a la razón". Es decir, sustenta que no es racional luchar por la libertad y la democracia. En este otro trozo se le escapa el norteamericano que, naturalmente, lleva encima y muy adentro: "La política es el soporte principal de todas las actividades estudiantiles, no la política universitaria, sino la nacional, las elecciones de estudiantes para cargos estudiantiles se desarrollan estrictamente dentro del marco de la política partidista nacional, no es el héroe popular del equipo de



fútbol quien se convierte en presidente de un curso, digamos en líder estudiantil, sino el candidato que se identifica con el sentimiento político mayoritario dentro del campo". Está haciendo realmente el elogio de las Universidades y de los líderes estudiantiles latinoamericanos, sin querer, porque para él naturalmente, buen norteamericano, es mucho más importante el entrenador del equipo de básquetball de la Universidad que el profesor de matemáticas o de física; eso es lo que ocurre en los Estados Unidos.

En otro momento he dicho, y quiero repetirlo acá, que la Universidad norteamericana, que se nos quiere ofrecer como modelo, es una Universidad en la que hoy puede ser presidente, por ejemplo, un hombre de negocios, que lo es habitualmente un hombre de negocios, o un militar, o un político desde luego reaccionario, pero en la que no podría ser presidente ni siquiera alguno de esos grandes pedagogos con que cuenta la historia de los Estados Unidos; hoy no podría ser presidente de una Universidad norteamericana un William James ni siquiera un John Dewey.

El Sr. Acton está hablando de las organizaciones y las federaciones estudiantiles y aquí aprovecha de paso, para descargar también su desprecio con respecto a las organizaciones sindicales: "hoy, junto con los nacientes sindicatos, las federaciones estudiantiles representan las nuevas fuerzas sociales en el continente, han usurpado el poder de los partidos políticos tradicionales, los han superado en ruido, en brillo y en realizaciones dentro del escenario nacional y reflejan la verdadera dinámica del presente". Todo esto lo hace naturalmente para condenarlo, nosotros creemos que esto es un elogio de la actividad que despliegan esas organizaciones estudiantiles. Y hay muchas manifestacoines aquí contra la representación estudiantil, representación estudiantil que ha significado, —no puedo desarrollar el tema, que es de mucha importancia—, un

progreso enorme en la evolución de las universidades latinoamericanas allí donde ese principio ha logrado implantarse. Dice por ej.: "en algunos países los estudiantes tienen la mitad de los miembros del Consejo de la Universidad, en otros tienen la tercera parte y los alumnos y los profesores integran los otros dos tercios, pero las cifras no inciden intrínsecamente en el proceso mismo; si hay un poder estudiantil real, un solo estudiante solitario en el Consejo de la Universidad, puede volver completamente inoperante al augusto Cuerpo". Cuál es la consecuencia, pueden ustedes imaginarse: ni un solo estudiante en el Consejo, es decir, vierte opiniones completamente contrarias a la representación estudiantil.

Hemos dicho que, sobre todo, insiste en la necesidad de una rígida y severa disciplina y voy a leer solamente un pequeño párrafo, porque esto está desarrollado, en general, en casi toda la obra: "Sólo una reorientación estructural de la Universidad podrá colocar a los estudiantes en la alternativa de trabajar duro o fracasar". Parece que el autor defiende el retorno al método pedagógico de la palmeta; seria, severa disciplina.

¿No tienen ninguna repercusión las ideas de este experto en materia de Universidad Latinoamericana? Tengo en mis manos el Proyecto del COSUPEN, inc. g) del art. 13 que establece que será una de las funciones de ese organismo, de ese consejo superior de la Enseñanza, integrado por cuatro miembros designados por el P. Ejecutivo y un solo miembro de competencia específica, pedagógica y universitaria que sería el Rector de la Universidad. Ese organismo deberá: "dictar los estatutos generales que regulen los derechos y obligaciones de los estudiantes los que serán comunicados a los respectivos organismos para su aplicación".

En este caso, el COSUPEN ha superado la performance del Sr. Acton, porque en este inciso se refiere a los estudiantes de todos los niveles, es decir que este organismo de cinco miembros, cuatro de ellos de origen político, va a establecer las obligaciones de los estudiantes de primaria, de los niños, de los adolescentes de secundaria, de los de la Universidad del Trabajo y de los que pertenecen a la Enseñanza Superior.

Mucho más importante es el segundo tema, es decir, cuáles son las bases teóricas de esta penetración del imperialismo en la América Latina. Este es un problema naturalmente muy serio, que hay que analizar con gran detenimiento. Plantearlo así, en una Mesa Redonda, no parece ser lo más adecuado y apenas podré dar un ligero esbozo de lo que esto significa, sin introducirme por consiguiente, en este momento, en el tema de la metodología y en el de los fundamentos teóricos de la acción que se despliega precisamente, sobre todo, en el campo de las Ciencias Humanas, de la ciencia social.

Esto es lo que habrá que analizar detenidamente en el futuro, pero podríamos decir, con respecto a la penetración imperialista, que sus bases epistemológicas son dobles y, a mi entender, contradictorias. Su epistemología es objetivista por una parte y pragmática por otra. Su objetivismo de origen neopositivista proviene de su confianza de que, cumpliendo con ciertos recursos metodológicos, se puede captar el objeto tal cual es. Pero como la filosofía pragmática, es decir, la persecución de un fin práctico definido, impregna y orienta desde el principio la investigación, ese objetivismo no permite una captación global y cierta de la realidad, sino apenas algún aspecto cuantificable de esa misma realidad. De esta manera, los grandes problemas se le escapan. Especialmente ello se ve en los estudios que realizan en el campo de la sociología y en lo que se denomina la microsociología. Planteo este problema porque es de permanen-



te actualidad, y lo que importa, en algunas indagaciones y encuestas que se hacen en el terreno sociológico (y son denunciadas porque constituyen una labor de espionaje como el Plan Camelot o el Plan Simpático o tantos otros planes) es la base teórica y metodológica que los inspira. Porque el contenido de los planes puede variar y los van a variar hasta casi hacerlos, diríamos, insospechados, porque van a disimular muy bien la intención, y hay que saber descubrirla, dado que la intención está. Por consiguiente, el análisis de esa base teórica me parece importante.

Dice Bunge: "Este enfoque microsociológico tan típico de la sociología norteamericana contemporánea, es incapaz de prever los cambios sociales de mayor importancia, aunque puede, en cambio, suministrar predicciones exactas sobre las ventas futuras de una marca de cigarrillos".

Porque, precisamente, la selección de los datos con que se realiza cualquier investigación de este tipo, proviene de una posición **a priori**, que en este caso —el de los cigarrillos— es el de una economía de mercado.

Lo mismo ocurre, por ejemplo, en el campo de la historia. Leí hace poco un libro traducido, también del inglés, de un famoso historiador norteamericano, que se refiere a los temas de la enseñanza y el estudio de la historia. El se impone como uno de los primeros problemas el que un estudiante de historia debe plantearse en forma primordial: ¿qué es lo que debemos hacer en Vietnam, en el Congo, etc.? Imaginen ustedes lo qué sería abordar el estudio de la historia del Uruguay —cosa que no desearíamos jamás— con el preconcepto de qué es lo que tienen que hacer ellos aquí, en el Uruguay.

Todo esto proviene del pragmatismo. Lo verdadero es lo útil, lo que es útil es verdadero. Es decir, hay un propósito por anticipado, una intención previa. Quiero referirme aquí a dos casos de actualidad, que han abordado también algunos de los oradores anteriores.

El tema candente y más importante dentro de los EE.UU., (y está pasando ahora lo mismo dentro de nuestro continente, es el de la explosión demográfica de América Latina. El otro problema al que quiero referirme es el de las matanzas en Vietnam, las matanzas de la población civil. Estas dos cosas, aparentemente desvinculadas, tienen un nexo común, un presupuesto previo, que podríamos sintetizar así: el crecimiento de la población en los países subdesarrollados no está de acuerdo con los intereses del imperialismo. Y por más análisis científicos que se hagan —pueden ser muchos y muy minuciosos—, sobre la explosión demográfica, este presupuesto previo determina todas las conclusio-

nes que se saquen. En este caso, la conclusión que han sacado es, lisa y llanamente, **genocidio.** Genocidio por medio de matanzas colectivas, por medio de las armas en el caso de Vietnam; y genocidio por anticipado en el caso de la utilización de métodos anticonceptivos en los países del área latinoamericana.

Queremos llegar a algunas conclusiones. Es indudable que necesitamos perfilar un nuevo modelo de Univefsidad, tratar de descubrir cuál es la Universidad que nuestro país, América Latina en general, necesitan. Naturalmente, son muchos los problemas, pero de acuerdo a lo expuesto, de acuerdo a algunos de los dos o tres problemas que he planteado, llego a ciertas conclusiones.

Hay que conferir a la Universidad una determinada importancia. Es necesario no magnificar, pero tampoco despreciar, el papel de la Universidad dentro del proceso revolucionario que el continente está viviendo. Es un campo de batalla más contra el imperialismo y debemos aceptar ese campo de batalla, combatir en todos los términos. No hay que creer que la revolución, que madura en el continente, se hará en la Universidad, pero tampoco hay que creer, porque sería profundamente equivocado, que en esa revolución la Universidad no desempeña ningún papel. Las dos posiciones me parecen equivocadas.

La Universidad, en segundo término, no puede ser una fábrica de tecnócratas, no puede ser exclusivamente técnica; esto sería, en otro plano histórico, volver a la situación pre-reformista, es decir, a la situación anterior a 1918 cuando se denunciaba precisamente a la Universidad como una fábrica de profesionales. El tecnócrata es necesariamente un individuo desarraigado, un individuo que no tiene vínculos con el medio en que vive, un individuo que emigra con mucha frecuencia. Es a través de esto que podemos explicar, por ejemplo, la evasión del Uruguay de muchas capacidades y muchos intelectuales. ¿Qué es lo que les falta? Precisamente éste es el tercer punto, que me parece de importancia primordial. Les falta conciencia política.

La Universidad debe ser un centro donde se desarrolle y madure esa conciencia política. Y, en este sentido, como persona vinculada a las ciencias humanas, tengo el principio de que esa conciencia política se crea y se madura con el estudio de la historia, de la literatura, con el estudio de las corrientes de ideas internas, con el estudio de la economía de cada país. De esta manera, la Universidad creará intelectuales firmemente arraigados a la realidad nacional, comprometidos con esa realidad, partícipes, por consiguiente de la maduración que está creciendo dentro del continente.

Quiero recordar una anécdota. Hace algún tiempo —4 ó 5 años— vino a nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias un profesor peruano de la Facultad de Filosofía y Letras. Era en el momento en que había un fuerte movimiento guerrillero en el Perú. Nos decía que muchos estudiantes se desinteresaban por los cursos y que además uno de ellos le confesó que, dentro de poco, él se incorporaba a la guerrilla, y que, además, le resultaban verdaderas paparruchas lo que se estaba enseñando sobre historia, literatura y filosofía en esa Facultad; que ellos pensaban hacer una revolución, producir una gran transformación y que, por lo tanto, la Universidad debía preocuparse exclusivamente de formar técnicos, es decir, ingenieros, agrónomos, veterinarios, para la nueva reconstrucción del país.

Lo primero que se me ocurrió a mí fue preguntarle si el estudiante no había pensado si esos técnicos se quedarían en el Perú una vez realizada la transformación revolucionaria; porque ése es un fenómeno que se ha dado en muchos lados, como por ejemplo, fue uno de los fenómenos característicos de la revolución cubana, es decir, el de técnicos sin conciencia política.



No se desprecia la formación técnica, precisamente técnica, cuando se tiene conciencia política; una conciencia política exige conocimiento técnico.

Y la cuarta conclusión a que llego, es que este problema último a que me refería, es un problema de carácter epistemológico: estudiar las bases del conocimiento científico, en este caso, el campo de las ciencias humanas, pero también cualquier otro campo. Está vinculado, desde luego, al problema general del conocimiento y, por consiguiente, integra uno de los aspectos generales de una concepción del mundo, es decir, de una filosofía. En este sentido, creo que la nueva Universidad debe plantear en forma aguda esta lucha que se mantendrá con el imperialismo dentro del campo de la filosofía. A mi entender, esa lucha es la lucha que debemos afrontar entre las concepciones del materialismo dialéctico y las concepciones del pragmatismo, cualquiera sea la forma en que el pragmatismo se presente.

No ignoro que hay muchas otras corrientes filosóficas en el mundo, pero aquí, en el continente americano, la lucha es entre América Latina y el imperio norteamericano. Y en el campo filosófico la lucha es entre el materialismo dialéctico, el marxismo, y el pragmatismo norteamericano.

(1) El Prof. Bentancourt clausuró la sesión del día 5.



PAPEL SUBVERSIVO DE LA CIENCIA

Dr. Enrique Paris

Miembro del Comitó Ejecutivo del Partido Comunista de Chile, Presidente del Movimiento Reformista Universitario

Estimados compañeros universitarios y compañeros dirigentes de la Juventud Comunista Uruguaya y del Partido Comunista:

Yo tenía, en primer lugar, que entregar mi saludo de la Juventud Comunista, el Partido Comunista y los universitarios de mi país, a los estudiantes y universitarios uruguayos que, como nosotros, están al frente de la lucha antimperialista y por la liberación de nuestros pueblos, con características cualitativamente más complejas que otras luchas dentro del terreno de la Universidad. Ello nos lleva a procurar que esta Universidad en la cual nos ha tocado actuar en esta época, la Universidad que ha surgido de la sociedad burguesa, se transforme realmente en el generador de los núcleos de intelectuales orgánicos de los que hablara Gramsci.

Querría hacer mención tan sólo a dos aspectos de las cuestiones generales que ayer fueron discutidas con tanta lucidez por los distinguidos profesores que intervinieron en el panel, respecto del papel de la ciencia dentro del proceso general de transformaciones de la época y la función de la ciencia y de la investigación científica y tecnológica como elementos al servicio de la liberación de los pueblos.

Mis observaciones van dirigidas, básicamente, a dos cuestiones.

La primera. Es interesante oír que en cuanto empezamos a hablar de la Universidad, de inmediato empezamos a hablar de la investigación científica y tecnológica, y no queda bastante clara la relación que existe entre estos dos elementos. ¿Por qué, necesariamente, cuando hablamos de la investigación científica y tecnológica tenemos que pensar de inmediato en la Universidad? Esto sucede, a mi juicio, por ser algo muy conocido y porque de algún modo lo hemos impuesto y defendido, a través de la lucha del movimiento estudiantil, del movimiento de los docentes, del movimiento de los funcionarios en todas las universidades latinoamericanas. Es bueno repetir la razón de por qué, al referirnos a la ciencia, enseguida ubicamos la investigación científica en el contexto o en el marco de trabajo de la vida universitaria. Porque nos parece que dentro de la sociedad latinoamericana en general, dentro de la sociedad burguesa,

aun con todas sus limitaciones y por el avance de la ideología del proletariado en el seno de los movimientos universitarios, la Universidad sigue siendo o puede ser, una institución que dé garantías nacionales para una investigación científica menos aherrojada por las trabas del imperialismo, del particularismo de los intereses privados y del capitalismo. De tal manera es que la investigación científica se debe realizar en la Universidad.

Y esto plantea, a continuación, un hecho no sólo de orden teórico, sino de orden práctico. Nosotros, en Chile, nos oponemos terminantemente a la creación de centros de investigación científica al margen de la Universidad, porque estos centros, de un modo u otro, se transforman en agentes al servicio de los intereses particularistas de los grupos de Poder o del imperialismo norteamericano. De modo tal, entonces, cuando postulamos que la investigación científica debe realizarse en el seno de las universidades y reclamamos para las universidades la cuna de la investigación, también estamos entregándole a la Universidad una responsabilidad ética, en el plano social, extraordinariamente grande. Creo que este tema relacionado con la estructura de la Universidad en función del proceso social, me corresponderá abordarlo más adelante.

Y el segundo aspecto, que quería tan sólo tocar de paso, como una reflexión de las observaciones que ayer hacían los profesores del panel, se refiere al papel, que yo me atreví a denominar subversivo, de la ciencia. Nosotros en algunas oportunidades, y en algunos círculos, —no en esta Mesa, por supuesto— tendemos a hablar del avance científico-tecnológico, con cierta desazón. Por el hecho de que las tecnologías más avanzadas, muchas veces han tenido origen en el terreno del capitalismo y en el terreno de los grandes monopolios internacionales al servicio del imperialismo norteamericano —negativos a los efectos de nuestro país—, y porque la investigación científica está en manos de estos sectores particularistas y del capitalismo, muchas veces aparece como una pesadumbre el que se hayan logrado determinados avances científicos.

Esa pesadumbre, derivada de la utilización antihumana de los avances científico-técnicos por el imperialismo, es así, es una realidad. No obstante eso, los comunistas tenemos, por así decirlo, terreno en el cual muchas veces hemos estado a la retaguardia y debemos convertirnos, porque efectivamente es así, en los defensores de la ciencia, en los defensores de la investgiación científica. Porque la ciencia está descubriendo las leyes que rigen, que determinan las condiciones naturales de vida del hombre. Lo que tenemos que lograr los pueblos y los universitarios, es que estas leyes se pongan realmente al servicio de la humanidad.

La ciencia, entonces, siempre tiene una función subversiva, ya sea cuando nosotros la ponemos al servicio del hombre, y aun cuando esta ciencia es utilizada para la destrucción del hombre. Aun en esos casos, sin entrar ya en el terreno político que plantea la inversión de la ciencia en la tecnología, aun en el terreno de la liquidación del hombre mediante la ciencia, ésta tiene un papel subversivo, al enfrentar a millones de hombres, a las grandes mayorías de todos los pueblos con indignación, organizarlos y aclarar la postura que cabe a los pueblos frente al carácter real del imperialismo, que hace uso de la ciencia para destruir a sus semejantes.

Yo sólo quería hacer estas dos observaciones respecto al problema.

CAPITULO II.-

Problemas de la Reforma Universitaria en Chile

Dr. Enrique Paris

Quiero decir, y no como una excusa, que la experiencia dentro del proceso universitario latinoamericano, que tiene el movimiento universitario chileno es, aun con sus antecedentes del pasado, una de las más jóvenes, una de las más pequeñas. Por tanto, nuestro aporte en el terreno teórico, no es sino el resultado de nuestra experiencia directa, de nuestra observación y el enfoque que hemos hecho de la Universidad, concretamente de la Universidad chilena, pensando que muchísimos de los problemas que ella nos planteó, a pesar de los cambios estructurales y los cambios de gobierno dentro de la Universidad, que muchos de estos problemas deben tener similitudes a los que han existido en otras universidades latinoamericanas y naturalmente, muchísimas diferencias.

Creo que en el terreno teórico, los compañeros uruguayos deben entregarnos a nosotros el aporte que corresponde a su experiencia de varios años ya, de convivencia de gobierno universitario, con lo que ustedes denominan los órdenes estudiantiles, profesionales y académicos o docentes, experiencia que nosotros recién en estos días, empezamos a realizar.

Crisis estructural

Nos hemos planteado el problema en los siguientes términos. Nos hemos preguntado cuáles son los problemas de la Universidad, y frente a esta inquietud, surgida fundamentalmente en el seno de la juventud chilena, de la juventud universitaria chilena, habían desde luego muchísimas respuestas. Que la Universidad debía ser de tal manera, que debía tener tal organización; había acuerdo entre todos, enemigos, reformistas y antireformistas de que existía una crisis en el seno de la institución universitaria. Y estábamos de acuerdo también, todos los sectores prácticamente, que de esta crisis podíamos precisar causas internas y causas externas. También estábamos de acuerdo que estas causas internas y externas dependían de las relaciones que existen entre el proceso social y el proceso universitario.

Nos dimos la tarea de abordar, ya teóricamente y en función de la crisis universitaria en la cual estábamos todos conscientes de que existía, una Universidad retrasada respecto a la misión social. Muchísimos profesores en el día



de ayer y hoy día, han planteado las relaciones que debe tener la Universidad con el proceso de liberación nacional. Muchísimos, estábamos perfectamente de acuerdo.

Elementos ideológicos, base de la actividad universitaria

¿Cuáles son las relaciones de la Universidad con el proceso social? Partimos señalando una cosa tan simple como que la Universidad nace en una sociedad determinada, con una forma determinada: una forma feudal, una forma capitalista, una forma socialista. La ideología de la Universidad tiene como misión de la institución universitaria cohesionar el sistema, justificarlo, cuando es necesario justificarlo en los términos éticos, como ocurre con el capitalismo; servir como punto de referencia a toda la actividad social, fundamentalmente, el conocimiento.

La Universidad nace, entonces, en una sociedad determinada y aunque participa del mismo principio que genera esta sociedad, no se identifican plenamente las características de la Universidad, su ideología, en forma absoluta, con la ideología de la sociedad. Hay ritmos, hay tiempos, hay características que crean problemas y crean brechas que es necesario analizar.

La Universidad no puede ser reducida, so pena de caer en mecanicismo, a la sociedad, como tampoco puede ser reducida la sociedad a la Universidad. En último tiempo, entendemos nosotros, y estamos hablando entre universitarios y me parece ocioso extenderme sobre este punto, serán las relaciones de producción que en una sociedad determinada existan, las que van a definir la característica de esa Universidad en términos generales.

Muchos no toman conciencia de las relaciones que unen a la Universidad y la sociedad. Ello ocurre porque no se notan, no es visible en forma clara, evidente e inmediata, sin análisis; porque no son sólo simples vínculos externos, porque son de fondo, son congénitos y no adquiridos. Es por ello que para percibir estas relaciones materiales o ideológicas, naturales, que existen entre el proceso social y la Universidad, se requiere que un cuerpo teórico se dé cuenta de la estructura y actividad social y del conocimiento. Tal cuerpo teórico tiene que ser diferente de la ideología que sustenta la sociedad; tal cuerpo teórico es para nosotros, el marxismo, base de nuestro quehacer.

A falta del mencionado cuerpo de teoría, los universitarios piensan, a menudo, que los problemas que enfrentan son problemas —llamados así por los universitarios chilenos—, puramente universitarios. O sea que nada en la Universidad y su solución es posible sino dentro de ella misma. A nuestro juicio, una de las labores fundamentales que tiene un partido político marxista y fundamentalmente, una de las responsabilidades esenciales que tiene en la etapa histórica que viven nuestros pueblos, y particularmente la etapa histórica que vive nuestro país, Chile, consiste en que el Partido Comunista debe actuar ante los universitarios mostrando cuáles son las determinantes políticas, sociales e ideológicas que están en juego en el fondo de la problemática universitaria.

Jerarquización discriminatoria de la estructura universitaria

La historia nos enseña que lo que hemos dicho hasta ahora es verdadero. Las actuales universidades se originan y surgen en la época del ascenso de la burguesía, dándole contenido teórico-jurídico a la propiedad privada capitalista: clara misión ideológica, clara dependencia de una sociedad determinada. La sociedad feudal originó la universidad medieval con las características que ustedes conocen.

Por otro lado, las universidades se desarrollan a la par de la sociedad burguesa y han generado funciones, estructuras y gobiernos con ciertas características comunes, hasta hace algún tiempo, a todas las universidades latinoamericanas. La Universidad ha tendido a la especialización en la ciencia y en la técnica, sin poseer una concepción unitaria del saber. Ello corresponde a una ideología analítica, ello es el tecnicismo, con esto se produce la desvinculación entre el conocimiento particularizado y el saber totalizador, con esto el saber aparece desvinculado de su origen y finalidad social. A esta doble enajenación del saber: particularismo y desvinculación de lo social, carácter no humanista del conocimiento, le llamamos nosotros, dispersión y especialización del saber.

A partir de ese cuadro, la Universidad se ha orientado hacia las profesiones en desmedro del conocimiento científico o artístico, que les debe servir de fundamento. Universidad burguesa que ha generado las profesiones requeridas para producir, o reproducir, o mantener la estructura económica, jurídico-política e ideológica del sistema capitalista. Por eso ha habido escaso interés en aquellas disciplinas que no significan una clara utilidad para la mantención del sistema.

Cabría plantearse una pequeña disgresión —lo conversábamos con algunos compañeros universitarios— que es un fenómeno muy curioso si no le damos una interpretación acertada: que el proceso —llamémoslo así aun cuando tengamos tantas discrepancias en el fondo con esta concepción—, que fenómenos de la rebelión juvenil o fenómenos de las revoluciones universitarias de los dos últimos años, se originan en las Facultades de Letras o en las Facultades artísticas. A nuestro juicio se justifica plenamente el hecho de que así ocurriera, a menos que ya antes la Universidad hubiera establecido algunos paliativos para evitarlo. Ello se debe a que la vieja universidad es rígidamente estructurada bajo esta concepción, que he tratado de describir, de discriminación de las profesiones, entregándoles a las Facultades tecnológicas los grandes recursos, entregándoles a las Facultades de Economía y otras, los recursos necesarios para formar profesionales destinados a servir a la empresa privada, o abogados que van a mantener el sistema jurídico-político del país, en desmedro de aquéllas que forman valores, que están cuestionando el sistema, que están planteando



la necesidad de una organización social diferente y en las cuales penetran con fuerza irresistible las ideas del proletariado y su ideología científica ganando miles y miles de jóvenes que ven con claridad, en este caso, la necesidad de cambios sociales y, por consiguiente, la necesidad de cambios en la misión y en la finalidad de la Universidad.

Por eso ha habido escaso interés en aquellas disciplinas que no significan una clara utilidad para el sistema. ¿Qué utilidad tiene para el sistema capitalista, muchas veces, tener pintores, músicos, filósofos? Poco rendimiento social, a menos que sean los filósofos que mantienen los valores, que justifican —como señalábamos al comienzo— el sistema social. A esto lo llamaremos profesionalismo.

De ahí que las distintas funciones universitarias no tengan la misma importancia, que las diferentes profesiones alcancen diferente valor social, que las posibilidades de desarrollo académico no sean equitativas. Esto lo llamamos nosotros jerarquización discriminatoria de la estructura universitaria. Porque este fenómeno se da, o se daba en nuestra Universidad, en función de que la Facultad de Medicina era la Facultad rica, la de Ingeniería millonaria, la Facultad de Economía era realmente muy rica, la de Bellas Artes una Facultad

muy pobre, también muy pobre la Facultad de Filosofía, y de alguna manera esta concepción teórica se daba perfectamente en nuestra práctica.

Un reflejo de la dependencia ideológica del imperialismo

La organización universitaria, por tanto, sustentada sobre los citados pilares, cobra vida a través de una peculiar forma de gobierno: la no participación ni posibilidad de expresión de los grupos que intervienen en la vida universitaria, autoridades unipersonales con poderes discrecionales, autocracia universitaria, manifestación universitaria de lo que en la sociedad hacen los grupos de Poder dominante. A esto lo llamamos nosotros gobierno antidemocrático de la Universidad.

En América Latina interviene una caracterización que singulariza a la Universidad latinoamericana; en estos países, con un desarrollo capitalista incipiente, dominados por el imperialismo, con un gran retraso agrario, con supervivencias feudales, sin estabilidad política ni institucional, que deja de lado a las grandes mayorías trabajadoras en las decisiones de gobierno y Poder, todo ello mistificado, en casos, tras el rasgado velo de la democracia representativa.

En relación con este problema, anotábamos en un documento que publicamos recientemente, lo siguiente: estos rasgos sitúan el núcleo de nuestro retraso en la dependencia del imperialismo norteamericano. Somos una parte de la división internacional del trabajo que plantea la potencia imperial a sus provincias; somos un supuesto para su supervivencia; lo que año a año se llevan en materias primas, en pago de préstamos que fueron pedidos a su vez para pagar otros préstamos, es cosa conocida; igualmente se sabe que tras cada golpe gorila están sus intereses políticos y económicas. Y, muchas veces, lo que no se tiene claro, es que también dependemos de ellos, de los imperialistas, culturalmente.

La dependencia económico-política va acompañada, como sombra al cuerpo, de una dependencia ideológica y cultural, no sólo a través de los medios de comunicación de masas, sino de manera específica en la propia Universidad. La expresión más gráfica de esta dependencia es la fuga de cerebros, los profesionales e intelectuales que se van a trabajar para el imperialismo en su propia sede.

Pero hay más; hay una fuga de cerebros que no se produce a través del desplazamiento físico, en la que el sabio se queda en Chile o se queda en Uruguay, o en cualquier país de América Latina, pero que les trabaja igualmente a los norteamericanos. Estos pagan los servicios a través de los llamados **grants**, las "ayudas". Los propios beneficiarios no ven lo nocivo de esta situación y el propio imperialismo se encarga de hacerles creer que trabajan sólo en beneficio de la ciencia. A esto lo llamamos nosotros la dependencia ideológica del imperialismo.

Tales son los elementos ideológicos que están en la base de nuestra actividad universitaria. Ella se expresa en la organización de la actividad académica que tiene como efecto el conocimiento; ella se expresa en la relación que establece el conocimiento y su organización, con la organización de la Universidad, con la sociedad en la que se encuentra; ella se expresa en la disociación de los principios que usa para justificar su existencia social y la realidad crítica de la sociedad. O sea, la ideología burguesa se ha mostrado incapaz de este triple aspecto, y a esto lo llamamos incapacidad básica de la ideología burguesa.



Tales son las razones de inestabilidad de la relación de la sociedad en crisis con la Universidad. En el interior de ella cobra los caracteres de una crisis institucional y académica a la que son muy sensibles los universitarios: perciben las dificultades de trabajo, las limitaciones para un conocimiento con sentido, el presupuesto escaso y discriminatoriamente distribuido. Pero, en general, no perciben su origen y proyecciones sociales. Muchos los ignoran por estar demasiado abstraídos en su particular trabajo universitario; otros con finalidades expresas de mantención del sistema actual.

La denuncia de esta situación ha constituido una de las etapas del movimiento reformista. Se nos muestra que no basta con la democratización interna, sino que se nos presenta la posibilidad de tomar conciencia del origen, contenido y sentido de la actividad universitaria dentro de la vida social; lo demuestra la honda preocupación de los grupos más reaccionarios de nuestros países por los procesos de radicalización creciente de las masas universitarias en América Latina. Advierten que el cuestionamiento de las bases universitarias está directamente entroncado con el cuestionamiento de las bases de toda la organización social. En resumidas cuentas, nos plantea la vivencia de la imposibilidad de que la sociedad siga manteniéndose tal como está.

En relación con esto, nosotros, desde un primer momento, estuvimos promoviendo y apoyando la idea del co-gobierno universitario, muy controvertida hace un año y hoy indiscutida en nuestro país, impuesta hace ya 11 años en Uruguay, con más de 15 años de vida en Argentina y con otras experiencias muchísimo menores en América Latina.

Desde entonces en adelante, la historia de nuestro movimiento fue tratar de precisar o tratar de concientizar en el universitario, que la lucha de clases, que la lucha contra el sistema, de una manera propia y característica, se daba también en la lucha que nosotros estábamos dando en el seno de la Universidad y en su cuestionamiento estructural. Este fue en verdad el origen de nuestro movimiento. Yo creo que algún interés tiene el que les contemos de qué manera sectores que han tardado en llegar a nuestras posiciones, los sectores academicistas (así los hemos denominado nosotros), cientificistas (los han denominado ustedes), cómo ellos fueron planteando problemas que tendían a hacer de este proceso político, de este proceso de reorganización estructural, a hacer de un problema ideológico un problema exclusivamente administrativo. Así, objetaban que se trataba de racionalizar los recursos sin carga política que cuestione la sociedad, que incorpore las masas en esas tareas, lo que redundaría en una toma

de posición revolucionaria frente al proceso social. Ninguna de estas cosas les interesaba a ellos.

Básicamente lo que les interesaba era mejorar la organización del quehacer académico, una adecuación de éste a los adelantos surgidos con la revolución científico-tecnológica, independientemente de quién se beneficia con esta actividad académica. Separan la problemática social de la universitaria, como lo habíamos planteado.

Nada de raro. La dominación imperialista en el terreno social es indiscutible. En la Universidad aparece estimulando el saber puro (de paso muchos de ellos son financiados por los **grants**), de este polifacético imperialismo visto por los investigadores bueno en la Universidad, malo en la sociedad. Falsa ética, apoliticismo por imposibilidad moral de plantarse frente a quienes los mantienen unidos por un academicismo muy desarrollado, y separados, sin embargo, por sus distintos intereses individuales.

Cualquiera que sea el origen de los planteos, sea el planteo de estos academicistas o aun sea nuestro planteo, lo que se revela con esta posición que ellos mantuvieran, es una desubicación en el problema universitario y sus relaciones con la sociedad subdesarrollada y dependiente; una desmovilización de los universitarios en las luchas políticas antimperialistas y antiburguesas; una neutralización del conocimiento, atomización de los problemas políticos y académicos.

Razón de la Universidad comprometida

Cuanto hemos dicho nos plantea importantes responsabilidades teóricas y prácticas, muestra que nuestra posición teórica parte de la base de que para tener posiciones adecuadas sobre la Universidad, es preciso tener posiciones sobre: primero, la relación sociedad-Universidad; segundo, sobre el tipo de sociedad que nutre a esta Universidad y, tercero, sobre las características del quehacer académico, surgidas de esta sociedad y que entrega sus frutos a ella. Esta triple determinación de la posición reformista avanzada, se expresa en la actitud de los comunistas frente al futuro de la Universidad. Para nosotros debe garantizar la unidad y totalización del saber. Y para ello debe ser antimperialista, libre, creadora y democrática.

Desde este punto de vista, en cuanto a la caracterización de esta Universidad, hemos intentado definir, ante todo, lo que entendemos por su carácter antimperialista. Pero esto exige tan sólo una pequeña advertencia que es necesario plantearla: mucha gente se pregunta, muchos universitarios lo han hecho —y a mí me parece que no es ocioso que lo planteemos aquí— ¿para qué la Universidad?, pregunta un tanto absurda. Estas fueron voces que salieron, naturalmente, de los reaccionarios, ningún periódico progresista cae en esa trampa, pero ¿para qué la Universidad? ¿Para qué la Universidad —nos decían a nosotros por ejemplo— si en los países socialistas la investigación científica se hace en institutos tecnológicos que nada tienen que ver con la Universidad, la formación de profesionales se hace en escuelas dependientes de los Ministerios de Cultura, de Salud, etc.? En algunos países avanzados del campo capitalista se dan también, a veces, fenómenos de este tipo. ¿Por qué la exigencia de los comunistas, en la sociedad capitalista, de la Universidad?

Y nosotros hemos intentado señalar que no podemos entender el conocimiento distribuido en parcelas, el conocimiento que llamábamos de carácter analítico, en el que se da, por un lado, el carácter de orden humanista y se



cierra el círculo, y, por otro, se da el conocimiento del carácter de las ciencias naturales ocupando una de las más añejas clasificaciones y sin que tengamos que apegarnos a ninguna de ellas, porque estoy convencido que en el terreno de la clasificación de la ciencia, para la estructura de la Universidad, bastante poco nos sirve, sino que la experiencia histórica de cada Universidad, en cada país y en cada situación determinada, delimitada por los contextos universales de que hablábamos.

Bueno ¿con qué objeto, entonces, refundir en una sola institución todas estas estructuras y todas estas funciones? Nosotros señalábamos que la única garantía de obtener la unidad del saber de una época, que permita unificar el pensamiento en la Universidad humanista, que es la Universidad a que nosotros queremos llegar, expresando de una manera más rica y plena el cultivo de la ciencia y de la cultura, ha de ser esta Universidad que está integrada con todos los multifacéticos aspectos de la realidad. Una realidad que está integrada por las tecnologías, por las artes, por los problemas que la realidad está planteando. Y esto se expresa en una estructura.

Yo no conozco la realidad uruguaya, así que no podemos entrar en polémica respecto de que haya distancias muy altas, pero, con respecto a nuestro país, no podemos entender que la Universidad se organice, por ejemplo, exclusiva-

mente sobre la base de lo que llamamos departamentos. Opinamos que el departamento es la unidad mínima que integra las actividades académicas en el orden de la docencia, la investigación y la extensión, dentro de un campo concreto del conocimiento. Esta unidad mínima, estos departamentos, se agrupan entre sí en torno a las Facultades; y estos departamentos se agrupan de acuerdo a su intencionalidad creadora, en cuanto tienen de común en la intencionalidad creativa del departamento, en cuanto responden a problemas que la realidad está planteando; concretamente, en la Facultad de la Salud, dentro de nuestro país, integran una Facultad. Y estas Facultades, a su vez, se agrupan en las regiones, dando origen en cada una de las regiones a una Universidad completa según sea el caso del desarrollo, etc., las características de ese país y de esa región.

Ahora tenemos en cada región de nuestro país —y en este momento, fundamentalmente, en la capital— una gran Universidad que es una sede, tan sólo una sede, de la Universidad nacional a la cual concebimos como un sistema nacional de educación universitaria, estatal y autónoma.

De tal modo que esta visión de orden teórico, de orden exclusivamente ideológico y en el terreno exclusivamente de las ideas, tenía una expresión práctica, concreta, que la hemos traducido en una organización de la Universidad.

Decía que es previo, entonces, con respecto a las características de la Universidad por la cual luchamos, el que en primer lugar produzca la unidad del saber y el porqué de una Universidad antimperialista.

Las universidades latinoamericanas —escribimos nosotros— adquieren un carácter definitorio en cuanto se sitúan en pro o en contra del imperialismo norteamericano. En otros términos: o se ubican en una posición, en una zona u otra forma dependiente de él, o en una actividad antimperialista. Esta última señala el compromiso de la Universidad con la sociedad en que vive y su necesario desarrollo y transformación revolucionaria.

En tal sentido, no basta la toma de posición política de los universitarios individualmente considerados. La Universidad tiene modos propios de ser antimperialista, aparte de la definición puramente política. Estos modos específicos confluyen y fortalecen las formas generales de la lucha contra el dominio foráneo y, a la vez, le dan sentido al quehacer académico.

Ser antimperialista en nuestra Universidad supone: definición política, definición ante la actividad académica, definición ética. Elementos analíticamente separables, pero que teórica y prácticamente constituyen unitariamente, el fundamento de una conciencia crítica. Y nosotros hemos dicho que la Universidad es, además, una de las conciencias críticas de la sociedad chilena.

Explotación del conocimiento científico

La vinculación del imperialismo con la sociedad se ha expresado, en los universitarios, en su subdivisión ideológica. Están conscientes de la necesidad de nuevas estructuras sociales, se piensan, estos universitarios revolucionarios, pero en su trabajo concreto investigan con principios generales desde intereses que les son dados y que no ven —como señalábamos antes. Así, no crean conscientemente, no se relacionan adecuadamente con la sociedad a que ellos pertenecen; éticamente, pierden toda jerarquización revolucionaria de valores, reciben cuantiosas sumas en dólares, producen conocimiento para la fuerza aérea y el ejército norteamericano, por ejemplo. Es muy triste contar la experiencia

del informe de un investigador social norteamericano —hablando en términos familiares, un espía norteamericano— que llegó a Chile con el plan Camelot. Cuando él entregó el informe a la Universidad norteamericana, señaló una cosa que es muy dolorosa, no a lo fundamental de ese problema de la investigación social, dijo una cosa dolorosa, muy honrosa para los comunistas. Dijo: a los izquierdistas latinoamericanos, con excepción de los comunistas, cuando les ofrecemos investigaciones sociales y les mencionamos la palabra dólares, les brillan los ojos.

Este es un hecho que prácticamente comprueba esta falta de conciencia política del universitario. El imperialismo estimula el mecanismo de desideologización de los científicos, los seduce con el espejismo de la universalidad del conocimiento científico, lo que es exacto pero parcial, y lo que deja de decir es más importante que la verdad parcial que enuncia, lo que deja de decir es nada menos que la explotación de la mano de obra baráta de los intelectuales latinoamericanos, y el uso del conocimiento que ha sido obtenido sirve para fines de explotación; olvidan que el conocimiento es un resultado, el efecto de combinación de elementos sociales, materiales e intelectuales en una forma que le es típica y que lleva el sello de la sociedad en que se produce.

Ser antimperialista, en el quehacer académico, supone percibir esta relación, considerar a la ciencia, no como una actividad de simple realización individual, independiente de que el producto se utilice después para asesinar vietnamitas; una actividad académica basada en una teoría y una práctica que considere los elementos señalados, que traduzca las prioridades que la sociedad requiere, que se base en postulados idcológicos antimperialistas, expresa el modo específico de la Universidad en cuanto a ser antimperialista.

Es lo que posibilita que se manifieste hacia la sociedad que está por revolucionarse, que desarrolle valores culturales nuevos, desarrollándose así ella misma a través de su creación, que sepa qué elementos debe conservar y cuáles están contaminados del "american way of life".

Con esto nosotros queremos señalar que una universidad latinoamericana, en este momento, la debemos definir, fundamentalmente —y naturalmente todos los elementos de orden teórico, científico que están dentro de la vida interna de la Universidad y el proceso social con que ella está relacionada— como Universidad, en su conjunto, en cuanto a su conducta frente al imperialismo norteamericano.

Yo he querido decir y leer estas cosas como una forma de contar algo de nuestra experiencia teórica —muy limitada como señalábamos al comienzo— en la reforma universitaria en nuestro país.



Ideología dominante y Universidad

Prof. Juan Flo

Docente titular de la Facultad de Humanidades y Ciencias y de Enseñanza Secundaria

Me propusieron que hablara acerca de la evolución ideológica de la Universidad en el marco de la lucha de clases. Señalé que si por esto entendíamos efectivamente la evolución histórica de esa lucha ideológica, digamos en los últimos 50 años, se trataba de un tema arduo y por investigar que exigía, en último término, una investigación específica difícil y no realizada todavía; y que si se trataba de analizar esa lucha de clases, esa evolución ideológica en el marco de la lucha de clases de los últimos años, seguramente los propios compañeros de la UJC tenían una experiencia mucho más rica, mucho más concreta, más viva, que la que yo podía utilizar para reflexionar sobre este asunto.

Voy a limitarme, por tanto, a algunas ideas muy generales, centradas en una tesis en cierto modo obvia y es la de que la ideología de la Universidad, a lo largo de su historia, fue la ideología de las clases dominantes. Y atendiendo a lo que podrían parecer excepciones o negaciones de este principio.

Esa tesis general, desde luego, no implica una relación mecánica entre la ideología de las clases dominantes y la ideología universitaria, empezando porque la ideología de las clases dominantes es homogénea solamente en un puñado de principios fundamentales y se refracta, se divide o se ajusta, oportunamente, en el cambio de las coyunturas, inclusive atendiendo a las contradicciones parciales que pueden darse entre los distintos sectores de esas clases dominantes.

Pero si no olvidamos que la Universidad cumplió, sin duda y fundamentalmente, la función de proporcionar los cuadros administrativos, técnicos, políticos para una sociedad dividida en clases, y además cumplió la tarea de elaboradora ideológica —es decir, no solamente la tarea de proporcionar los cuadros eficaces, sino de proporcionar también las ideas elaboradas y sistematizadas de esa sociedad, de esas clases dominantes— este principio básico no puede ser discutido.

Sin embargo, nuestra Universidad en las últimas décadas elaboró y fue proponiendo una imagen de sí misma como independiente, a partir de la propia noción de autonomía; como depositaria de la ciencia objetiva, como defensora de los principios humanistas, de los principios democráticos, más allá de su dependencia accidental con un gobierno, con una clase. Elaboró una imagen de una Universidad por encima de partidos políticos, por enci-

ma de gobiernos y, en cierto modo también, por encima de las clases.

Esta imagen ideológica de la Universidad en cierto modo podríamos decir que se fue constituyendo con un contenido objetivo: el de obtener una relativa independencia de la cual la autonomía es una de sus manifestaciones. Pero en la cual, la otra cara podría ser formulada diciendo que esa relativa independencia era la forma específica de su dependencia ideológica.

Dicho de otra manera. La Universidad pareció cumplir una función crítica, y cumplió, en cierto modo, una función crítica. Pero esa función crítica estuvo siempre integrando el sistema, mostrando algo así como lo que llamaríamos las reservas puras o el patrón de los valores, valores más o menos descaecidos, más o menos disminuidos en la realidad social y política, pero que no aparecían como valores contradictorios con los de esa realidad social y política. La Universidad se distinguía o se separaba del régimen, en tanto sostenedora de los arquetipos ideales de lo que, en modo más o menos degradado, se realizaba en la propia práctica social.

En ese sentido, podríamos decir que no se trató nunca de una contradicción real entre la ideología de las clases dominantes y la imagen que la Universidad proponía de sí misma, como Universidad por encima de las clases, como Universidad custodio de los valores fundamentales. En cierto modo, lo que se dio allí, no era sino la refracción o la modulación de esa ideología de las clases dominantes, según las propias funciones de la Universidad, determinadas estas funciones por una cierta estructura social.

Esto, desde luego, no quiere decir que una vez que comprendemos la mitología de la imagen que la Universidad propuso de sí misma, no reivindiquemos lo que, sin embargo, de contenido positivo o al amparo de esa relativa independencia, la Universidad conquistó. Es decir, tenemos que distinguir en ese sentido, la interpretación teórica general que muestra que, en todo ese período, la Universidad seguía siendo una Universidad clasista con ideología clasista, de lo que la particular manera de realizarse esa ideología clasista en el seno de la Universidad aporta sin embargo de conquistas positivas, de conquistas recuperables.

Si planteamos en la situación presente el mismo problema de ¿en qué medida todavía la Universidad, esa Universidad que encontramos alineada junto a las clases populares, una Universidad que ha combatido junto a las clases populares, sigue, sin embargo, presa en gran parte, de la ideología de las clases dominantes? vamos a encontrarnos con que, curiosamente, la dependencia es mucho mayor de lo que a primera vista puede parecerlo.

Es claro que la crisis nacional genera nuevos fenómenos a partir de las propias contradicciones de la Universidad ahogada, asfixiada, en cuanto a que su vinculación con las fuerzas productivas le hace sentir justamente la asfixia que esas fuerzas productivas padecen, aprisionadas por las relaciones de producción capitalistas. Sin duda entonces, que en el seno de esas contradicciones ha habido un cambio importante, además, en la medida en que ese cambio afecta socialmente al conjunto de las capas medias.

No obstante, podríamos decir que la radicalización ideológica de la Universidad, radicalización ideológica que explica esa particular combatividad a la que asistimos en los últimos años, no deja sin embargo de estar condicionada por aquella situación de dependencia respecto a la ideología de las clases dominantes. Y podríamos, quizá, detenernos para ejemplificar el modo como subsisten supuestos ideológicos que provienen de las ciencias sociales burguesas.

Los presupuestos de las ciencias sociales burguesas han sido los de la posibilidad de una ciencia social pura,

"objetiva", separada estancamente de la propia práctica social transformadora. O, en todo caso, cuando se la vincula a esa práctica social es bajo la forma de lo que ha sido llamado la ingeniería social, es decir una técnica pragmática que inclusive algunos teóricos burgueses han definido como una táctica oportunista de operación o de acción sobre las condiciones sociales. Estos dos supuestos —el de la separación estricta o el de la vinculación bajo la forma de relación pragmática u oportunista— comportan en el pensamiento de vastos sectores que ideológicamente han evolucionado y sufrido una radicalización, el heredar, por una parte lo que de mecanicismo tienen estas concepciones; y lo que es más curioso, heredar la imagen que estas concepciones proponen del propio pensamiento marxista-leninista. Es decir, heredar de estas concepciones la visión que ellas proponen, según la cual, nuestra concepción, en cierto modo, es una concepción utópica y voluntarista.

Esto se refleja, no solamente en el campo de la actitud política general en la que estos sectores tienen una curiosa facilidad para oscilar entre soluciones políticas justamente oportunistas, muchas veces embretadas en el marco de las propias condiciones del bipartidismo tradicional, y en la facilidad con la cual son capaces de tomarse en serio cualquier operación de cambio político de los partidos tradicionales. También se refleja en el otro polo, al cual llegan en una rápida y fácil oscilación: el de la impaciencia ultraizquierdista o infantilista.

En el primer caso, resignados a tomar de esa concepción de las ciencias sociales burguesas la idea de que la única acción racional es la acción a corto plazo, la acción que no parte de una concepción general del proceso social e histórico. Y cuando modificada su actitud afectiva, vuelta insoportable su situación concreta, deciden efectivamente participar en un cambio radical, a veces inclusive mencionando, utilizando presuntamente la concepción marxista-leninista, interpretándola, insisto, según una imagen que es la propuesta por las ciencias sociales burguesas, como una acción en cierto modo utópica y voluntarista.

Esto se refleja, por otra parte, en los problemas que tienen que ver con la propia política interna universitaria. Se reflejan en la también frecuente oscilación entre la idea de que la Universidad, en el marco de la sociedad burguesa es capaz de transformarse en la Universidad Popular, en la impulsora de la Revolución, en la Universidad en la cual se llegue, además, a los más altos standard del conocimiento científico universal. Todo eso realizado utópicamente, independientemente o **antes**, de una transformación radical de estructuras económico-sociales.

Y el otro polo, que es el de desinteresarse de las posibilidades de una acción de transformación dentro de la propia Universidad, partiendo de la idea de que en el marco de las actuales condiciones ninguna transformación es posible y ninguna acción es fructífera. También aquí encontramos, entonces, esta oscilación entre estos dos polos que, repito, en cierto modo reflejan o son herencia de estos presupuestos generadores de las ciencias sociales burguesas.

Ello nos indica que el proceso de alineamiento de la Universidad al lado de las fuerzas populares no puede tener, ni consistencia ni éxito a largo plazo, si no va acompañado de una transformación sustancial del pensamiento dominante en la Universidad, es decir, si no va más allá de la acción ocasional y la desborda con la elaboración de una conciencia teórica auténticamente marxista.



No mañana . . . Enraizar ahora, Universidad y Revolución

RODNEY ARISMENDI

Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista. Diputado Nacional por el Frente Izquierda de Liberación.

Los temas que se discuten en esta Mesa Redonda y que yo examinaré en forma sintética, han sido abordados en gran parte de las exposiciones efectuadas en la noche de ayer y en el día de hoy. Ello determinará que en algunos casos, inevitablemente, con vistas a dar nuestro pensamiento en forma más acabada, incurramos en repetición o en machaconería.

Creo que el primer problema que debe considerarse es, sin duda, la insurgencia estudiantil en América Latina, pero también en el mundo. La llamada rebelión estudiantil es parte de un fenómeno más amplio, la revuelta o protesta juvenil, acerca de la cual existe una tentativa de análisis, a mi juicio feliz, por parte del filósofo soviético Kon, tema que no podemos sintetizar en esta exposición necesariamente limitada. Sobre todo en América Latina, la lucha estudiantil, aparece con caracteres más definidos que la diferencian parcialmente, y en cierta medida en contenido, de las manifestaciones de la revuelta juvenil o de la insurgencia estudiantil en Europa. Aparece inserta como nunca en la brega general del pueblo por la libertad, contra el imperialismo, muchas veces se da en proximidad o alianza con la clase obrera y en general, como búsqueda concreta y afanosa del camino de la revolución.

Se precipitan fuerzas nuevas al campo de la revolución

Por lo mismo, creemos que es muy peligroso reunir en una sola bolsa los fenómenos del "mayo francés", o de la protesta juvenil o estudiantil norteamericana, o las rebeliones de otros países europeos, con lo que viene ocurriendo en América Latina y más concretamente en el Uruguay. Si hubiera que definirlos por grados de revolucionarismo tendríamos que decir que la presencia militante, insurgente, combativa, heroica, del movimiento estudiantil en el Continente, tan vivo y tan activo en nuestro país, supone una fase mucho más alta, más consciente, más revolucionaria y más precisa desde el punto de vista ideológico, más clara en

sus relaciones con la clase obrera, aunque no se pueda poner un signo de identidad total entre lo que ocurre en nuestro país y en otros países de la América Latina.

Por lo tanto, resulta indigente y anticuada toda explicación generacional, que ya se gastó como interpretación formulada por Ortega y Gasset allá por las décadas del 20 y del 30; y tampoco se puede comparar, a pesar de ciertas similitudes de léxico y aun como expresión de una época de cambios, la Reforma del 18 con lo que está pasando hoy en el movimiento estudiantil latinoamericano.

Creo que estamos, en todo el mundo pero más específicamente en el Continente, ante el ingreso al campo de la revolución de una importante fuerza combativa y que las contradicciones y hesitaciones ideológicas que puedan aparecer en ciertas capas, no deben hacer perder ese punto de vista principal: el ensanchamiento del campo de la revolución.

Desde luego, no hay períodos continuados en un cuadro revolucionario; éste puede tener flujos y reflujos. Pero históricamente, como precipitación al campo de la revolución de fuerzas nuevas, el fenómeno es irreversible más allá de las fluctuaciones, de las flexiones o de los reflujos que puedan manifestarse en el movimiento estudiantil y en los procesos ideológicos mucho más vastos de la intelectualidad, considerada genéricamente.

Pensamos que aquí está el punto de partida para el proletariado y para el partido marxista-leninista que no puede pensar en una revolución químicamente pura, como nos previniera Lenin, pero, además, como no ha sido ninguna revolución. No lo fue la Revolución Rusa, que hoy es el arquetipo de un proceso insurreccional perfecto, en las coincidencias de tiempo, de dirección política, de concepción militar.

Coordenadas para la investigación, que deben situarse en el presente

Pero además, ya en algunos países de América Latina, se podría decir en casi todos, aunque en grados diversos, esto aparece unido a un segundo fenómeno: el conflicto de la Universidad, casi en su conjunto, con los regímenes establecidos, con las tiranías en el aspecto más grueso, con la presión imperialista y el sometimiento nacional, con la política de las clases dominantes y, en particular, de las oligarquías burguesas y latifundistas que, aliadas al imperialismo, oprimen a nuestros pueblos.

La agudeza del caso uruguayo, aun con sus momentos de unidad plena en los días del asalto, de la salvajada policial sobre la Universidad y del subsiguiente asesinato de Líber Arce, esa unidad que se procesa en la Universidad y arrastra al profesor timorato o al decano que no ha roto aún sus vínculos con sectores de la burguesía y más tarde renuncia o se separa, ese momento de unidad es una advertencia a la actitud táctica del revolucionario, en cuanto a que la Universidad aparece en el plano táctico, en primer término, en la lucha por la libertad, por la independencia, por la defensa de las tradiciones democráticas. No obstante, dentro de la Institución se manifiesta el conflicto de fuerzas considerables que sobrepasando estos límites ideológicos y estas fronteras de la acción social, reclaman una integración más profunda, con timidez, con violencia juvenil, con búsqueda ideológica, ya con replanteamientos de las angustias en el plano de la investigación, ya en el ámbito de toda la sociedad.



Pero es un planteamiento que, en mi opinión, va más allá del problema del estudiante o del pasaje al campo de la revolución de uno, de dos o de diez intelectuales que, como dijera Marx en el Manifiesto Comunista, se desprenden de las clases dominantes y acceden a la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

Estamos ante un problema mucho más profundo y amplio.

Antes, los marxistas, preocupados por definir los problemas primarios de la revolución y la concentración de sus fuerzas, aun ante la Reforma del 18 y las polémicas subsiguientes, daban una respuesta elementalmente justa, respuesta que se podría encerrar en este silogismo: primero, el problema educacional es parte del problema social, las soluciones no pueden hallarse dentro de la Universidad, sino que deben ser totales para resolver los problemas de la educación, de la cultura, como parte de los problemas de la revolución. La expresión cultural —segunda premisa— es parte de la división en clases sociales a la que no escapa la Universidad. Conclusión: los problemas y las crisis de la Universidad y

la cultura sólo pueden solventarse con la revolución. Esto es justo, básicamente justo, intachablemente justo, si bien nos coloca, apenas, en las líneas de un planteamiento general, nos da apenas, como toda tesis general justa, una guía para la investigación. Pero si esto no se concreta ni se sitúa en la realidad actual, se vuelve un cuchillo sin punta ni filo para abrirle el vientre a esta realidad contradictoria y compleja; y, desde el punto de vista teórico, se torna inoperante para comprender el problema actual de la rebelión estudiantil y del enfrentamiento de la Universidad, casi en sus líneas generales, con la política de las clases dominantes del Uruguay, por ejemplo.

Estratégica y tácticamente, además, relega los problemas para después de la revolución, cuando de lo que se trata es de ubicar los problemas de la Universidad en la vertiente y confluencia de la revolución, con toda su complejidad: para hablar en términos de tesis marxista, yo diría, con el fin de ubicar a la Universidad entre las fuerzas motrices de la revolución, cuyo conductor es el proletariado.

Y por lo mismo, si queremos proceder con la riqueza científica del método marxista, con su flexibilidad dialéctica, ello nos obliga a pararnos frente al espejo y formularnos inquirimientos insoslayables. ¿Es que el proletariado y su partido, no tienen en sus alforjas respuestas para el problema de la cultura, de la educación y de la enseñanza, hasta tanto no se produzca la revolución? Si la respuesta es absoluta, podemos hacer una afirmación justa, pero podemos también resbalar a un simplismo infantilista al considerar la Universidad —como hacen algunos— como un campo para reclutar fuerzas revolucionarias o facilitar la integración de cuadros estudiantiles en el proceso revolucionario o elevarlos a la conciencia teórica del marxismo-leninismo, sin advertir que se requiere la integración de la intelectualidad y el estudiantado en el cañamazo dinámico de las fuerzas motrices de la revolución liberadora, antimonopolista y agraria.

Los condicionantes históricos, sociales e ideológicos

En 1965 las inquietudes de los estudiantes comunistas, luego de casi 6 años de conmociones, de debates, de radicalización, en el medio estudiantil, nos obligaron a esbozar un análisis más dialéctico y más concreto del problema; resumimos las opiniones del Partido en el folleto "Encuentros y desencuentros de la Universidad con la revolución". Pero eso también era un umbral traspuesto, habíamos cruzado un umbral, habíamos procurado penetrar en la dialéctica del proceso universitario en sus relaciones con la revolución. Pero debemos internarnos en el tema. Y para mí, una contribución fundamental de este debate está ahí; pero, también aquí, colocamos piedras angulares de la investigación, del trabajo, del planteamiento concreto, de la elaboración ideológica, del examen teórico.

El punto de partida, desde luego, es el mismo. Decíamos, entonces, que cuando la revolución latinoamericana está en el orden del día, las tesis acerca de la Universidad, del desempeño estudiantil, si se piensan a la profundidad del hueso, sólo pueden estimarse en las coordenadas de revolución y contrarrevolución. Con ello queríamos expresar: antes que nada, históricamente, sólo se puede entender lo que ocurre, situado en el cuadro de la gran revolución socialista de nuestro tiempo. De otro modo



no habrá interpretación global ni ubicación histórica concreta del problema.

Aquí están los condicionantes históricos, sociales e ideológicos que, por lo tanto, deben diferenciar de toda otra época el planteamiento.

Esos condicionantes, que sólo enumero, son conocidos. Primero: la revolución socialista combinada con la revolución anticolonialista, con la quiebra o puesta en cuestión de todos los viejos valores y la irradiación del marxismo-leninismo en vastísimas proyecciones; su otra cara es la tercera fase de la crisis general del capitalismo, del estrechamiento y confrontación en la vida del mundo capitalista con el mundo socialista. En esa crisis, que es además crisis de los viejos valores, que pone al desnudo toda la hipocresía, la estrechez, la mezquindad del sistema, la frustración y las alienaciones que importa para el campo intelectual, y la investigación y que revuelve profundamente a la juventud, aparece el movimiento revolucionario, proyectando en los primeros planos de la pureza humana los arquetipos de esta época, que si a veces el estudiante, o el joven más directamente, los conoce, en la figura venerable de Ho Chi Minh o en el ejemplo inmortal y entrañable del Che, no por ello toda esta revolución está señalada por la devoción, por la entrega, por el vencimiento de la tortura y de la muerte, por la proeza del heroísmo en la lucha armada o en el trabajo cotidiano.

En segundo término, este fenómeno es inseparable de la conciencia de que la revolución internacional ha promovido la entrada en escena de América Latina. Es lo de Cuba. Pero desde 1952-54, ¿cuándo ha habido un instante que no fuera de convulsión revolucionaria? ¿Cuándo ha habido un instante que no fuera de inestabilidad política, —signo de la crisis profunda de estas sociedades—, de crecimiento de la conciencia nacional antimperialista, de elevación del proletariado, de multiplicación de las formas de lucha, de caída, inclusive, de las viejas concepciones que veían la perspectiva de un Poder socialista para el futuro o casi como una consecuencia de los cambios mundiales? Esa fatalidad fue rota por la Revolución Cubana y surgieron miles y miles de combatientes en busca del camino de la revolución. Ello ha traído aparejado, también, el crecimiento y desarrollo del movimiento comunista latinoamericano. Y ha sido acompañado por la rápida quiebra del reformismo.

El reformismo aparece hoy no sólo reventando en pedazos ante la crisis de nuestras sociedades, sino que muestra dos caras: la imperialista

de la Alianza para el Progreso, encogida en poco tiempo, y la interna, cuya expresión más inmediata y reciente es el fracaso, el desmigajamiento y el deterioro de la "revolución en libertad" de la Democracia Cristiana chilena.

En tercer término, diría yo, estamos en un mundo de milagros: en la época de la revolución socialista y anticolonialista, se asiste a la mayor revolución técnico-científica. Lo que el Manifiesto Comunista veía de grandeza transformadora en el cambio económico-social en el desarrollo burgués del período ascendente, ha palidecido y todas las medidas que permiten alargar la figura del hombre, de acuerdo a la frase de Marx, con la tecnología y la investigación, rebasan los límites de la imaginación: Julio Verne sería un conservador.

Aparece la revolución socialista y anticolonialista en la hora de la revolución técnico-científica, mostrando simultáneamente, que la ciencia y la técnica, la investigación, el dominio de las leyes de la naturaleza, si se acompañan por el dominio de las leyes de la historia y de la sociedad, ofrecen la posibilidad de liberar al hombre, en breves plazos, de la miseria, el sufrimiento, el analfabetismo, el subdesarrollo. Y en este instante, cuando mayor es el enfrentamiento de una mayoría hambrienta, analfabeta, cuando en parte del mundo se trabaja aún con el arado de madera y perviven formas tribales, es precisamente en este instante cuando se llega a la luna.

Estas contradicciones se proyectan muy vivamente también en los países de Europa, en EE.UU., en los países de desarrollo capitalista; ocurre lo que se ha mencionado tanto aquí: la transformación de la ciencia en una fuerza productiva directa que, por un lado, convierte a gran cantidad de científicos en asalariados y vuelve un problema de multitudes lo que antes era cuestión de investigadores aislados, que multiplica hasta hacer millonaria la cifra de estudiantes, aun en nuestra América Latina donde la revolución técnico-científica no puede concretarse totalmente, donde es más aprehensión teórica en las universidades por las indigencias e impotencias que impone el sistema.

Y no podríamos comprender los procesos que se realizan sin ver, al mismo tiempo, por un lado, la insurgencia juvenil y por el otro, el cuestionamiento por el destino mismo de la Universidad, en un aspecto, el de otorgar destrezas técnicas, profesiones capaces de librar al hombre de la enfermedad y alargar su vida, dotarlo del techo, transformar el suelo, etc. Todas estas cosas se insertan en el destino mismo de la Universidad y entran en violenta contradicción con las imposiciones del sistema que constriñe, reduce, frustra los sueños del joven.

Y todo eso se une a un torrente de contradicciones sociales e ideológicas que hoy entran ya con la punta de la lucha de clases en el interior de la Iglesia y de las fuerzas armadas.

Esta ubicación histórica, que es el punto de partida, nos dice que no estamos ante un episodio ni ante una moda, ni ante una tempestad juvenil que cambiará y hará que estos jóvenes se vuelvan doctorales, cuando pasen los años, envarados y reumáticos en el pensamiento, más allá que en el cuerpo. Es la crisis del capitalismo y la irrupción del socialismo, es la revolución de nuestro tiempo. Sin embargo, esto tampoco nos basta; nos ofrece el cuadro histórico, los grandes condicionantes; pero nos promueve, asimismo, los problemas específicos: problemas de carácter



teórico, estratégico, táctico y enlazados a ellos los grandes problemas ideológicos. Estos nos llevan a plantearnos de una forma nueva cuál es la naturaleza de la Universidad y su función social; de dónde surge la complejidad contradictoria de su problemática; de dónde derivan dos cuestiones cardinales: su relación con la sociedad capitalista y su posibilidad ante la revolución antilatifundista, antimonopolista de nuestros pueblos.

Segundo, los de carácter estratégico, es decir, la estimación del papel actual o potencial de los universitarios en la revolución, entre sus fuerzas motrices, inclusive, continuando las fases de la revolución para la integración en el socialismo.

Tercero, los de carácter táctico, o sea, cómo desenvolver una gran política universitaria y, a la vez, una gran política de unidad de los universitarios con la clase obrera, con el campesinado, a fin de crear la fuerza social de la revolución.

Por último, la conmoción actual tiene dos caras; es un gran avance de la revolución y, a la vez, involucra grandes problemas ideológicos. La ideología del marxismo-leninismo es la ideología del proletariado. Cada capa social, aun penetrada y fecundada por la ideología del marxismo-leninismo —como ocurre en grandes sectores de las capas medias— abarca, arrastra, expone concepciones que, en última instancia, llevan impreso el sello de su origen social. ¿Cómo tratar a estos sectores? ¿Cuáles son sus rasgos negativos? ¿Cuáles los elementos renovadores que es necesario

comprender, aprender a integrar en la praxis de la revolución? Proceder de otro modo significaría transformar el marxismo en una receta dogmática y quedarse a la vera del camino, ser especie de monitores sobre la verdad del proceso revolucionario, sobre la pureza de las ideologías, cuando una ideología profundamente revolucionaria como el marxismo-leninismo, sólo se realiza a sí misma transformada en guía y conductora de las masas.

El problema teórico, es quizá, el más nuevo y complejo; es decir, cuál es la relación de la Universidad y los universitarios con la sociedad capitalista, con nuestras sociedades latinoamericanas y cuáles son sus convergencias y divergencias con la revolución. A ello ya se refirió con cierta amplitud el camarada Massera, dedicó parte de su exposición el compañero París, también Flo, Rodríguez y otros expositores; Laguardia y aun Arbiza lo consideraron.

Creo que el tema involucra dos aspectos entrelazados. Primero, cuál es el carácter de la Universidad en la teoría de la lucha de clases; segundo, cuál es la potencialidad de la población universitaria en cuanto a la revolución latinoamericana en sus fases, antimperialista-democrática y socialista. Aquí los problemas teórico y estratégico están relacionados, pero a los efectos de la exposición, podemos separarlos.

En cuanto al carácter contradictorio de la Universidad a la luz de la teoría de la lucha de clases, no nos pueden servir las respuestas sociologistas o materialistas vulgares; tampoco las positivistas o pragmatistas, cuya versión última es la conocida teoría burguesa del desarrollismo; pero tampoco la concepción idealista, la concepción "arielista" de superar la lucha de clases en la Universidad.

Como se sabe, hemos intentando aprehender esta naturaleza dialéctica del fenómeno, diciendo: por un lado, la Universidad se sitúa en el ámbito de las superestructuras, cumple esa función que se ha explicado de expresar la ideología de las clases dominantes, aun de estar a su servicio, en el sentido de la formación de un hombre que responda a la ideología media de las clases dominantes, —o a la ideología predominante— sin caer en la simpleza de creer que esa ideología se manifieste en una forma estereotipada o que cada profesor va a venir con una monserga y una receta o consejos directos de participación en la política burguesa de tal manera, o de adecuación conformista. No, el problema se manifiesta en su vastedad filosófica, en la gama de problemas teóricos, sociológicos, económico-políticos, en los temas de la concepción del mundo, en la valoración del desarrollo social y aun, yo diría, en el ideal del hombre a formar que, en última instancia, condiciona el ideal pedagógico de todo centro de enseñanza.

La Universidad cumplirá aquella función, más allá de los estudiantes y los educadores; en el largo plazo, en la tendencia, siempre propenderá a hacer en su enseñanza una exaltación ideal de los principios más generales del régimen que la nutre.

Decíamos antes que, desde un ángulo que abarca parte significativa del panorama, se puede afirmar que la Universidad es una institución y hasta en cierto modo, un resorte del aparato del Estado, cuya misión es formar técnicos y científicos según las necesidades del desarrollo social —entendiendo estas necesidades de un modo históricamente concreto—; a ello también se refería Massera.



Causas principales de la crisis actual de la Universidad

Aquí nos encontramos ya con dos elementos que, en nuestra opinión, están en la base de la presente crisis de la Universidad y que permiten entender mejor la afirmación del Dr. Paris cuando dice que la ciencia es revolucionaria.

Por un lado, está claro, pertenece a una formación económico-social, corresponde en forma indirecta a las relaciones de producción existentes que determina la división en clases de la sociedad; responde a la ideología de las clases dominantes. Pero, por otro, las urgencias técnicas y científicas inherentes a la enseñanza son promovidas por el desarrollo de las fuerzas productivas.

Permítanmo que lea, porque es más concreto lo que hemos escrito, porque siendo éste un tema en debate —sin duda, en debate— resulta más fácil remitirnos a lo que ya es documento de nuestro Partido: "Los retardos, los desacomodos y las crisis universitarias, en última instancia, tienen también que ver, en forma directa o refleja, con las discordancias en el seno de la sociedad, con la correspondencia o no, de las tendencias dinámicas del desarrollo de las fuerzas productivas, con las relaciones de producción y, en consecuencia, con la lucha de las clases sociales, cuyo escenario es toda la sociedad y que se manifiesta peculiarmente en el proceso universitario. Conjuntamente con esta repercusión del drama general o, mejor dicho, sobre la base de la contradicción fundamental que desgarra y mueve la sociedad en su conjunto, se gestan y desencadenan otras de carácter científico y técnico y, —en casos individuales—, ideológicos, que son privativas de la Universidad por ésa su conexión dual con ambos componentes del modo de producción: las fuerzas productivas que pugnan por desarrollarse y las relaciones de producción que contienen o aceleran ese desarrollo".

Pero además, aunque se ha dicho no podemos dejar de insistir en ello porque tiene que ver con las funciones más específicas de la Universidad; ésta cumple —como otros centros docentes, pero más específicamente debido al nivel superior de la enseñanza que imparte— la función de trasmitir lo que los marxistas llamamos la herencia cultural, es decir, poner al alcance de las jóvenes generaciones la suma de conocimientos que la

humanidad ha ido acumulando; este problema tampoco debe verse pasivamente, por cuanto no es una simple trasmisión del pasado, sino una recreación, de acuerdo a los nuevos problemas, de los nuevos desarrollos técnico-científicos, de las nuevas urgencias. Para ello crean, inclusive, un tipo de gente particular, los trasmisores de esa herencia cultural.

Dijimos alguna vez, que sería interesante promover el tema de la evolución del profesorado, de la docencia, a partir de las universidades medioevales, pasando por las universidades renacentistas o del desarrollo burgués hasta las actuales. Y ello porque hoy lo característico es la multiplicación, pero también la especialización y dentro de la intelectualidad, aquellos trasmisores que, a veces, inclusive, se dan de padre a hijo y a nietos, ese tipo de docentes, de intelectuales de un tipo especial, en la actualidad alcanzan una inmensa vastedad. Pero, además, integran —por los procesos de investigación— novísimas generaciones, donde el trabajo del laboratorio o del instituto agrupa la inquietud juvenil, las promociones inmediatas al estudiantado para responder a las nuevas cuestiones, modificando la vieja idea del "magister", del catedrático, de ese hombre conformista de que habla Darcy Ribeiro pero que, en general, tengo la impresión de que salvo faraones de la enseñanza que poco a poco ustedes van expulsando, no es el fenómeno más característico de la Universidad uruguaya y supongo que tampoco de otras universidades latinoamericanas.

Esto tiene que ver directamente con una función esencial, la función pedagógica, en donde compiten y luchan ambos elementos: el ideológico y el científico; la verdad es científica por encima de las clases; lo que hace la limitación de clase y la limitación del mundo es restringirla, oscurecerla, deformarla o refractarla. En este sentido, nos parece, están en relación muy inmediata con las fuerzas productivas que, en última instancia, se definen por el marxismo, no estrechamente, no el obrero y su instrumento: los hábitos de trabajo, las técnicas del conocimiento, las destrezas heredadas, el papel de la ciencia —a lo que Marx ya aludía en "El Capital" al referirse a las fuerzas espirituales de la producción. Pero hoy en ese tema de la ciencia como fuerza productiva directa, ella se integra en la producción en forma inmediata, la automatización, la quimización de la producción, la agrobiología, la cosmonáutica, las formas modernas de la investigación matemática, de la cibernética, etc. y los otros aspectos: la preservación de la vida de esa fuerza productiva, que plantea los problemas de la medicina o aun de la odontología. La extensión de la medicina, con todas las limitaciones, no responde a una actitud filantrópica de la burguesía. Aparte de la amenaza, para ellos, de las epidemias —de la que ya hablan los clásicos—, epidemias que abarcan a todo el mundo, está el otro problema: la burguesía necesita fuerzas productivas en las máximas condiciones de producción; así ha ido creciendo el nivel cultural del obrero, desde el analfabetismo hasta el conocimiento superior.

La política de las clases dominantes cuestiona la Universidad desde el futuro y también desde el pasado

Todo esto tiene que ver con la Universidad actual, y todo la está conmoviendo y está poniendo en cuestión la vieja estructura de nuestras sociedades latinoamericanas y planteando la intervención de la Universidad



en la revolución en planos muchos más vastos. Las viejas formulaciones limitadas pero justas, de nuestros marxistas-leninistas, tienen hoy que proyectarse y concretarse abarcando la complejidad de este fenómeno.

Yo señalaba inclusive —no sin un poco de malicia para los compañeros abogados— que aun esta relación con las fuerzas productivas no es igual en todas las Facultades, en todos los institutos. La Facultad de Derecho es, por excelencia, la Facultad donde se estudia la organización y las condiciones de la dominación burguesa, así como su preservación; la función del abogado es, antes que nada, la de defender la propiedad privada y el estado burgués, es decir, la de manejarse dentro de la ley. Eso se puede volver contra él. En Ciencias Económicas el tema se plantea muy vivamente; es la economía política, la teoría económica, el instituto de la hacienda pública, el estudio de costos de las empresas. Ya es mucho más complejo cuando se trata de las Facultades de Medicina, Odontología, Veterinaria, Ingeniería, Arquitectura, mucho más complejo aunque tampoco allí el problema ideológico está ausente. Y diría más. El Dr. París hablaba de la contradicción entre la especialización y la totalización del conocimiento, aun esbozaba —si no oí mal—, una tesis de la unidad del saber. Oyéndolo, recordaba yo a Engels quien decía que los griegos, por ejemplo, tenían una visión dialéctica nata, una visión general del mundo, en muchos aspectos justa; aunque primaria, primitivamente justa: el hombre, debilitado en su técnica, impotente frente a la naturaleza, abarcaba cierto que con todas sus insuficiencias el mundo, en forma totalizada. El desarrollo de la ciencia, explica Engels, trae la especialización múltiple, con ello el método metafísico.

No es posible, en la época actual, abandonar la especialización. ¿Se puede hoy, acaso tener, por ejemplo, la suma de conocimientos de los gigantes del Renacimiento? La especialización es casi obligatoria ante la multiplicación, la profundidad, el dominio de conocimientos. Pero es evidente, que ni la generalidad que esa insuficiencia científica concreta, aun-

que es visión totalizadora, ni la especialización que corta el mundo a pedazos, pueden ser la solución ni la concepción para los marxistas. Si algo se destaca, por sobre todo, en la teoría del marxismo-leninismo, es esa unidad de teoría y método, de lo general y lo particular, de la investigación concreta y de la división del mundo que, por otra parte, salva la contradicción que a veces se produce, que habitualmente se produce, entre el investigador avanzado, renovador, dedicado a su ciencia, que pone en tela de juicio todas las verdades adquiridas y que, sin embargo, piensa concretamente con las ideas medias comunes, sea en EE.UU., el más beato y estrecho protestante o en nuestros países quienes tienen otras concepciones limitadas. Es decir que el mismo conflicto personal del científico, sólo puede ser resuelto con una visión totalizadora como la del marxismo-leninismo, que le da una idea total y unificada del mundo e integrarlo así, por la vía del pensamiento, en la necesidad de la revolución.

También podemos encontrar búsquedas en otras partes. En un trabajo de Althusser, con el cual coincidimos muy parcialmente, pero interesante como todos los suyos, busca esta contradicción en la relación entre las dos formas de la división del trabajo —la división técnica y la división social—. Dice Althusser:

> **"Desde el punto de vista de una institución como la Universidad que corresponde a necesidades técnicas de la producción, tanto económicas como científicas, por su función pedagógica y su muy importante papel en la elaboración y la investigación científica, es parte fundamental de la división técnica del trabajo en una sociedad moderna dada. Su papel en la división técnica del trabajo consiste en asegurar la formación pedagógica superior de los futuros cuadros técnicos, científicos y sociales de la sociedad, en particular, el trabajo científico creador".**

Luego agrega:

> **"La división social del trabajo expresa un aspecto totalmente diferente de la división del trabajo. Ella tiene por función asegurar el proceso de trabajo de la sociedad dentro de las formas mismas de la división en clases y de la dominación de una clase sobre las otras. La división social del trabajo no es, por lo tanto, técnica, sino en la medida que refleja la técnica social, política, ideológica de la dominación de una clase sobre las otras en el proceso del trabajo social. El Estado es así, con sus instrumentos, ejército, policía, cuerpo de magistrados, etc. y todo el personal vinculado, todos los empleos vinculados a funciones de dominación de clase bajo sus formas políticas, ideológicas, militares represivas, la existencia por excelencia de la división social del trabajo".**

Es decir, creo que el autor avanza en el sentido de búsqueda sobre este proceso contradictorio, pero que recurre, indirecta e innecesariamente, a un planteo que se expresa de modo mucho más simple en la contradicción fundamental del capitalismo, en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en los problemas de la lucha de clases.

Todo esto, en la hora actual, se concentra, a mi ver, en la crisis de la sociedad uruguaya con todos sus problemas: la política imperialista, la acción de los monopolios, los latifundistas y los gobiernos entreguistas. Con ello se ahonda la contradicción entre los universitarios (pero no sólo de los universitarios) sino de los intereses avanzados de la enseñanza, la educación, la ciencia y la técnica, y la estructura en crisis, así como con la política gubernamental.



Nuestro Partido ha insistido mucho en este difundido enfrentamiento de la Universidad con el gobierno al que ya me he referido: la política de las clases dominantes está cuestionando la Universidad, no sólo desde el futuro, es decir, no sólo desde el ángulo de la revolución y lo que ella va a resolver, sino también desde el pasado, desde las mejores tradiciones de esta Universidad, en tanto expresó la ideología media del país, ideología progresista, civilista, laica, democrático-burguesa, propulsora de una relativa democratización de la enseñanza, concebida en el marco burgués, se entiende, pero en ciertos límites —no muy amplios, desde luego— de la libertad de cátedra.

También en el trabajo aludido, Althusser señalaba un elemento:

> **"El individualismo del investigador que defiende su laboratorio frente a la presión del Estado burgués y que es negativo y que es de una concepción primaria y de resistencia, —decía— se vuelven, sin embargo, cuando los monopolios tratan de apoderarse de la investigación, también en un factor de resistencia de la dignidad del investigador y los derechos de la ciencia".**

En cierto sentido, tácticamente, a ello se refería el Dr. Paris al señalar: defendemos la investigación en la Universidad, defendemos el desenvolvimiento de la enseñanza en la Universidad; y yo agregaría: defendemos su autonomía, pero también defendemos la incorporación a la Facultad de Medicina del Hospital de Clínicas, para ejemplificar en lo chico.

La lucha de clases penetra también en este ámbito

Pero no podemos ver los problemas de la Universidad sin ver el gran problema de la población universitaria, el ingreso de una pequeña burguesía radicalizada que arrastra a la Universidad y que cuestiona el poder de la burguesía, que busca el camino de la revolución en la hora presente, que ya no es ni la protesta ni la explosión, ni es la generación burguesa y pequeño burguesa del 18, los hijos de inmigrantes que cuestionaban el dominio de las oligarquías aristocráticas y las estrecheces de la Universidad o las fosilizaciones de Córdoba. No, es una pequeñoburguesía radicalizada, precipitada al campo de la revolución, impregnada por la ideo-

logía del socialismo, con movimientos que podríamos calificar, repitiendo a Lenin, de cuasi socialistas, fuertemente influenciados en su ideología por la revolución socialista mundial, conscientes —en lo que respecta a sus figuras más combativas y brillantes— de que ya no hay solución sin abatir este viejo mundo. Sobrenadan en sus concepciones viejas ideas, aparecen a veces, formulaciones propias del idealismo pre-marxista. Pero estaríamos ciegos si no advirtiéramos que estas fuerzas son las que, con nosotros y con el proletariado, deben hacer la revolución.

Y ellas se insertan en los procesos nacionales y sociales, ponen en conflicto las propias directrices generales de la enseñanza que ya no les satisfacen, todas las insuficiencias, incluso las de índole pedagógica. Claro está, a veces rebasan el planteamiento de lo posible y formulan utópicamente la Universidad socialista dentro del capitalismo; confunden la contradicción que puede resolverse en el camino hacia la revolución —en el plano de las reformas, de los avances, de determinada adecuación de la enseñanza—, con los cambios fundamentales, definitivos, cualitativos, que sólo puede producir la revolución.

Porque si una contradicción puede resolverse únicamente mediante la revolución, otras pueden solventarse con reformas efectivas, profundas, en el plano pedagógico, en el plano de la investigación, en la mejora de la casa de estudios. Sólo quien padezca de una absoluta estrechez de miras puede decir que en nuestra Universidad y en este régimen nada se puede reformar ni mejorar.

Estas contradicciones —decíamos— hoy se proyectan, sobre todo en la Universidad uruguaya, como lucha ideológica, teórica y política, en distintos aspectos; en lo más grueso: en la defensa de las libertades, de la soberanía, de la justicia social; internamente, como hostilidad contra los reductos de la reacción que quedan en la Universidad. Pero se manifiesta ya, en grandes masas, como voluntad consciente de oponer la Universidad como tal, al Poder político de la clase dominante y al imperialismo. Se expresa a veces, como insatisfacción o denuncia contra las directrices ideológicas, filosóficas, de teoría económica o sociológica que aprisionan la enseñanza en los límites estrechos de la sociedad burguesa. Y, por último, como lucha ideológica de una pequeña burguesía radicalizada que cuestiona, inclusive, la ideología de la burguesía nacional-reformadora presente en la Universidad y que, a su vez, se da de codazos con la entrada en la Universidad de la ideología del marxismo-leninismo, cada vez más extendida en los sectores juveniles, cada vez más influyente en los sectores docentes, cada vez más idea rectora en las concepciones intelectuales de lo mejor de nuestros pueblos. No es casual que la literatura latinoamericana milite por la revolución, que lo haga la plástica, que los mejores científicos, con cautela o abiertamente, avancen hacia la revolución; no es casual el conflicto de las Universidades. Junto con ello, el marxismo-leninismo, ideología fundamental de nuestra época, expresada concretamente en una vigorosa clase obrera, en la militancia de nuestro Partido, en el desenvolvimiento del debate, de la lucha y de las contradicciones, en la agudización de la lucha de clases, esa ideología entra en la Universidad más allá de la ideología dominante. Y entra como expresión de la lucha de clases que no es sólo externa a la Universidad sino que también se procesa en su interior.



Y esta lucha, estimados amigos, abarca hoy todo: los debates sobre el destino de la Universidad, los problemas de organización, de la docencia, las cuestiones de la revolución, su estrategia y su metodología. La Universidad es un hervidero de ideas, de discusión de métodos, de experiencias; pero esto es también un termómetro de la temperatura de la revolución en el continente. No son los períodos pacíficos, los períodos de calma chicha y quietud, aquéllos que promueven la gran experiencia histórica y precipitan al campo de la revolución a fuerzas considerables; son las épocas de tormenta, de debate ideológico, de crisis ideológica, de cuestionamientos de los grandes problemas, de la gran visión de las cosas, las que forman la fuerza de la revolución y las que incorporan a ella grandes sectores, en este caso, masivamente, los de la intelectualidad.

Por eso decimos que todas estas contradicciones están procesando actualmente una crisis ideológica en la Universidad. La autoridad intelectual y docente de las personas que han intervenido aquí, más allá de este revolucionario profesional que les habla, ¿no son también un índice de lo que acontece? Adviertan ustedes que éste es un debate patrocinado por la Juventud Comunista y participan en él científicos, autoridades universitarias, docentes que comienzan diciendo que no son comunistas o que comparten parcialmente nuestras opiniones; pero sin duda, este mismo problema promovido sin sellos ni limitaciones, podría suscitar un debate de una magnitud extraordinaria. Es un momento de crisis ideológica en la Universidad, porque está en crisis la ideología de las clases dominantes ante vastos sectores de la intelectualidad y ante las fuerzas sociales en marcha en el país.

¿Universidad marxista bajo el capitalismo?

El marxista-leninista no debe pretender lo imposible, en este caso, una Universidad marxista-leninista en el capitalismo; debe sí preocuparse por elevar su contribución teórica y metodológica al enfoque de todos los problemas, por influir ideológicamente el conjunto de la población universitaria, por situar los problemas de la Universidad como problemas de la revolución, pero sin omitir la consideración concreta de la masa de interrogantes que la Universidad se plantea hoy, sean ellos pedagógicos, científicos, ideológicos, de pervivencia de la Institución y de niveles de enseñanza.

Y esto nos lleva del problema teórico al estratégico —ya esbozado aquí— y que abordaré, desde luego, en forma resumida. Planteada la cuestión de los universitarios como parte de la revolución nacional liberadora, de la revolución socialista —no ya porque sólo ésta, en última instancia, le puede ofrecer el cambio que resuelva las cuestiones esenciales—, sino también porque siendo capas sociales mayoritarias en la Universidad, sectores decisivos de la intelectualidad —concebida ésta en una denominación genérica—, las fuerzas de la Universidad, pueden integrarse, naturalmente, y militar, en el frente que encabeza el proletariado, unido a las fuerzas del campo.

Nuestra revolución es la revolución propia de países capitalistas donde se mantienen pervivencias precapitalistas y el sello dominador del imperialismo; ella tiene que resolver, por lo tanto, tareas que apuntan simultáneamente, contra el latifundio en la revolución agraria, contra la oligarquía gran capitalista bancaria (de especial modo monopolista) y contra el imperialismo. Son problemas que, en última instancia, por definición histórica, están todavía en el plano de la revolución y de las transformaciones democráticas. Por el desarrollo del capitalismo en nuestros países, esa revolución tiene, de entrada, un carácter avanzado, capaz de acelerar y transformar en un solo proceso histórico el tránsito al socialismo. El ejemplo cubano y la dinámica de las dos fases de la revolución en Cuba, podrán no repetirse con las mismas características pero, en esencia, expresan una realidad, una tendencia esencial del proceso latinoamericano. Son protagonistas de esa revolución el proletariado, las masas del campo, y lo son también las capas medias, cuyo sector más avanzado es la intelectualidad y, en general, los estudiantes.

Esto es tanto más importante a causa del descenso y la reducción —a medida que avanza el proceso revolucionario— del papel de la burguesía nacional —o de la llamada burguesía nacional—, que en instantes determinados pudo desempeñar y todavía desempeña un relativo papel (véase Perú, Bolivia, etc.) enlazada a la pequeña burguesía, más allá de que vista o no uniforme. Sin embargo, la disminución del papel de la burguesía nacional supone, a la vez, un crecimiento militante del papel de la influencia y del ingreso en la escena revolucionaria continental de las grandes masas de las capas medias, en particular, de la intelectualidad y los estudiantes.

Pero tomemos el problema en su forma más primaria, en números. En esta atrasada América Latina hay 900 mil estudiantes universitarios y se prevé que en dos años ingresarán a la Universidad 3 millones. Es decir que aun desde el punto de vista numérico, éste es un factor impor-



tante de la revolución (la misma extensión cuantitativa es un índice de su popularidad). Pero, además, una gran parte de la población universitaria pasa, debido a los cambios a que nos referimos ya, al campo de los asalariados (sin contar el estudiantado, donde también los hay). En la población activa del Uruguay los asalariados son un 70 %; pero de ese porcentaje ¿qué parte son los miles de profesores, maestros, estudiantes? Suman decenas y decenas de miles; son fuerzas particularmente politizadas y conmovidas y depende del proletariado y de su partido, del movimiento popular, de las fuerzas avanzadas y revolucionarias, que aquéllos se integren a la fuerza social de la revolución en un forma coherente y armónica.

Ello promueve, pues, un doble aspecto. Ganar las masas universitarias para la revolución, como aliadas del proletariado, y elevar ideológica y teóricamente a nuevos cuadros al marxismo-leninismo, incorporar al Partido y a la Juventud Comunistas, a las fuerzas revolucionarias, no a uno, no a cientos, no a miles, sino a decenas de miles, cosa posible hoy, a diferencia de épocas anteriores.

En tercer término, hablábamos del problema táctico. La táctica es el procesamiento cotidiano de la orientación ideológica; supone objetivos tácticos de conquista, es decir, una política universitaria integrada, desde luego, en el programa de la revolución. Cuando se formula —cayendo en extremismo— que frente a la Universidad no hay más disyuntiva inmediata que la revolución, se está renunciando de antemano a incorporar a la revolución las fuerzas mayoritarias de la Universidad. Para el marxismo, todo proceso revolucionario de conciencia es, ante todo, un proceso de práctica y de experiencia; las masas estudiantiles que acuñaron en el 58 la consigna de "Obreros y estudiantes, unidos y adelante" estaban en lo ideológico a cien leguas de distancia de las que le dieron vigencia práctica en dos años de lucha contra las Medidas de Seguridad, y al gobierno, que las implantó; de las que regaron con sangre las calles de Montevideo o de las que, entrelazadas a la clase obrera, combatieron con Cuba o contra Rockefeller. Y ello es el producto de la práctica, tanto del movimiento estudiantil como del movimiento obrero. Pero también la aproximación, el cambio y la modificación operados en los docentes (mucho más difíciles son en los profesionales), no pueden hacerse más que a través de su experiencia, de sus reivindicaciones, de su concepción de las soluciones.

Y ello supone, en una política universitaria, plantear el problema en el terreno democrático de las libertades y la soberanía y de los cambios para la Universidad. Una política universitaria de reformas, que no será reformista si se inserta en la perspectiva de la revolución y al servicio de ella, política que abarque la defensa de la Universidad, el avance posible en lo atinente a su democratización, la jerarquización del papel político de la Universidad (que no equivale a la sectarización política de la Universidad como, en última instancia, quisieran las clases dominantes para dividirla y destruirla). Aquí se ha analizado el plan Acton. Sus ideas son las ideas de las clases dominantes traducidas en proyectos de reformas pedagógicas, o de los planes de investigación; la lucha contra dicha penetración supone la apertura del estudio y el debate del marxismo-leninismo, lo que no significa pretender una Universidad marxista-leninista, pero sí la elevación del conocimiento científico.

Es, sin duda, un retardo en nuestra Universidad que en Ciencias Económicas se dé de Marx la visión pobrísima que proporciona, por ejemplo, un viejo reformista y mediocre economista, desde el punto de vista teórico. Lo más que reclamamos, —y es bastante, además de ir unido a la condición de que los marxistas-leninistas se inserten en la defensa, en la promoción y en el estudio—, es que la Universidad considere el marxismo en economía por lo menos a la par del marginalismo o las tendencias matemáticas en economía, o las ideas desarrollistas, etc. Lo menos que podemos reclamar, y ello sí, es la consideración de la filosofía del marxismo-leninismo, de su metodología en relación con la ciencia, de su planteamiento sociológico, bebidos en las propias fuentes, es decir de primera mano. Y esto no es poco. Si eso se inserta en una labor adecuada y en una jerarquización y calificación de los marxistas-leninistas desde el punto de vista teórico, y del estudiantado, esto no es poco; además, no necesitamos más en una Universidad capitalista.

Por ello es indigente y estrecha, es antirrevolucionaria, desde el punto de vista objetivo, toda idea de considerar la Universidad como un campo de reclutamiento inmediato. Sería absurdo no reclutar, sería absurdo no promover entre las fuerzas mejores su transformación en revolucionarios. Pero aquí es preciso considerar la relación entre individuos y masas, entre capas sociales o grupos escogidos y pequeños. Y la revolución no la hacen los grupos escogidos, la hacen las masas, desde luego, teniendo a su frente vanguardias esclarecidas.

El problema táctico supone una integración o alianza de las fuerzas y organizaciones de la Universidad con la gran lucha del pueblo, la alianza de la clase obrera llevada a lo concreto y cotidiano; una táctica, una metodología que no separe a sectores de vanguardia del conjunto de la población universitaria, que no rebaje a los niveles del atraso o de la pasividad, pero que no separe, que lleve detrás de sí al conjunto del estudiantado y de la docencia.

La experiencia uruguaya en sus distintas fases muestra la contradicción permanente entre tendencias a la conciliación o el retroceso y tendencias al sectarismo o a la segregación de los grupos avanzados del conjunto de la Universidad. El problema es así: promover la experiencia del conjunto de la población universitaria en el camino de la revolución, sin que la vanguardia se vuelva masa y sin que la masa se separe de la vanguardia.



Un desafío a la capacidad creadora de nuestro movimiento

Agregaremos, por último, dos o tres cuestiones de carácter ideológico. La explosión de la lucha estudiantil ha sorprendido, a veces, al movimiento obrero revolucionario en éste o aquel país; la radicalización, acompañada en ocasiones de una recidiva de concepciones premarxistas, ha oscurecido la visión, en determinado momento, que permitiera comprender que aquella explosión era una vertiente de la revolución, de la cual —como reclamaba Lenin— había que aprender y a la cual había que enseñar. No porque Marcuse haya influido en el proceso latinoamericano (dudo, inclusive, que algunos aislados marcusistas del movimiento estudiantil lo hayan leído, porque aquí, entre nosotros, es bastante indigesto). El problema es otro; es el de la reaparición de viejas ideas tendientes a disminuir el papel del proletariado, a supervalorar el papel del estudiantado, a hacer renacer el tercerismo, la prevención o el sistemático planteamiento antisoviético, la contraposición falsa de lucha política y lucha armada, a veces, el surgimiento de tendencias blanquistas y otras; todo ello no lo podemos ver desde un solo ángulo, por lo que tienen, diríamos, de repetición de formulaciones del período premarxista: blanquistas, proudhonistas y otras. Es preciso verlo como la expresión confusa, a veces —que determinadas concepciones y corrientes tratan de aprovechar— pero la expresión al fin, del ingreso tumultuoso de estas grandes fuerzas a la revolución.

Y creemos que el árbol no debe ocultar el bosque; lo primero a advertir es el ensanchamiento y la profundización del proceso revolucionario que esto supone. El mayor error de perspectiva radica en considerar el tono explosivo y contradictorio de la llamada insurgencia estudiantil como una dificultad más a resolver por el proletariado y su partido, en vez de advertir que ella marca la incorporación y el paso de avance de nuevas fuerzas a la revolución, y que nuestra tarea consiste en transformar la revuelta en revolución, en elevar la protesta y la incorporación al campo de la revolución en praxis revolucionaria, en definición ideológica, en instrumentación estratégica y táctica.

Si lo consideráramos una dificultad más, quedaríamos al margen del camino o veríamos de un modo muy mezquino el proceso revolucionario y

tendríamos un concepto pobre y envarado de la táctica. Sobre esto hay que leer a Lenin en 1905 y después. No significa que haya que decir amén a todo planteamiento, a todo injerto novelero y abandonar el combate ideológico en el plano de la acción política y de la lucha de clases o santificar como última palabra lo que murió con Bakunin, Proudhon, o Blanqui; o la combinación de las corrientes reformistas y extremistas, que son los antepasados del movimiento revolucionario, —superadas cuando el marxismo se hace corriente general y da al movimiento perspectiva científica. La posición marxista-leninista que implica nadar en el mar embravecido hacia la revolución, no consiste en dejarse arrastrar por la ola, ni en adoptar la postura de un sacrosanto guardián de purísimos principios profanados.

Lenin, en una página escrita con posterioridad a 1905, nos ha legado una de sus admirables lecciones metodológicas. Se refiere a la crítica menchevique a los socialrrevolucionarios que, como se sabe, representaban las tendencias del campesinado y de ciertos sectores de la burguesía revolucionaria, dispuesta a batir el zarismo; esas concepciones abarcaban desde la teoría de las minorías activas, el atentado individual, la sensación política, como sustituto de las formas de la educación de masas, del método leninista de masas.

Lenin señala que los mencheviques incurren en doctrinarismo cuando juzgan los socialrrevolucionarios porque pierden de vista los intereses de clase que hay detrás.

> **"Enjuician a los socialrrevolucionarios como doctrinarios, —indica Lenin—, es decir, como hombres de una doctrina que tiene en cuenta los errores de la doctrina ajena, pero no ven qué intereses reales de masas reales que impulsan la revolución democrática, expresa u oculta esta doctrina".**

Atención a la primer medida: "que impulsan la revolución democrática". Continúa Lenin:

> **"La doctrina socialrrevolucionaria es perjudicial, es errónea, reaccionaria, aventurera, pequeñoburguesa, —gritan los mencheviques. Aquí empieza su error. ¿Es justo decir que la doctrina socialrrevolucionaria es perjudicial, errónea, reaccionaria, aventurera, pequeñoburguesa? Pero esas cualidades no impiden que esa doctrina cuasi socialista constituya en Rusia la envoltura ideológica de la burguesía y la pequeñoburguesía verdaderamente revolucionaria y no conciliadora, pues la doctrina socialrrevolucionaria no es más que un riachuelo en el torrente trudovique, es decir, campesino democrático. En cuanto empieza la lucha abierta de las masas y de las clases, los acontecimientos nos obligan en el acto, a todos nosotros, bolcheviques y mencheviques, a reconocerlo, admitiendo la participación scialistarrevolucionaria en los Soviets de diputados y obreros, acercando a los soviets de campesinos, empleados de correo y telégrafos, participando en las elecciones en alianza con ellos contra los liberales, votando con ellos: ¿y los demás?, contra los liberales".**

Lenin concluye su juicio con una indicación metodológica evidente:

> **"La revolución plantea ahora los problemas en un plano superior. Antes se trataba sólo de comparar doctrinas e ideologías, de la política de los grupos, ahora se trata de comparar la actividad histórica de las clases y de las masas que exigen esta ideología u otra afín. Antes se preguntaba únicamente ¿es verdad lo que dicen los socialrrevolucionarios. ¿es justa la táctica de esta organización ideológica. Ahora la cuestión se plantea así: ¿cuál es en realidad la conducta de las capas del pueblo que se consideran solidarias de los socialrrevolucionarios o apenas de sus ideas principales?"**

Es decir, que los problemas reales que se crean en el plano ideológico en el movimiento revolucionario con la irrupción de las capas medias, no pueden ser concebidos solamente desde un ángulo doctrinario, al que son afectos en particular algunos de esos grupos. Los anarquistas podrían discutir no hasta una madrugada de FEUU, hasta siete madrugadas de FEUU, indefinidamente, eternamente, sobre estas cosas, doctrina con doctrina. Pero la lucha ideológica ha de situarse en una práctica revolucionaria, en una metodología que defina qué fuerza conduce a la revolución; y el debate ideológico subordinado a esto es el debate en unos planos, los de la unidad y lucha del proletariado con aliados, con capas vastas; en otros casos, los del aislamiento cuando son fuerzas provocativas o, simplemente, elementos ajenos a la revolución que tratan de introducir en ella factores de división. Sin una práctica revolucionaria justa de los marxistas-leninistas, sin su dirección concreta sobre el proceso revolucionario de masas, sin su propia línea, que no es el contragolpe crítico de la línea del enemigo, sino que es su sello, que es la capacidad del partido de aprender de la revolución pero, a la vez, de enseñarle a ésta, sin todo ello, el debate eterno puede segregar sectores considerables de revolucionarios susceptibles de superar sus propias concepciones erróneas y elevarse a la conciencia teórica, a la estrategia y la táctica adecuadas.

En segundo término, ante masas que avanzan y buscan la revolución, sólo se puede actuar con una perspectiva revolucionaria clara, es decir, con una concepción inserta en la vida que nos transforme en vanguardia, no sólo del proletariado —problema ya de por sí difícil—, sino en vanguardia de todo el pueblo. Y ahí los problemas concretos de la vida, entre ellos los de la Universidad y la insurgencia juvenil constituyen un desafío a la capacidad creadora de los partidos marxistas-leninistas, a nuestros partidos, a nuestros movimientos.

Por ahí anda la queja, —citada por Lenin— del Dr. Wagner, de "Fausto" quien decía: ¡Ah! ¡Si todo consistiera en leer página por página! Podemos leer **El Capital**, las expresiones tácticas más características. De ellas surgen grandes directivas, pero es preciso insertar esas directivas en la vida; sólo hundidos gozosamente en la táctica compleja, múltiple, contradictoria —dramática pero gozosa— de la revolución, con todas sus caras, podremos responder a las reclamaciones que la hora lanza al rostro de nuestro movimiento.

La lucha actual, en gran parte de la cual somos triunfadores, nos promueve, a la vez, por las características del movimiento uruguayo, una exigencia de superación crítica permanente. Y sólo ella, la lucha, no las posiciones quietistas, permitirá, sin duda, encarar el tema de la Universidad como el tema de la revolución en la fertilidad concreta de la lucha cotidiana y en la inserción concreta de la función del Partido, en el cuadro de las masas diversas, precipitadas como vertientes múltiples al campo de la revolución.



Algunas notas sobre la juventud en un mundo que se transforma

HECTOR P. AGOSTI

Especial para ESTUDIOS

1.

No es posible, sin duda, hablar de la juventud como si se tratara de un todo homogéneo, sin fisuras, sin conflictos, sin contradicciones derivadas de su origen de clase. Pero no es menos cierto que, en la mayoría de la juventud, estas fisuras están determinadas más por el origen de clase que por la pertenencia a una clase social entendida desde el punto de vista de su colocación en el proceso productivo. Quiere esto decir, a mi entender, que si la conciencia de clase no brota automáticamente en los sectores adultos, ello es más válido todavía para los sectores juveniles, para los muchachos que recién despiertan al conocimiento del mundo y de la vida.

Desde ese ángulo, en cierta medida, es posible hablar de "la juventud" en cuanto ello implique reconocer la existencia de ciertas notas típicas, especialmente el sentimiento de rechazo de lo preexistente, que en la época actual asume dimensiones desproporcionadas, pero dignas de meditación. El fenómeno de la rebeldía juvenil no es un hecho nuevo, pero acaso sea nueva su difusión si-

multánea, su generalización. No es la primera vez que las promociones nuevas manifiestan su desazón y su descontento frente a una sociedad organizada de tal manera que sólo después de los cuarenta o cincuenta años hay posibilidades de acceder a las responsabilidades de conducción. Los jóvenes siempre reclamaron, de una u otra manera, contra esa gerontocracia manifiesta. La Reforma universitaria fue, en 1918, muy pródiga en condenar dicho estado, al que atribuía buena parte de los defectos de la vida social, y los estudiantes peruanos que más tarde revivieron esos "vientos argentinos" en las Universidades Populares González Prada fueron todavía más rotundos con su lema **Los viejos a la tumba, los jóvenes a la lucha**. Pero nunca como ahora ha alcanzado a universalizarse con tanto ímpetu la reivindicación de una paidocracia excluyente. A su amparo brotan los filósofos (Marcuse, pero no sólo él) que pretenden poner un signo de igualdad entre los "jóvenes" y los "desesperados", considerados como "el motor de una acción política eficaz". Con ello, también, se entiende prestar un remozado relieve a la antigua teoría de la lucha entre generaciones admitida como el factor revolucionario del desarrollo histórico.(1)

Dije que no es la primera vez que las promociones nuevas muestran desazón ante los caminos inciertos, ni la primera vez, tampoco, que injustificadamente, se sienten sin maestros. Hacia 1935-36 Paul Vaillant-Couturier, el gran escritor comunista francés, realizó una encuesta sobre la situación de los muchachos; se titulaba **La desgracia de ser joven**. Esa desgracia consistía en los caminos cerrados para el aprendizaje de los muchachos, en su elección privilegiada para integrar el ejército de desocupados, en el salario recortado para el pago de un trabajo igual, en la falta de perspectivas que es como una condena a la inacción esto es, a la amputación de lo que el joven tiene de más auténtico y definitivo. Un poco más tarde yo publiqué mi primer libro, donde en diferentes trechos aseguro —enfáticamente—: "Somos una generación sin maestros... La carencia de maestros nos lanzó a una virtual autodidaxis... que constituye nuestro mérito y nuestro pecado", etcétera.(2)

Ahí está, por consiguiente, la reiteración de los temas. Sólo que este sistema de "separaciones", que entonces aparecía como presumiblemente agrandado por la meditación juvenil, ahora se procura convertirlo en motivo de irreparable incongruencia entre los "viejos" y los "jóvenes" como si por siempre carecieran de posibilidades para entenderse, sobre todo en el plano social.

2.

Sin embargo, este malestar juvenil obedece a algunas causas. No podríamos explicárnoslos mecánicamente con la sola alusión al origen social —preferentemente pequeñoburgués— de los estudiantes, que asumen en todas estas manifestaciones un papel protagónico. Ciertamente que la literatura marxista ha mostrado muchas veces la raíz social del extremismo, habitualmente radicado en las capas medias de la sociedad; quien recuerde los debates de Marx contra el bakuninismo y las polémicas de Lenin contra los "comunistas de izquierda", descubrirá en ambos casos raíces análogas en la actitud del pequeñoburgués que (sinceridad aparte y, en muchos casos, indudable) descubre de pronto la cuestión social, se siente indignado por los males del capitalismo y quiere resolverlos de una buena vez (y rápidamente) para siempre. Que el pequeño-burgués (y la palabra no alcanza aquí ningún sentido peyorativo, sino simplemente técnico) sienta la cuestión social, se indigne ante los males del capitalismo y comprenda la necesidad de remediarlos radicalmente, es un hecho positivo, pues lo desgraciado sería que se orientase hacia la derecha fascista, como en parte ocurrió

---

(1) Ingenieros fue el representante más eminente de esa tendencia destinada a explicar, mediante la acción de los jóvenes, el avance histórico. No sería justo atribuirle su adhesión a la teoría de las generaciones, puesto que él se esforzó por encontrar claves también en la lucha de clases; pero no podría negarse el énfasis que puso en esa norma de hacer de los jóvenes un sinónimo de revolucionario, opuesto a lo conservador o lo viejo. No se olvide, tampoco, que Julio V. González fundó en la alternancia orteguista de las generaciones "cumulativas" y "polémicas" su explicación de la Reforma Universitaria.

(2) Cf. Héctor P. Agosti, EL HOMBRE PRISIONERO, Edit. Claridad, Buenos Aires, 1938, especialmente los ensayos "Diario del dolor juvenil" y "Examen de conciencia".

durante la primera posguerra; pero que el pequeño burgués pretenda erigirse en el intérprete, y acaso el autor, de una revolución más rápida que la propiciada históricamente por la clase obrera, eso sí que representa un hecho altamente negativo, como factor de confusión, de retraso y de derrota del movimiento revolucionario, cuyo análisis supera largamente el objetivo de estas notas.(3) Mucho de ello hay en la inquietud y en la desazón juvenil. Pero pienso que el planteo quedaría incompleto si se limitara mecánicamente a señalar este origen sin percibir una situación nueva del mundo, caracterizada por la coincidencia entre el paso del capitalismo al socialismo en el terreno de la estructura social y la revolución científico-técnica en el terreno de los conocimientos y de sus aplicaciones prácticas.

La velocidad de las transformaciones, en una época en que los hombres de la tierra posan ya sus plantas en la luna, abre interrogantes cotidianos que ni la organización escolar ni la estructura familiar están en condiciones de satisfacer, al menos plenamente. El conflicto entre padres e hijos, que ha inspirado tantas páginas a la literatura universal, se plantea ahora principalmente en los términos de un rezagamiento de los padres con relación a los interrogantes suscitados por los hijos; junto con ello, el debilitamiento del organismo familiar, al menos en su concepción de ámbito cerrado, aparece como notorio. En un mundo que se mueve a grandes velocidades, hay una especie de desencuentro e insatisfacción, que a veces asume formas expresas de repugnancia frente a la sociedad capitalista que enajena al individuo, lo convierte en rueda de un engranaje y lo somete a las necesidades de la producción. Esa perspectiva, sin duda, es la que se ofrece primariamente ante el estudiante, puesto que la revolución científico-técnica tiende a modificar en su planteo mismo el esquema productivo: tiende a acentuar la configuración de aquel "obrero colectivo" de que hablaba Marx, frente al obrero individual de la primera industria, manipulador directo y personal de la materia.

El viejo profesional investido de respetuosos privilegios está forzado por lo tanto, cada vez más, a ser parte de ese "obrero colectivo", es decir, a convertirse en asalariado. Se encuentra así a caballo entre dos modos: el modo de su participación en el proceso productivo, que lo transforma de hecho en proletario, y el modo de su vida preadquirida, que le viene de su origen de clase, y que lo tironea en su individualismo pequeñoburgués, incapaz de desvanecerse instantáneamente como la bruma ante la aparición del sol. Dicha prospección que se ofrece a los estudiantes en su calidad de profesionales probables (si logran superar la barrera de la deserción), es presumible que ello determine una actitud de rechazo y es admisible, también, que la objetividad de la situación suscite manifestaciones de exaltación izquierdista en el plano de la ideología.

La inicial intención de rechazo implica la reprobación de la sociedad en su status convencional, en las normas de la moral puritana y frecuentemente hipócrita. Por cierto que no se trata de una oposición social, atenida a la destrucción de los fundamentos de clase de la sociedad capitalista, sino una repulsa, por momentos provocativa, de sus manifestaciones exteriores típicas. No sería justo, sin embargo, mirar despectivamente la actitud de los hippies norteamericanos que se pronuncian tumultuosamente —y a veces peligrosamente— contra los crímenes del imperialismo yanki en Vietnam. Su conducta no soporta análisis alguno en el plano filosófico, pero en el terreno sociológico no podría desdeñarse un fenómeno tan significativo de la descomposición interna del capitalismo. Ese fenómeno se reproduce en muchos países capitalistas (a comenzar por el movimiento inaugural de los provos, en la Holanda tan tradicionalmente sosegada), trasciende al atuendo personal y al modo de vestir, y alcanza inclusive a sectores de la juventud obrera. A nosotros nos interesa el fenómeno exclusivamente en el plano objetivo de rechazo de la civilización capitalista, aunque en el plano subjetivo seamos conscientes de la falsificación teórica que pretende erigirse en torno al mismo como una posible "filosofía" fundada sobre el amor.

Pero lo que más me interesa a esta altura es subrayar el hecho de la

---

(3) Entre la mucha bibliografía recomiendo especialmente dos pequeños libros atenidos a la realidad más actual: LES ETUDIANTS ET LE GAUCHISME, de Claude Prévost, Editions Sociales, Paris 1939, y MAI DES PROLETAIRES, de Laurent Salini, Editions Sociales, Paris, 1969. Podrá encontrarse en ambos una refutación teórica de tales supuestos, y también, especialmente en el segundo, una confrontación con la práctica de la clase obrera organizada.



velocidad de los desplazamientos en el mundo contemporáneo, circunstancia que acentúa dos de las constantes en el ingreso de las nuevas promociones a la vida social: la de entrar en una sociedad preexistente, en cuya elaboración no han intervenido ("eso que ustedes hicieron", es el reproche que más suele escucharse) y que frecuentemente les es hostil(4), y la de entrar en un mundo y en una sociedad nada estáticos, sino envueltos en la doble movilidad, por ratos portentosa, de la transformación social y la revolución científica. Ha podido verificarse, por consiguiente, que a los estados juveniles de insatisfacción y de rechazo, que fueron inseparables de la edad, se yuxtaponen ahora fenómenos concomitantes de universalización y ruptura en las formas del comportamiento y del lenguaje: al mismo tiempo que una misma actitud se repite sobre zonas a veces antípodas del planeta, facilitadas por la propaganda y los canales de comunicación en masa, ocurre que giros y voces que tenían significado congruente hace pocos años, llegan a ser incomprensibles para los más nuevos o, en todo caso, a cargarse de un valor semántico diferente. Es dedir pues, que la separación entre las "generaciones", que los teóricos afectos a este tipo de explicaciones calculaban entre quince o veinte años, se ha acortado ahora considerablemente.(5) Aun dejando de lado todo cuanto pueda conseguir en este sentido una propaganda interesada en introducir nuevos factores de desconfianza, apartamiento o división entre las antiguas y nuevas promociones interesadas en la destrucción del sistema capitalista, no podría desdeñarse, sin embargo, dicha situación objetiva del joven en la sociedad contemporánea, que lo sume en un inconformismo más acentuado que en épocas anteriores. La generalización del inconformismo es una prueba más sobre la crisis fundamental e irreversible que afecta a la sociedad burguesa; pero es, también, el testimonio de una ruptura con las formas tradicionales, tantas veces repulsivamente convertidas en convencionalismo. Esto es evidente (me parece) en la quiebra de las formas clásicas de la familia y en la discusión frontal (ya no larvada o encubierta, como antes) de la autoridad del pater. Ahora, como decía el Malevo Muñoz, esa autoridad hay que conquistarla en la cancha, "haciendo un gol todos los días".

---

(4) El sociólogo soviético Alexánder Gorbovsky, en su artículo "La generación del rechazo y el entusiasmo" (en: EL CORREO DE LA UNESCO, París, abril de 1969, pp. 28-29), escribe: "...como los jóvenes representan actualmente la cuarta parte de la población del mundo, ¿por qué no habrían de verse mejor representados en los cuerpos legislativos de éste y opinar efectivamente sobre los problemas de su país y especialmente sobre las decisiones que los afectan como grupo?". Señala que en la URSS es de 18 años la edad mínima para ser elegido diputado a los soviets locales, 21 años para los soviets de repúblicas y 25 años para el Soviet Supremo, y agrega que "en estos momentos se estudia una propuesta según la cual del 30 al 35 % de los soviets locales estarían constituidos por diputados de 18 a 30 años de edad, ya que cerca de la mitad de la población de la Unión Soviética está formada por ciudadanos de menos de 30 años.

(5) Y a veces hasta ridículamente, como ocurre con la New-Left (Nueva Izquierda) de los Estados Unidos, donde es posible distinguir: a) la old New-Left, o vieja Nueva Izquierda con edades aproximadas a los 30 años; b) la New-Left, o Nueva Izquierda propiamente dicha, con edades entre 22 y 28 años, y c) la "new New-Left", o nueva Nueva Izquierda, con menos de 22 años. Cf. Kennth Keniston, "Juventud, cambio y violencia", en FACETAS, Wáshington, vol. 2, núm. 2, 1969, p. 39. El autor comenta que, en virtud de ello, "la propia fase del individuo de utilidad juvenil —por ejemplo, como organizador— está limitada a relativamente pocos años. Lo que haya que realizar, siente él, debe realizarse pronto".

3.

"La nueva generación sería pues: sin moral y sin principios inmutables de moralidad, sin religiosidad o sea atea, con pocas ideas y con mucho instinto... En la nueva generación pierden valor todos aquellos principios morales que se han impuesto como axiomas a las conciencias individuales... Su principal característica es la ausencia de cualquier forma de reverencialidad por todo cuanto encarna al viejo mundo. En la masa de jóvenes se ha debilitado el sentimiento religioso y todos los diversos y abstractos imperativos morales que, por lo demás, se han convertido en inadecuados para la vida actual. Los muchachitos tienen menos ideas y más vida, pero en cambio han conquistado naturalidad y confianza en el acto sexual, el amor ya no es considerado en el sentido de un pecado, de una trasgresión, de algo prohibido. Los jóvenes dirigidos activamente en las direcciones indicadas por la vida moderna, resultan inmunes a todo posible retorno hacia una religiosidad dogmática disolvente".

Supongo que con ese texto podríamos abrir un concurso parecido al de ciertos programas de televisión, y estoy casi seguro que nadie acertaría ni con su origen ni con su fecha. No es un texto de ahora, sin embargo: pertenece a la **Civiltá Cattolica**, del 20 de mayo de 1933, comentando las "Conclusiones a la encuesta sobre la nueva generación".(6) Es decir, pues, que el tema se reitera y pareciera, por lo tanto, que estamos chapaleando siempre en el mismo lugar. Sin embargo, no es ocioso insistir en que el problema alcanza ahora una generalización que reclama exámenes más minuciosos. En los años a que pertenece el texto transcrito tales fenómenos representaban la manifestación de una minoría, casi siempre intelectual y excéntrica con relación a la moralidad tradicional; ahora en cambio muchos de aquellos actos, especialmente los que se refieren a las relaciones entre los sexos, han desbordado los límites de las clases y las profesiones en una especie de desafío natural a los convencionalismos. Sin desdeñar sus costados negativos —que la propaganda burguesa exalta sospechosamente, hasta celebrar casi con júbilo el "renacimiento" del anarquismo entre los jóvenes intelectuales—, no se me escapa que hay en este desplante un acto de real positividad, que pone de relieve la cualidad principal del espíritu juvenil, que es el rechazo de la rutina. El sociólogo soviético Gorbovsky apunta en esta dirección cuando escribe: "La juventud soviética no es ninguna excepción en ese sentido. Aunque acepte como suyos los valores generales de la sociedad, rechaza vigorosamente, por otra parte, todo lo que considera equivocado, anticuado y burocrático. Con respecto a las cosas con que no están de acuerdo, los jóvenes soviéticos son mucho más vehementes en la expresión de su repulsa que la generación que les precediera", pero indica asimismo un rasgo distintivo: "La crítica acerba de la juventud [soviética] no se para en lo que los rodea; también se aplica con la mayor severidad a ella misma".(7)

¿Por qué se universaliza este sentimiento antirutinario en los jóvenes de los países capitalistas? No es desacertado indagar una respuesta en el antagonismo, a la vez social y vital, entre el espíritu romántico que es propio de los jóvenes, entre su vocación exaltada de hacer grandes cosas, y la opacidad de hecho que les resulta propuesta en medio de la crisis general del capitalismo, cuando simultáneamente el hombre pisa la luna y otros hombres mueren de hambre en los países púdicamente llamados subdesarrollados. Algunos filósofos, como Marcuse, aconsejan a esos jóvenes una dialéctica de la negatividad pura con una perversidad que procura la explotación de aquellos impulsos generosos para conducirlos al callejón sin salida de la discusión transformada en **moto perpetuo**. Pero, al mismo tiempo, sería pernicioso desconocer esa fuerza impetuosa de transformación que radica en los jóvenes. El académico Rumiántsev aconsejó muy sensatamente, hace algunos años, cultivar los grandes ideales entre los jóvenes, no infravalorar el ímpetu que los singulariza y, sobre todo, manejarlos con la verdad puesto que, como decía Lenin, "nuestra fuerza reside

---

(6) Citado por Antoni Gramsci, **PASSATO E PRESENTE**, Ed. Einaudi, Torino, 1951, p. 105.

(7) Loc. cit., p. 29. Pueden encontrarse referencias muy interesantes sobre los problemas, inquietudes, e iniciativas de la juventud soviética, en: Francis Cohen, **L'URSS EN MOUVEMMENT**, Editions Sociales, Paris, 1963.



en la verdad de nuestras ideas".(8) De ese ímpetu creador, de esa voluntad de transformaciones, pueden ser testimonio las luchas estudiantiles en todo el mundo. Pero la generosidad de una actitud romántica ante la vida queda revelada, igualmente, por hechos concernientes a la juventud soviética. En el ya citado trabajo de Gorbovsky (al que me remito por ser de fácil acceso) se informa que a un cuestionario distribuido recientemente entre 2.586 estudiantes de la ciudad de Rostov, para indagar por qué habían elegido la carrera que cursaban, y no otra cualquiera, la gran mayoría respondió: "porque es creadora"; sólo 11, o sea menos del medio por ciento, dijeron: "Porque está bien remunerada",(9)

---

(8) "En las condiciones actuales, sólo es posible llevar tras sí a la juventud y tener éxito entre ella cautivándola con amplias perspectivas sociales, sembrando en los medios juveniles las ideas del socialismo y de la lucha política. Esto no significa, claro está, que las necesidades cotidianas de la nueva generación deban relegarse a segundo término. De ninguna manera. Al marxismo le ha sido siempre ajeno el contraponer entre sí los objetivos inmediatos y finales de la lucha revolucionaria. Son precisamente los oportunistas quienes sacrifican los luminosos ideales del futuro en busca del presente, lo mismo que los sectarios eluden con arrogancia lo que inquieta hoy a la juventud, creyendo que todo eso se resolverá por sí solo después de la revolución. *(...)* Y mala cosa es infravalorar el ímpetu propio de la juventud, su afán de romanticismo, su gran emotividad y la fe en sus fuerzas. Importa apelar no sólo al raciocinio, sino también a los sentimientos de la juventud, tomar en consideración las peculiaridades propias de la edad y los intereses de sus distintos grupos profesionales". (A. Rumiántsev, Síntesis del intercambio de opiniones sobre los problemas de la juventud, en REVISTA INTERNACIONAL, Praga, núm. 2, febrero de 1962, p. 85).

(9) Loc. cit., p. 28. Informa también el autor: "Hace pocos años se hizo un llamamiento pidiendo voluntarios para ayudar a construir una línea de ferrocarril de Abakan a Taishet en Siberia. De las 35.000 personas que respondieron, 26.000 eran jóvenes de veinte años de edad o menos. Pese a lo terrible del clima y lo duras que son allí las condiciones de trabajo, los voluntarios hicieron avanzar las vías por las montañas de Sayani, a través de la taiga y los pantanos y por encima de los turbulentos ríos y vías de agua que se les cruzaron en el camino, transformando lo que en un principio pareciera un sueño irrealizable en hecho concreto y llevado a cabo con brío y entusiasmo". Yo mismo he podido ver la participación de los jóvenes en la construcción de la presa de Krasnoiarsk, una de las obras del cincuentenario de la Revolución de Octubre, y que fue denominada "la obra de la juventud"; los jóvenes construyeron allí mismo una nueva ciudad que por entonces (1965) contaba ya con 35.000 habitantes, una ciudad levantada en tierras antes inhóspitas, con temperaturas de 30 grados bajo cero. La misma voluntad romántica de creación puede encontrarse en los jóvenes cubanos: se ha narrado muchas veces su heroicidad en las guerrillas, pero suele ignorarse el espíritu de sacrificio con que abordan la batalla por la transformación económica de la primera república socialista de América, acudiendo como voluntarios a las tareas más duras.

La posibilidad de establecer un equilibrio adecuado entre esas aspiraciones de los jóvenes y las necesidades (o aun posibilidades) de la sociedad es, quizá, la fuente inicial de los conflictos. Es lógico que en la sociedad capitalista se manifiesten principalmente como negatividad; pero en la sociedad socialista se expresan corrientemente con reacciones de signo positivo, tal cual la juventud soviética lo ha mostrado claramente en múltiples ocasiones, y lo sigue mostrando.

Lo que importa es subrayar el valor de ese sentimiento antirutinario —que no es exclusivo de **los-de-poca-edad**— como elemento importante en la batalla por la transformación de la sociedad.

4.

El 11 de marzo de 1926, hablando ante el VII Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de la URSS, Mijaíl I. Kalinin dijo: "La particularidad de la edad juvenil consiste en su gran afán interior por las emociones ideales. La juventud siempre aspira al sacrificio personal [...] La juventud en su mayor parte es extraordinariamente sincera y franca. Por muy sincero y franco que sea el hombre en su edad madura, la experiencia de la vida y las sacudidas prácticas que recibió de ésta, van desalojando considerablemente estas impetuosas aspiraciones juveniles a la verdad y a la franqueza".(10)

¿Podría deducirse de ésto que Kalinin viene a fomentar una especie de oposición entre el hombre joven y el hombre maduro? Sería exagerada (me parece) una conclusión de este tipo. Kalinin sólo pretende subrayar una característico de la edad juvenil que él admite como constante, puesto que acredita iguales impulsos y parejos sueños para su pretérito e individual tiempo de joven; más aun: él mismo, que habla en su condición de presidente del Soviet Supremo, pregona la necesidad de mantener tales cualidades, de fomentarlas, para "sobre ellas educar un hombre nuevo y más perfecto". Más que de una querella de generaciones, de lo que aquí se trata, por lo tanto, es de advertir la especificidad del carácter juvenil para orientarlo hacia una confluencia creadora con todos cuantos procuran la transformación progresista de la sociedad, con todos cuantos en definitiva se orientan hacia el socialismo. Conviene recordar que el fascismo pudo prosperar entre las capas más nuevas de la población (y no solamente en los sectores de origen pequeñoburgués) exaltando las características propias de la juventud, es decir, su espíritu de arrojo, sus sueños de aventura y de renovación, su aspiración legítima de hacer cosas grandes, su rechazo de la chatura burguesa, todo ello vinculado a un "socialismo" de signo nacional.(11) Y no hay ninguna póliza de seguro contra la repetición de esta aventura, salvo el que se desprende de un examen correcto y un abordaje congruente de los problemas relativos a la nueva generación.

¿No se estará incurriendo en pecado generacionista al hablar de "nueva generación"? Es bueno prevenirse contra el uso abusivo de las palabras, pero sin renunciar no obstante a su empleo por el temor a los equívocos. Es innegable que en cada momento de la historia los muchachos de edad pareja han irrumpido a la vida con sensaciones y palpitaciones que diferían en diverso grado con las sustentadas por sus mayores; vuelvo a insistir, por ejemplo, en el clásico conflicto entre padres e hijos, que arranca desde la tragedia griega clásica y que tantas veces, como lo indicó Marx, significó la extrapolación poética de luchas reales en una sociedad que emergía del matriarcado. Pero hay determinadas instancias históricas en las cuales la acumulación de las contradicciones hace que aparezcan con mayor relieve —más nítidas, si se quiere— aquellas diferencias de los jóvenes. Quizás en estos casos, más que en otros, pueda hablarse cabalmente de una **nueva generación**, con el sentido estricto de la manifestación de determinados elementos homogéneos en el pensamiento y la actividad de los hombres y mujeres jóvenes que se inician en la vida plan-

---

(10) M. I. Kalinin, **SOBRE LA EDUCACION COMUNISTA**, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1950, pp. 8-9.

(11) Recuérdese que el partido de Hitler se llamó "nacional-socialista", y que Mussolini, en la etapa final de ruptura con la monarquía, llamó "República Social" al fugaz estado que intentó crear.



teando nuevos interrogantes y suscitando (y a veces proporcionando) una respuesta igualmente nueva. No cuesta trabajo reconocer tales ingredientes de relativa homogeneidad (dentro de la heterogeneidad de sus manifestaciones prácticas) en la actitud de rechazo puesta de relieve por la juventud de nuestro tiempo. Y ello suscita, sin duda, problemas igualmente prácticos para el enlace de las generaciones, a fin de evitar que aquellas diferencias, que se refieren a la exterioridad de la conducta pero no a la internidad de su esencia de clase, puedan ser hipertrofiadas hasta convertirlas en un sustituto de la lucha de clases.(12)

Gramsci apuntó una de las dificultades objetivas en la solución de este problema. Alguna vez escribió: "En el suceder de las generaciones (y en tanto cada generación expresa la mentalidad de una época histórica) puede ocurrir que se tenga una generación anciana con ideas anticuadas y una generación joven con ideas infantiles, es decir, que falte el eslabón histórico intermedio, la generación que haya podido educar a los jóvenes. Se entiende que todo ello es relativo. Este eslabón intermedio nunca falta totalmente, pero puede ser muy débil "cuantitativamente" y, por lo tanto, materialmente imposibilitado para cumplir con su deber. Sin embargo, Gramsci observa que este fenómeno no siempre se generaliza en la sociedad, que puede manifestarse en un grupo social y no en otros, y que en los "grupos subalternos" (es decir, en las clases dominadas) suele ser más grave por las dificultades de una continuidad orgánica en la dirección intelectual, por los inconvenientes que tienen para "organizar lo que los [norte] americanos llaman trust de los cerebros".(13) Con algunas reservas puede admitirse esa metodología gramsciana. Obsérvese que Gramsci no plantea el problema en términos de totalización de las generaciones, sino distribuyéndolas en "grupos sociales",(14) y dentro de semejantes parcialidades son posibles, por consiguiente, aquellas oposiciones poláricas entre generaciones ancianas-anticuadas y generaciones juveniles-infantilizadas que ofrece, como hipótesis de razonamiento, cuando falta lo que él denomina "el eslabón histórico intermedio".

Si el tema lo trasladamos a nuestros días, y si lo sacamos de la totalización generacional para referirlo exclusivamente a los grupos y capas sociales inte-

---

(12) Imaz recuerda una frase de Wright Mills, quien sostuvo que "si Marx viviera en 1965 y tuviera ante sus ojos todo este panorama (el de las relaciones estudiantiles), hubiera tenido que modificar su esquema. Un Marx honesto y sincero consigo mismo, no podría seguir sosteniendo que el proletariado es la vanguardia de la revolución, porque país por país, sociedad por sociedad, universidad por universidad, está demostrado que las vanguardias revolucionarias resultan los estudiantes." (José Luis de Imaz, "Juventud universitaria y política", en: REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA, 2a. serie, año IX, núm. 5, noviembre-diciembre de 1968, p. 792). Ese ESTA DEMOSTRADO vale un Perú, pues algunas páginas antes, Imaz trata de probar, apoyándose en las tesis del sociólogo norteamericano Lipset, que los estudiantes son siempre un elemento activo contra el STATU QUO: para ello, muestra la adhesión masiva de estudiantes al hitlerismo en la Alemania del 1933 y al franquismo en la España de 1936... En todo caso, no es esa "vanguardia REVOLUCIONARIA" a la que se refirió Marx.

(13) Gramsci, loc. cit., pp. 104-105.

(14) Evidentemente Gramsci alude a las CLASES sociales cuando habla de "grupos sociales". No se olvide que la mayor parte de los escritos de Gramsci pertenecen a sus "cuadernos de la Cárcel", donde estaba obligado por la vigilancia fascista, a manifestarse en un lenguaje elusivo, a veces en un lenguaje de Esopo. De ninguna manera sería lícito convertirlo en un precursor de las teorías sobre la estratificación social.

resadas en el avance histórico, creo que ninguno de aquellos extremos se ofrece prácticamente, aunque a veces el ardor de los jóvenes, estimulados para el caso por algunos "viejos", suela burlarse de la obsolescencia de los mayores. Pero es posible que acontezca alguna falla en el eslabón intermedio, en el indispensable sistema de señales para la comunicación, y es probable que ello suceda por no admitir con suficiente plasticidad los rasgos específicos de los jóvenes, ni las variantes históricas que determinan su acercamiento en las luchas sociales. Lenin supo escribir a este respecto: "No pocas veces sucede que los representantes de las generaciones maduras y viejas no saben acercarse como corresponde a la juventud, que, necesariamente, está obligada a aproximarse al socialismo de una manera distinta, no por el mismo camino, ni en la misma forma, ni en las mismas circunstancias en que lo han hecho sus padres."(15) Quiere decir, por lo tanto, que no es prudente dirigirse a los jóvenes suponiendo, aun sin decirlo, que todo tiempo pasado fue mejor, forma simétricamente opuesta a la negación global que ellos esgrimen con impertinencia tan irritativa cuan injusta.

Hay una función de encaje —o de eslabón— entre las antiguas y nuevas promociones que debe ser cumplida obligatoriamente para asegurar la continuidad del movimiento de transformación revolucionaria de la sociedad. Interrumpir esa cadena es tanto como introducir un factor de perturbación que, aunque no retrase el decurso inexorable de la historia, puede retrasarlo sensiblemente, perturbarlo, alejarlo de sus verdaderos cauces y sus reales objetivos. Mucho de ello hay, sin duda, en los empeños (tan sospechosamente celebrados por los órganos reaccionarios) de promover y exaltar el juvenilismo como tendencia de nuestra época.(16)

5.

(**Obligado paréntesis**: Si se tomara al pie de la letra el discurso de Kalinin podría quizás suponerse que él traza una división entre los jóvenes, que son francos y sinceros, y los hombres maduros, en quienes tales cualidades se van amortiguando. Kalinin no ha pretendido, desde luego, trazar una simplificación esquemática que, por ello mismo, sería incapaz de aprehender la realidad en su conjunto; simplemente ha indicado una tendencia típica. En otro discurso de 1934 él mismo pudo decir: "Si uno quiere ser un verdadero comunista, será joven hasta la muerte".(17)

Si se tiene como típicos del estado juvenil aquellos rasgos de desinterés, abnegación, franqueza, arrojo, espíritu de renovación, capacidad para el asombro, voluntad creadora, oposición a la rutina, voluntad de cambio y otros concomitantes, podrá deducirse parejamente que dicho estado juvenil no se agota necesariamente con los años; no otra cosa (pienso) quiso decir Kalinin cuando habló de "ser joven hasta la muerte".

Admitidas como verídicas las diferencias intergeneracionales, no es menos verídico que tales diferencias no pueden concebirse metafísicamente. Hay hombres y mujeres jóvenes, y hay hombres y mujeres que hace muchos más años que son jóvenes. Podrá afirmarse que la prolongación de este rasgo no involucra a la totalidad de la generación madura, y es verdad. Pero dicha prolongación, sin embargo, se manifiesta en sectores muy activos de las generaciones que ya han dejado de ser jóvenes desde el punto de vista cronológico, sectores que por ello mismo no sólo ejercen una función de enlace con el pasado, sino una función prospectiva que abre el futuro para las generaciones más nuevas. Si no bastaran los elementos reales que prueban la función de la lucha de clases como factor del desenvolvimiento social, aquella otra circunstancia de

---

(15) V. I. Lenin, OBRAS COMPLETAS, Edit. Cartago, Buenos Aires, t. XXIII, p. 164: "La Internacional de la juventud".

(16) Véase, por ejemplo, el caso de FACETAS, revista trimestral publicada por la Agencia de Información de los Estados Unidos, que dedica algún número "benevolente" a la rebelión de la juventud.

(17) Kalinin, op. cit., p. 27. Aclara: "Para el verdadero comunista, las preocupaciones de tipo personal revisten un carácter SECUNDARIO."



los jóvenes-con-mucho-más-años de jóvenes serviría para mostrar cuán inanes son tantas reflexiones sociológicas sobre la irreconciliabilidad de las generaciones.

La inteligencia de la historia ha de consistir entonces en facilitar ese ensamblamiento, en hacer que los jóvenes-con-muchos más-años-de jóvenes se conviertan en elemento de atracción y de dirección de los jóvenes-con-menos-años. Cuando ello no ocurre es que algo no funciona bien entre los jóvenes-con-más-años-de-jóvenes. Sería muy desgraciado para un movimiento que se propone cambiar desde sus raíces la estructura de la sociedad capitalista, mirarse de pronto en el espejo de la historia y comprobar que carece de séquito juvenil. Sería como amputar su proyección, como encontrarse de pronto en una inmensa campana neumática donde todos los ecos quedasen abolidos.)

6.

Comprender la peculiaridad de los jóvenes no significa reconocerles una especie de genio espontáneo, una capacidad esencial para resolver con justicia todos los problemas por la sola condición de su poca edad. Lenin —que defendió ardorosamente el derecho a la organización independiente de las uniones juveniles socialistas— sentó un principio fundamental de ética política: **"No debemos adular a la juventud"**. Lenin admitía como natural el "defecto de claridad teórica" en un movimiento "impetuoso, burbujeante, que va en busca de la juventud", pero reclamaba también "la plena libertad de crítica de sus errores entre camaradas"(18). Diríamos que se enuncia aquí, también, un principio básico de pedagogía política, tanto más necesario cuando se abordan las rela-

(18) Lenin, op. cit., t. XXIII, p. 164.

ciones con la **juventud en general.** Buena cosa, sin duda, es comprender a los jóvenes, tratar de situarse en su mundo, revivir honradamente sus inquietudes; mala cosa, en cambio, es adularlos, porque tras la adulación de los jóvenes se esconde frecuentemente su explotación por parte de quienes están impedidos de hablarles en el lenguaje de la verdad. No se trata de hacer una repartija salomónica de virtudes y defectos, sino de encontrar, con honrada franqueza, los medios adecuados para permitir el enlace de los más jóvenes con quienes los precedieron en la búsqueda de soluciones concretas para los males de la sociedad.

Si nos colocamos en este plano, fácil será comprender la irritación de los muchachos cada vez que se les exige aceptar **la experiencia** fundándola en el principio de autoridad. Casi siempre, en efecto, el reclamo a "la experiencia" despide olor a moralina, a naftalina moral. Es como esos afiches, probablemente pegados por DIPA en las paredes de Buenos Aires, que ponen esta respuesta telefónica en boca de una chica: "De acuerdo... pero antes lo consultaré con mis padres"; difícilmente podría encontrarse ninguna muchacha, cualquiera sea su origen social, que no se sintiera profundamente humillada por un consejo tan impertinente. La experiencia oficializada que la educación propone habitualmente a los muchachos se confunde casi siempre con la reverencialidad hacia lo constituido, con una especie de sacralización y de cristalización del status. Por lo tanto, el rechazo de la experiencia concebida en tales términos es, en sí misma, una actitud objetiva en gran medida beneficiosa, aunque la burguesía sea hábil en tantos casos para acomodarse ella misma a la crítica del status, si bien mezquinando, confundiendo o deteriorando los medios indispensables para trastrocarlo radicalmente(19).

Sin embargo, el rechazo de "la experiencia" entendida como el establecimiento de un inamovible código de verdades no podría confundirse con una especie de **a partir de cero** con que se complacen algunas corrientes juveniles contemporáneas, cual si la historia comenzara a construirse a partir de ellas, algo así como si nos moviéramos en un universo sin memoria. El problema de la experiencia, dialécticamente concebida es inseparable de la concepción revolucionaria de la herencia cultural, tal como el marxismo ha podido suscitarla, teórica y prácticamente, en tantas instancias. Vale decir, por consiguiente, que no se trata de una admisión reverencial de la experiencia, sino de un acercamiento crítico a la experiencia que permita recoger todo cuanto conserva de válido en el plano de la transformación revolucionaria. Lo contrario equivale a aniquilar ese mismo movimiento de transformación.

La tendencia actual de las corrientes juveniles de origen pequeñoburgués consiste, precisamente, en dicha negación global del pasado como experiencia activa, y aun en su falsificación sistemática. Un ejemplo concreto de semejante falsificación podríamos encontrarlo (los extremos aparentes se tocan) en el sociólogo norteamericano Seymour Martin Lipset y en el rebelde franco-alemán Daniel Cohn-Bendit. Defendiendo su hipótesis de que los universitarios resultan los grandes agentes del cambio social, Lipset afirma que antes de la revolución de 1917 las universidades de San Petersburgo, Moscú y Kiev, con estudiantes reclutados entre los más altos estratos de la burguesía y de la nobleza, fueron baluarte del movimiento revolucionario; (20) defendiendo su tesis sobre el valor de la espontaneidad y la función fructuosa de las "minorías actuantes", Cohn-Bendit dice que "aunque nadie quiera admitirlo, el partido bolchevique no dirigió la revolución rusa. Fue empujado por las masas. Pudo elaborar su teoría en la marcha, dar ciertos impulsos hacia un lado o hacia otro, pero no desen-

---

(19) Marcuse es buen ejemplo de esto. Indudablemente no podría negarse la veracidad de muchas de sus críticas al sistema capitalista, pero los utopistas premarxistas habían sido aun mucho más agudos y enérgicos en la descripción y condenación del sistema. Hablar de los males del capitalismo es ya tema que no asusta a nadie. Lo que sí molesta —y es lo que no hay en Marcuse y en tantos de sus congéneres— es la organización de esa crítica del sistema que haga posible su destrucción, es decir, la acción revolucionaria organizada del partido de la clase obrera.

(20) Cit. por Imaz, loc. cit., p. 790. Las distorsiones abundan para enmascarar las razones de clase de algunas actitudes. El propio Lipset, por ejemplo, recoge resultados de opiniones psicológicas que pretenderían demostrar que los activistas de izquierda suelen ser vástagos de familias liberales en materia de educación infantil, caracterizadas por una madre enérgica que domina las decisiones, mientras que los activistas conservadores suelen provenir de familias con estrictas relaciones entre padres e hijos, con una madre a cargo del papel dominante... (Cf.: Seymour Martin Lipset, "Los estudiantes activistas: una semblanza", en: FACETAS, núm. cit., pp. 12-13).

cadenó, solo, un movimiento que fue en su mayor parte espontáneo".(21) Para el profesor norteamericano, las luchas heroicas del proletariado y los campesinos rusos antes de 1917 (entre ellas, la revolución derrotada de 1905) quedan borradas de la historia; para el supremo campeón de la ultraizquierda, la larga preparación político-teórica sustentada por el partido bolchevique y sus acciones concretas desde abril hasta octubre de 1917 para conquistar la mayoría en los soviets obreros, quedan igualmente borradas de la historia. Así se comprende la buena prensa que suelen encontrar estos teóricos de la revolución extrema que no quisieran ningún contacto con la burguesía...

"No debemos adular a la juventud", nos enseñó Lenin. Yo diría que los jóvenes deben más bien desconfiar de quienes los lisonjean, como algunos filósofos bien conocidos que son un puntual "barómetro de la moda".

7.

Vuelvo a un tema del comienzo. La juventud no es un todo homogéneo, sin fisuras, sin conflictos, sin contradicciones derivadas de su origen de clase y, en muchos casos, de su participación en el proceso productivo.(22) Es lo que se omite en casi todas las disertaciones sobre el problema juvenil. En todo caso, cuando se acepta la posible existencia de divisiones de clase en la juventud, es únicamente para acentuar la oposición entre obreros adultos, considerados como "aburguesados", y los obreros jóvenes, que serían los "revolucionarios", tal como surge de este párrafo de Cohn-Bendit: "El obrero padre de familia no tiene deseos de batirse cuando ve que la CGT frena, que los demás no se mueven. Pero los jóvenes obreros no tienen nada que perder: están desocupados, no tienen familia ni que pagar cuotas de la heladera".(23)

Pero cuando se diserta sobre la juventud, en realidad se está pensando (aunque no siempre se lo confiese en alta voz) sobre los datos y las reacciones proporcionadas por la juventud estudiantil. Imaz hace a este respecto la observación curiosa, doblemente interesante por provenir de fuente tan insospechada, de que la sociedad tolera en los estudiantes actividades y reacciones que "no serían admitidas en un coetáneo suyo, es decir en una persona de la misma edad no universitario".(24) Sin que ello importe el menor asomo de disminuir la lucha estudiantil (tan heroica en muchos aspectos, y tan significativa), es indudable que la reflexión de Imaz apunta a un hecho verificable en la experiencia práctica.

De este hecho se procuran desprender consecuencias que, en nombre de una nueva "vanguardia revolucionaria" (o de una pluralidad de "vanguardias", para ser más precisos), implican presentar bajo otras luchas la antigua teoría de la lucha de generaciones; sólo que, en vez de la pacatería conservadora y casi biológica de la concepción de Ortega y Gasset, se ofrece ahora un cóctel de marxismo, existencialismo, anarquismo y psicoanálisis. El objetivo es único: denigrar a los partidos comunistas u oscurecer su acción.(25) En virtud de tales

---

(21) Daniel Cohn-Bendit, "Diálogo entre Jean Paul Sartre y Daniel Cohn-Bendit", en: LA IMAGINACION AL PODER, Ediciones Insurrexit, Buenos Aires, 1969, p. 47. Es curioso que Cohn-Bendit, desde la "extrema izquierda", coincida con la imputación que, en igual sentido, los socialdemócratas de derecha siempre hicieron a los bolcheviques.

(22) En el número especial sobre "La juventud argentina" publicado por la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA, ya citado (noviembre-diciembre de 1968), sólo Sergio Bagú alcanza a mostrar que "la juventud en su totalidad no es un grupo social en el sentido sociológico" aludiendo a las diferentes clases sociales que en ella pueden manifestarse; también Noé Jitrik hace algunas referencias a esta división de clases al considerar el tema de la literatura. Los demás prefieren mantenerse en el limbo de la juventud generalizada.

(23) Daniel Cohn-Bendit, reportaje en LE NOUVEL OBSERVATEUR, París, 8 de mayo de 1968. Puede encontrarse un antepasado de esta frase, nada original, en la exaltación del lumpenproletariado por Bakunin. "Es en él, y solamente en él, y no en la capa aburguesada de la clase obrera, donde residen el espíritu y la fuerza de la futura revolución".

(24) Imaz, loc. cit., p. 788.

(25) Cf., por ejemplo, el libro de Carlos Bañales y Enrique Jara, "La rebelión estudiantil", Edit. Arca, Montevideo, 1968. En su estudio sobre la actividad y la lucha de los estudiantes, poco o nada se dice de la acción de los estudiantes comunistas, como no sea para reproducir los ataques que contra ellos llevan otros grupos. Sin embargo, los tres estudiantes muertos en los hechos de 1968 pertenecían a la Juventud Comunista del Uruguay; el libro menciona a uno de ellos, Líber Arce, como "ideológicamente definido" (p. 63), y nada más.

presupuestos la lucha de los estudiantes aparece como una "elección" existencial; tal, por ejemplo, cuando se asegura que las luchas estudiantiles representan un "momento revolucionario mayor donde el hombre ya no se define por su herencia, sino por su posibilidad de hacerse a sí mismo sobre la base de su sola decisión para decidir su destino".(26)

Semejante galimatías tiene, no obstante, su miga. Si se desgaja la rebelión estudiantil del contexto de las nuevas circunstancias materiales simultáneamente creadas por el paso del capitalismo al socialismo y por la revolución científico-técnica, entonces podrá confundírsela con la asunción simbólica del complejo de culpa. "El encanto de ciertos compromisos políticos —escriben Bourdieu y Passeron, en su libro famoso, refiriéndose a los jóvenes intelectuales— reside frecuentemente, por una parte, en que permiten consumar simbólicamente la ruptura con el medio familiar bajo una forma a la vez menos costosa y menos escandalosa." (27) Es posible que algo de ello pueda ocultarse bajo el frenesí espectacular de las frases grandilocuentes. Pero, en definitiva, se concreta aquí uno de los problemas esenciales en el balance de la rebelión de la juventud estudiantil, porque si el paso al cuestionamiento de la sociedad burguesa representa una positividad aprovechable, ello no significa que semejante rebelión haya roto con los modos y las formas del pensamiento burgués. Analizando los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia (que toda la prensa burguesa o "de izquierda" asumió como "modelo" de una protesta que eludía los cánones de las "vanguardias ortodoxas") pudo decir Waldeck Rochet: "Estamos con la masa de jóvenes estudiantes porque sabemos que se trata de una juventud que quiere comprometerse, de una juventud que revela un auténtico potencial democrático. Al mismo tiempo, esta juventud estudiantil, que proviene de un medio burgués o de un medio pequeño burgués, no se alinea de entrada en las posiciones de la clase obrera. Inclusive cuando rechaza las estructuras universitarias reaccionarias y la enseñanza de clase que recibe por lo común, cede fácilmente a la tentación del oportunismo, especialmente en su variante izquierdista"(28). La ideología asume, por consiguiente, un papel de primer orden: en ella se retratan fielmente las divisiones de clase que también existen en la juventud.

Si se examinaran muchos de los elementos ideológicos surgidos en la crisis francesa de mayo de 1968 veríamos puntualmente anotados, uno por uno, los mismos o parecidos lemas que entre nosotros agitan algunos grupos de izquierda no obstante su alarde "nacional y popular". Su característica más generalizada fue el desprecio por la organización, la exaltación de las minorías activas, el desdén por las mayorías y por la opinión pública, el rechazo de cualquier programa positivo, la trasposición caricaturesca de la dialéctica hegeliana del Amo y el Esclavo al definir la relación maestro-alumno como "prototipo de la relación autoritaria",(29) etc. Cuando uno de sus líderes exclama: **"La opinión pública en general es para mí una noción vaciada de sentido.** La noción de mayoría es también una noción que me interesa muy poco"; (30) cuando otro de los líderes afirma: "La fuerza de nuestro movimiento reside precisamente en que se apoya en una espontaneidad «incontrolable», que da el impulso sin pretender canalizar o sacar provecho de la acción que ha desencadenado. ... Para eso, es preciso evitar la creación inmediata de una organización o definir un programa que serían inevitablemente paralizantes"; (31) cuando un periódico-tipo teoriza: "Nada de objetivos precisos: siempre dan pretexto para las retóricas del compromiso y las concesiones, para las desmovilizaciones conciliadoras. Esta vez

---

(26) LE POINT, París, 11 de mayo de 1968.

(27) P. Bourdieu y J.-Cl. Passeron, LES HERITIERS, Edit. du Minuit, París, 1964, p. 74.

(28) Waldeck Rochet, LES ENSEIGNEMENTS DE MAI-JUIN 1968, Edit. Sociales, París, 1968, pp. 14-15.

(29) El absurdo de estos planteos llega hasta la negación de la escolaridad obligatoria. B. Herszberg, uno de los líderes del profesorado superior, escribió: "La escolaridad obligatoria hasta los dieciséis años está llamada seguramente a reemplazar al servicio militar obligatorio para hacer entrar a la mayoría de la población en el mundo social diseñado por la clase dominante". (Cit. por Aimé Guedj, "La crise de mai à la Faculté des lettres de Besançon", en: LA PENSEE, París, núm. 140-141, agosto-octubre de 1968, p. 9). De aquí a pregonar la inconveniencia de la cultura no media más que un paso...

(30) Geismar, cit. por Prévost, LES ETUDIANTS ET LE GAUCHISME, p. 45.

(31) Cohn-Bendit, en: LA IMAGINACION AL PODER, p. 48.

rechazamos y recusamos, para estar seguros de no tener nada que recibir, y para evitar, pues, todo elemento susceptible de ahogar el movimiento de revolución y de transformación radical de la sociedad",(32) o cuando en las paredes del Quartier Latin se estampa esta frase de Nietzsche: "Es necesario llevar en sí mismo un caos para poner en el mundo una estrella danzante", ¿no estaremos acaso escuchando, sí que con mayor eficacia literaria, los temas que también suelen manifestarse en nuestro medio? Esos temas, no obstante su estridencia, no superan el nivel medio del pensamiento burgués que se da ínfulas de avanzado: hace más de un siglo Marx y Engels le ajustaron las cuentas en **La Sagrada Familia.**

Tales temas, sin embargo, no encuentran una manifestación tan ancha entre la juventud obrera y, menos aún, entre los obreros adultos; los acontecimientos de Francia, donde después de tanta tinta y tanto insulto derramados el Partido Comunista surge como la única fuerza organizada y poderosa de la izquierda, lo prueba definitivamente. Pero esto, ya lo sé, sirve de poco ante los ideólogos empecinados. Ellos seguirán argumentando sobre el aburguesamiento de los obreros que sueñan con pagar la cuota de la heladera.

8.

No adular a la juventud, no dejar de definir los caminos erróneos por donde quieren conducirla. Pero celebrar su empeño y su fervor. Y comprender las razones fundamentales de su inquietud dentro de un mundo que se transforma. Comprender igualmente que esta juventud no es un todo único, a pesar de ciertos rasgos comunes que universalizan su rechazo en este tiempo preciso, y que ello determinará, más tarde o más temprano, respuestas desparejas frente a interrogantes en apariencia iguales. Hace falta una gran permeabilidad para comprender las razones de los jóvenes, para no irritarse frente a algunos desafueros, para aprehender el sentido más íntimo y legítimo de tantos de sus gestos y conductas a primera vista desconcertantes. Pero hace falta también una gran firmeza para no ceder ante su oportunismo radicalizante y para tratar, en cambio, de encauzarlo hacia las legítimas soluciones revolucionarias. Si ambas actitudes no se mantienen simultáneamente se corre el riesgo de un diálogo entre sordos.

(32) **LE POINT**, núm. cit.



EN EL CENTENARIO DE VLADIMIR ILICH LENIN

CON MOTIVO DE DOS CARTAS(*)

En este número de **Proletari** publicamos, en primer lugar, la carta de un obrero otsovista aparecida en el número 5 de **Rabócheie Znamia,** con una nota en la que la Redacción hace constar que no comparte sus opiniones y considera la carta como un artículo de discusión; en segundo lugar, una carta del obrero petersburgués Mijaíl Tomski, que acabamos de recibir en nuestro periódico. Reproducimos íntegramente ambas cartas. Sabemos muy bien que puede haber críticos malignos, capaces de entresacar pasajes o frases sueltas de una u otra misiva, interpretarlas torcidamente y hacer deducciones ajenas a los propósitos de sus autores, quienes las han escrito a toda prisa, en las más desfavorables condiciones impuestas por la conspiración. Mas no merece la pena prestar atención a esos críticos. Cuantos se interesen en serio por el estado del movimiento obrero y la situación de la socialdemocracia en Rusia en los momentos actuales, coincidirán, sin duda, con nosotros, en que ambas cartas son muy características cuando se trata de definir **dos corrientes** existentes entre nuestros obreros conscientes. Estas corrientes se manifiestan a cada paso en la vida de todas las organizaciones socialdemócratas de Petersburgo y Moscú. Y como la tercera corriente, la del menchevismo —que entierra al par-

---

* Interesa destacar que este trabajo fue escrito en 1908.

tido franca y abiertamente o en secreto y con tapujos—, casi no está representada en el seno de las organizaciones locales, podemos afirmar que el choque de las dos tendencias citadas constituye la **cuestión candente** de nuestro partido. De ahí que sea preciso analizar las "dos cartas" con todo detalle.

Ambos autores reconocen que nuestro partido atraviesa por una crisis no sólo orgánica, sino también ideológica y política. Sería absurdo ocultar este hecho. Lo que hay que hacer es comprender claramente sus causas y los medios con que se puede luchar contra él.

Empezaremos por el petersburgués. De toda su carta se desprende con claridad que las causas de la crisis son, a su parecer, de dos tipos. Por un lado, la falta de dirigentes socialdemócratas surgidos de entre los propios obreros ha hecho que la deserción casi general de los intelectuales del partido haya llevado implícitos en muchos sitios el desmoronamiento de la organización, la incapacidad para regrupar y cohesionar las filas, clareadas por las duras persecuciones, la apatía y el cansancio de las masas. Por otro lado, la propaganda y la agitación de nuestro partido han girado con enorme exageración, a juicio del autor, en torno al "momento presente", es decir, se han concentrado en los problemas de la táctica revolucionaria actual y no en predicar el socialismo, en ahondar la conciencia socialdemócrata del proletariado. "Los obreros se hicieron revolucionarios, demócratas, pero no socialistas" y al decrecer la ola del movimiento democrático general, es decir, democráticoburgués, abandonaron en grandísimo número las filas del Partido Socialdemócrata. El petersburgués liga esta opinión a una crítica violenta de la "invención" "sin fundamento" de las consignas y a la reclamación de que la labor de propaganda sea más seria.

Consideramos que, al combatir un extremo, el autor cae a veces en otro; pero, en general, sustenta, sin ningún género de dudas, un punto de vista absolutamente justo. No se puede decir que haya sido una "falta" "hacer campañas enteras" en torno a los problemas del momento. Eso es una exageración. Eso significa olvidar, desde el punto de vista de las condiciones actuales, las condiciones de ayer, y el autor, en esencia, se corrige a sí mismo, reconociendo que "el momento de las acciones directas del proletariado es, naturalmente, una cuestión excepcional". Tomemos dos de esas acciones, lo más distintas posibles y separadas por el mayor lapso: el boicot a la Duma de Bulyguin en el otoño de 1905 y las elecciones a la II Duma a comienzos de 1907. ¿Es que podía un partido proletario, por poco vivo y vital que fuese, dejar de concentrar en ese momento la atención y la agitación principales en las consignas del día? ¿Podía el Partido Socialdemócrata, que llevaba tras de sí en esos dos momentos a la masa del proletariado, no concentrar la lucha interna en las consignas que determinaban la conducta inmediata de las masas? ¿Ir a la Duma de Bulyguin o torpedearla?, ¿participar en las elecciones a la II Duma en bloque con los demócratas-constitucionalistas o contra ellos? Basta formular con claridad la pregunta y recordar las condiciones de ese pasado reciente para no vacilar en la respuesta. La encarnizada lucha por una u otra consigna no se debía entonces a una "falta" del partido; no, se debía a la necesidad objetiva de adoptar una decisión rápida y única cuando no existía un partido cohesionado, cuando había dos tácticas, dos corrientes ideológicas en el partido: la oportunista pequeñoburguesa y la revolucionaria proletaria.

De la misma manera, no se debe presentar las cosas como si en aque-

llos tiempos no se hubiese hecho todo lo necesario para propagar el socialismo, para dar á conocer el marxismo a las masas. Eso sería faltar a la verdad. Precisamente en aquel período, de 1905 a 1907, se difundió en Rusia enorme cantidad de literatura socialdemócrata seria, teórica —sobre todo traducida—, que todavía dará fruto. No seamos incrédulos, no impongamos a las masas nuestra propia impaciencia. No se digieren en el acto semejantes cantidades de literatura teórica, lanzadas en tan breve plazo entre las masas vírgenes, desconocedoras casi en absoluto de los folletos socialistas. El folleto socialdemócrata no se ha perdido. Ha sido sembrado. Crece. Y dará sus frutos, quizás no mañana ni pasado mañana, sino algo más tarde —no podemos modificar las condiciones objetivas del desarrollo de la nueva crisis—, pero dará sus frutos.

Sin embargo, la idea fundamental del autor contiene una profunda verdad. Esa verdad consiste en que, en la revolución democráticoburguesa, es inevitable cierto entrelazamiento de tendencias y elementos socialistas proletarios y democráticos pequeñoburgueses (y democráticos oportunistas y democráticos revolucionarios). La primera campaña de la revolución burguesa en un país "campesino" que se desarrolla por la senda del capitalismo no podía producirse sin que se dejara sentir la unión objetiva de ciertos sectores proletarios con ciertos sectores pequeñoburgueses. Y vivimos ahora un proceso de indispensable diferenciación, de deslindamiento, de nueva separación de los elementos verdaderamente socialistas proletarios, de depuración de esos elementos de los "adheridos al movimiento" (Mitläufer se dice en alemán), en aras únicamente de una consigna "brillante", de un lado, o de la lucha común con los demócratas-constitucionalistas por una "Duma soberana", de otro.

Esta diferenciación se efectúa en grado distinto en ambas fracciones socialdemócratas. ¡Porque es un hecho que han clareado las filas tanto de los mencheviques como de los bolcheviques! No temamos reconocerlo. Naturalmente, no ofrece la menor duda que el ala izquierda del partido ha rehuido el desmoronamiento y la desmoralización que se observan en las filas del ala derecha. Eso no es casual: la falta de firmeza en los principios tenía que contribuir al desmoronamiento. Los acontecimientos demostrarán definitivamente en la práctica dónde y cómo se ha mantenido la mayor cohesión orgánica, la fidelidad proletaria, la firmeza marxista. Semejantes discusiones las decide la vida y no las palabras, las promesas o los juramentos. La dispersión y las vacilaciones son un hecho, y ese hecho precisa ser explicado. Y la explicación no puede ser otra que la necesidad de una nueva diferenciación.

Ilustraremos nuestro pensamiento con unos pequeños ejemplos: la composición de la "población penal" (como dicen los curiales), es decir, de quienes se encuentran en la cárcel, el destierro, los trabajos forzados y la emigración por motivos políticos, refleja con exactitud la realidad del día de ayer. ¿Puede dudarse de que la composición de los "políticos" que pueblan lugares tan alejados y no tan alejados se distingue hoy por el enorme abigarramiento de opiniones y tendencias políticas, por la confusión y la falta de diferenciación política? La revolución elevó a la vida política a capas tan profundas del pueblo e hizo surgir a la superficie en todas partes a tantas gentes casuales, a tantos "caballeros de una hora", a tantos neófitos, que es absolutamente inevitable que muchos, muchísimos de ellos carezcan de toda concepción íntegra. Esa concepción no puede elaborarse en unos cuantos meses de fiebre, y es probable que la "duración media de la vida" de la mayoría de los revolucionarios del primer período de nuestra revolución no pase

de unos cuantos meses. Por eso es inevitable a todas luces una nueva diferenciación entre las nuevas capas, los nuevos grupos y los nuevos revolucionarios agitados por la revolución. Y esa diferenciación se está efectuando. Por ejemplo, los funerales del Partido Socialdemócrata que celebran toda una serie de mencheviques significan, en el fondo, que estos respetables caballeros se enticrran a sí mismos como socialdemócratas. Nosotros no debemos temer en ningún caso esa diferenciación. Debemos aplaudirla, debemos ayudarla. Que gimoteen cuanto quieran las gentes blandengues, que aquí y allá gritarán: ¡otra vez la lucha!, ¡otra vez las fricciones internas!, ¡otra vez la polémica! Les respondemos: sin luchar una y otra vez, jamás se ha formado en ningún sitio una socialdemocracia verdaderamente proletaria, revolucionaria. Y en Rusia se está formando incluso en los difíciles momentos actuales y se formará. De ello son garantía todo el desarrollo capitalista en Rusia, la influencia que ejerce sobre nosotros el socialismo internacional y la tendencia revolucionaria de la primera campaña de 1905-1907.

En aras de esa nueva diferenciación es imprescindible una intensa labor teórica. El "momento actual" en Rusia es tal que la labor teórica del marxismo, su profundización y ampliación no están dictadas por el capricho de unas u otras personas, por la pasión de grupos aislados, ni siquiera exclusivamente por las condiciones policíacas externas, que han condenado a muchos a apartarse de la "práctica": están dictadas por todo el estado de cosas objetivo existente en el país. Cuando las masas digieren la nueva y riquísima experiencia de la lucha revolucionaria directa, la lucha teórica por la concepción revolucionaria del mundo, es decir, por el marxismo revolucionario, se convierte en la consigna del día. Por eso, el petersburgués tiene mil veces razón cuando destaca la necesidad de hacer más profunda la propaganda socialista, de estudiar nuevos problemas, de fomentar y desarrollar por todos los medios los círculos que forjan de los propios obreros verdaderos socialdemócratas, dirigentes socialdemócratas de las masas. En este terreno, el papel de las células del partido —cuyo solo recuerdo provoca convulsiones epilépticas en Dan y Cía.— es particularmente grande, y los "revolucionarios profesionales", tan odiados por los oportunistas intelectuales, están llamados a desempeñar un nuevo y noble papel.



Pero Mijaíl Tomski, a pesar de defender una idea absolutamente justa, cae también aquí, en parte, en el extremo opuesto. Por ejemplo, no tiene razón al excluir de la lista de "problemas serios" el análisis de la experiencia de tres años de revolución, las enseñanzas prácticas de la lucha directa de las masas, el balance de la agitación política revolucionaria, etc. Lo más probable es que en este caso nos encontremos ante una simple laguna en la exposición del autor o ante equivocaciones parciales, debidas a las condiciones impuestas por el apresuramiento en el trabajo. Ese análisis y ese

balance ante los más amplios círculos de obreros es mucho más importante que el problema de los "tribunales locales", de la "administración autónoma local" y demás "reformas" en la Rusia de Stolypin, de las que tanto les gusta charlatanear a los burócratas y los liberales. Con una Duma ultrarreaccionaria y una autocracia ultrarreaccionaria, esas "reformas" están condenadas inexorablemente a ser una comedia.

En cambio, tiene completa razón Mijaíl Tomski cuando se subleva enérgicamente contra la "invención de consignas" en general y contra consignas como las de "¡Abajo la Duma!" o "¡Abajo la minoría!" en particular. Tiene mil veces razón al oponer a este "desconcierto" un firme trabajo socialdemócrata de organización, propaganda y agitación para fortalecer el Partido Socialdemócrata, para afianzar sus tradiciones, odiadas por los oportunistas, para apoyar la continuidad en el trabajo, para extender y consolidar la influencia de **este** partido, del **anterior** partido (¡indígnense, redactores de Golos ["La voz"] de los oportunistas!) sobre las masas proletarias.

Pasemos ahora a la carta del moscovita y a la crítica de su punto central, es decir, del famoso "otsovismo". En **Proletari** nos hemos manifestado ya repetidas veces contra el otsovismo, desde el momento en que la minoría bolchevique en la Conferencia de Moscú presentó su conocida moción acerca de este problema. (Véase el n. 31 de **Proletari.**) Ahora tenemos ante nosotros, también en nombre de la menor parte de los bolcheviques moscovitas, la primera experiencia de fundamentación sistemática del otsovismo. Analicemos, pues, esta fundamentación.

El camarada otsovista parte de la premisa justa de que las tareas objetivas de la revolución democráticoburguesa en Rusia no han sido resueltas, de que "la revolución no ha sido liquidada". Mas de esta premisa justa saca conclusiones falsas. "¿A qué debe adaptarse nuestro partido —pregunta—: a los años de estancamiento o a un nuevo auge social?" Aquí empieza ya el error. Del hecho de que la revolución no haya sido liquidada se desprende la ineluctabilidad de un nuevo auge democrático-burgués, y nada más. De eso no se deduce que dicho auge haya de repetir **íntegramente** el viejo agrupamiento de elementos de la democracia burguesa (para el reagrupamiento puede necesitarse un plazo más prolongado que el que desearíamos nuestro contradictor y yo), ni tampoco que sea imposible "un auge social" (debería haberse dicho un auge revolucionario) después, por ejemplo, de un año de estancamiento. Hemos vivido no menos de un año de estancamiento, hoy seguimos viviendo ese estancamiento. El propio camarada otsovista reconoce que "es difícil e incluso imposible determinar cuál **será** el motivo externo que **ponga en movimiento**... a las masas". Más aún. Al invitar al partido a "adaptar nuestra táctica y nuestra organización precisamente a ella (a la revolución, es decir, al auge revolucionario) y no al putrefacto minuto político que vivimos", el propio autor propone reestructurar la organización con arreglo al putrefacto momento, a las feroces represiones policíacas, a la imposibilidad de que los comités tengan contacto directo e inmediato con las masas obreras. No cabe duda que el autor no habría propuesto en condiciones de auge semejante plan de organización, no lo habría colocado en primer plano. Eso significa que, **de hecho**, él mismo refuta su planteamiento a la cuestión y con su **práctica** introduce modificaciones en su **teoría**. Ello se debe a que no ha expuesto correctamente la premisa teórica. De la ineluctabilidad de un nuevo auge se desprende la necesidad de conservar el viejo programa y las viejas consignas revolucionarias de todo nuestro trabajo entre las masas, la necesidad de preparar sistemáticamente al partido y a las masas para nuevas ba-

tallas revolucionarias. Mas de eso no se desprende si ha llegado ya o no el auge, si es necesario "adaptarse" a su iniciación o a su apogeo. Tanto en 1897 como en 1901 y a comienzos de 1905 era absolutamente justa la tesis relativa a la inevitabilidad de un nuevo ascenso revolucionario (después de los débiles auges registrados a comienzos de los años 60 y a finales de la década del 70), pero en esos tres momentos, los socialdemócratas revolucionarios supieron adaptar su táctica a las distintas condiciones del crecimiento de la crisis. En 1897 rechazamos el "plan" de huelga general como una frase y tuvimos razón. En 1901 no planteamos en la orden del día la consigna de la insurrección. Después del 9 de enero de 1905, esta consigna y la huelga de masas fueron planteadas justamente en el orden del día por la socialdemocracia revolucionaria. No creemos por eso, en modo alguno, que el nuevo auge haya de ser obligatoriamente (o incluso "probablemente") tan lento. Por el contrario, todos los datos y toda la experiencia de las revoluciones en Europa hacen esperar un ritmo incomparablemente más rápido que en 1897-1905. Pero sigue siendo un hecho que, en los distintos **momentos** del auge, los socialdemócratas revolucionarios plantearon **siempre** en primer plano distintas consignas del día. El error del camarada otsovista consiste en que olvida esta experiencia de la socialdemocracia revolucionaria.

Más adelante, al pasar a hablar de nuestra minoría en la Duma, el camarada otsovista empieza con la siguiente premisa: "La minoría en la Duma es la culminación natural del partido, su representante diplomático, por así decirlo". Eso es inexacto. El autor exagera la significación y el papel de la minoría parlamentaria. El autor ensalza infinitamente ese papel al estilo menchevique. ¡No en vano, por lo visto, se dice que los extremos se tocan! De la opinión de que la minoría parlamentaria es la "culminación" del partido, los mencheviques deducen la necesidad de adaptar el partido a la minoría. De la opinión de que la minoría parlamentaria es la "culminación" del partido, los otsovistas deducen que tan mala "culminación" es funesta para él. La premisa es errónea en unos y en otros. Jamás, en ningunas condiciones, incluso en la república democrática burguesa más "ideal", accederá la socialdemocracia revolucionaria a considerar a su minoría parlamentaria ni la "culminación natural" del partido ni su "representante diplomático". Semejante opinión es profundamente errónea. Nosotros no enviamos a los diputados a las instituciones representativas burguesas y burguesas-ultrarreaccionarias para que se dediquen a la diplomacia, sino para que realicen una especial labor auxiliar del partido, para que hagan agitación y propaganda desde una tribuna especial. Incluso existiendo un sistema electoral democrático "ideal", la minoría parlamentaria del partido obrero mostrará siempre ciertas huellas de la influencia del ambiente burgués general de las elecciones, por ejemplo, será siempre más "intelectual" que el partido en su conjunto, por lo que jamás la reconocemos como la "culminación" del partido. La



minoría no es el Estado Mayor general (si se nos permite utilizar, al lado de la comparación "diplomática" del autor, una comparación "militar"), sino más bien un destacamento de trompetas, en unos casos, y de exploradores, en otros, o una de las organizaciones de cierta "arma" auxiliar.

El camarada otsovista ha transformado la minoría, de **organización auxiliar del partido**, en "culminación" del mismo para, **exagerando** su importancia, dar un carácter completamente erróneo a la actividad de nuestro destacamento en la Duma burguesa-ultrarreaccionaria.

Mas es posible que el autor no insista en esta "culminación". En otro lugar de su artículo, él mismo dice con acierto: "Uno de los motivos principales que impulsaron al partido a intervenir en las elecciones fue la confianza en el papel que desempeña la tribuna de la Duma en la propaganda y la agitación". Esto es justo, y la objeción del autor contra esa tesis justa muestra con particular evidencia su falta de razón: "Sin embargo —escribe—, la realidad prueba que la agitación, en la III Duma queda reducida a la nada, primero, como consecuencia de la composición del propio grupo, y segundo, como consecuencia de la completa indiferencia de las masas por cuanto ocurre entre las paredes del Palacio de Táurida".

Empecemos por el final el análisis de esta tesis, extraordinariamente abundante en errores. La agitación queda reducida a la nada **como consecuencia** de la completa indiferencia de las masas por cuanto ocurre en la Duma. ¿Qué es eso? ¿Cómo es eso? ¡Según esa lógica monstruosa, resulta que debemos "retirar" no a la minoría, sino a las "masas" a causa de su "indiferencia"! Porque en la Duma se sigue, como todos sabemos, la política de la autocracia, la política de apoyo al zarismo por el terrateniente ultrarreaccionario y el gran capitalista-octubrista, la política de servilismo del elocuente demócrata-constitucionalista liberal ante el zarismo. ¡Permanecer indiferente ante "cuanto ocurre entre las paredes del Palacio de Táurida" significa permanecer indiferentes ante la autocracia, ante toda la política interior y exterior de la autocracia! El autor vuelve a razonar en el espíritu del menchevismo al revés. "Si las masas son indiferentes, los socialdemócratas deben ser también indiferentes". Pero nosotros somos un partido que **conduce** a las masas al **socialismo**, y en modo alguno un partido que vaya a remolque de todo abatimiento o cambio en el espíritu de las masas. Todos los partidos socialdemócratas han conocido en ocasiones la apatía de las masas o su apasionamiento por alguna equivocación, por alguna moda (el chovinismo, el antisemitismo, el anarquismo, el boulangerismo, etc.), pero los revolucionarios socialdemócratas firmes jamás se dejan arrastrar por cualquier cambio en el espíritu de las masas. Se puede y se debe criticar la mala política de los socialdemócratas en la III Duma cuando hacen allí una mala política, pero decir que la agitación se reduce a la nada **como consecuencia** de la completa indiferencia de las masas es no razonar a lo socialdemócrata.

¿O es que "la completa indiferencia de las masas" no significa indiferencia ante la política del zarismo en general? Es decir, ¿es que las masas, indiferentes ante cuanto ocurre entre las paredes de la Duma, son **no indiferentes**, por ejemplo, cuando se discuten problemas como las manifestaciones callejeras, las nuevas huelgas, la insurrección, la vida interna de los partidos revolucionarios en general y del Partido Socialdemócrata en particular? ¡La desgracia del autor consiste en que, por lo visto, piensa precisamente así, pero se ve **obligado** a no decir con claridad semejante disparate! Si él pudiese, en efecto, decir y demostrar que las masas no sienten en

el momento actual la menor indiferencia por la política en general, sino, al contrario, un interés mucho más vivo por las formas más activas de la política, entonces la cuestión se plantearía, como es natural, de otra manera. Si en lugar de un año de calma, de depresión y de desmoronamiento de todas las organizaciones socialdemócratas y obreras hubiésemos vivido un año de evidente interés de las masas precisamente por las formas revolucionarias directas de lucha, habríamos sido los primeros en reconocer nuestra equivocación. Porque defender en general y siempre la participación en cualquier institución representativa, sin tener en cuenta las condiciones del momento revolucionario, sólo pueden hacerlo los "cretinos parlamentarios" del menchevismo, que cierran hipócritamente los ojos ante la experiencia de la actividad de Marx, Lasalle y Liebknecht en períodos revolucionarios. Los marxistas tienen el deber de plantear de **modo concreto**, y no abstracto, el problema de la participación en la III Duma o de su boicot, lo mismo que cualquier problema político, teniendo en cuenta **toda** la situación revolucionaria en su conjunto y no sólo la reflexioncita, pobretona hasta la indigencia, de que "puesto que existe representación, hay que representar". El vivo interés de las masas por la política implicaría la existencia de condiciones objetivas de una crisis creciente, es decir, significaría que nos hallábamos ya ante determinado auge y si ese auge tuviese cierta fuerza, el espíritu de las masas se manifestaría ineluctablemente en la **acción masiva.**

En relación con este último problema, el camarada otsovista hace la siguiente confesión: "cualquier cambio de su actividad (de la minoría parlamentaria) está estrechamente unido al cambio de régimen, sobre el que hoy no estamos en condiciones de influir"... ¿Por qué considera el camarada otsovista que no estamos en condiciones, no



sólo de cambiar ahora el régimen, sino ni siquiera de **influir** sobre él? Evidentemente porque, como socialdemócrata, tiene sólo en cuenta la acción de las masas proletarias y considera hoy imposible esa acción y superfluo cuanto se hable de ella. Pero vean ustedes cómo "descarga la culpa en cabeza ajena", es decir, cómo vuelve contra nosotros el argumento que habla contra el otsovismo:

"**Romped** —dice el camarada otsovista— las barreras policíacas que separan a los diputados de las masas, obligad a la minoría parlamentaria a intervenir con mayor violencia y brillantez, en una palabra, fundid orgánicamente su labor con la vida del proletariado, y es posible que los obreros reconozcan entonces en ella aspectos positivos; pero como cualquier cambio de su actividad está estrechamente unido al cambio de régimen, sobre el que hoy no estamos en condiciones de influir, ¡habrá que abandonar todo sueño de ampliar y profundizar la labor de la minoría"!...

Sí la ampliación y profundización de la labor de la minoría está condicionada por "la ruptura de las barreras policíacas", ¿por qué se dice en la

conclusión: "abandonad los sueños de mejorar la minoría" y no abandonad los sueños de romper las barreras policíacas? El autor es ilógico a todas luces, y hay que rectificar su razonamiento como sigue: es necesaria una infatigable labor para mejorar toda la actividad del partido y todos sus vínculos con las masas, lo que dará como resultado inevitable la ruptura de las barreras policíacas, en general, y el reforzamiento de la relación del partido con la minoría, de la influencia del primero sobre la segunda, en particular. El autor parece exigirnos que seamos **nosotros**, los **antiotsovistas**, quienes "rompamos las barreras policíacas", y entonces quizás acceda a abandonar el otsovismo. Mas ¿no está claro que, de ese modo, plantea patas arriba la verdadera ligazón e interdependencia de los fenómenos políticos? Es posible —diremos nosotros— que usted tuviese razón, camarada otsovista, si la masa pudiese "ahora" no sólo "influir sobre el régimen" (toda manifestación política afortunada influye sobre el régimen), sino romper las barreras; dicho de otro modo, si la masa pudiese romper **ahora** las "barreras" de la III Duma, sería inútil, posiblemente, para la socialdemocracia revolucionaria enviar un destacamento suyo a esa Duma. Es posible. Pero usted mismo dice que eso no existe; usted mismo está de acuerdo con que, en las circunstancias actuales, es necesaria aún una seria y tenaz labor preparatoria para transformar esa posibilidad en realidad.

Habla usted de la "composición de la minoría". Si se propusiese la retirada para **cambiar** esa composición, semejante argumento merecería ser examinado desde el punto de vista del posible mejoramiento de la minoría durante unas nuevas elecciones después de que nuestros diputados renunciasen a sus actas. Pero no es ése, ni mucho menos, el pensamiento del autor. No sólo quiere retirar nuestra minoría de la Duma, sino destruir en general toda representación socialdemócrata en la III Duma, declarando que es un error participar en ella. Y desde este punto de vista, justificar el otsovismo invocando la "composición de la minoría" es una manifestación de pusilanimidad e incredulidad, inadmisible de todo punto en un socialdemócrata. Nuestro partido ha conseguido obligar a los ultrarreaccionarios a elegir entre los compromisarios obreros a nuestros candidatos, a los socialdemócratas. ¿Es que debemos considerar imposible que estos obreros del partido sepan exponer su socialismo con sencillez y claridad desde la tribuna de la Duma? ¿Es que debemos rendirnos, después de unos cuantos meses de lucha contra las "personas competentes" burguesas? (Véase en la carta sobre la minoría, que publicamos en el presente número, la magnífica descripción del daño que hacen esas personas). ¿Es que debemos reconocer que nuestro partido es incapaz, en el período de calma y estancamiento transitorios, de encontrar obreros socialdemócratas que sepan exponer públicamente su socialismo? Eso no es política, sino nerviosismo. Naturalmente, nuestra propia minoría en la Duma es la mayor culpable de haber dado lugar con sus serios errores, y sólo con ellos, a que el descontento que suscita haya llegado al otsovismo. Pero no permitiremos que un descontento legítimo nos arrastre a una política equivocada. No. Debemos trabajar y trabajaremos con tenacidad y perseverancia para acercar el partido a la minoría, para mejorar la minoría. No olvidaremos que la experiencia de la socialdemocracia internacional ofrece ejemplos de lucha de la minoría parlamentaria contra el partido mucho más prolongada y aguda que la conocida por nosotros durante la III Duma. Recordad a los alemanes. Cuando se promulgó la ley de excepción, las cosas llegaron al extremo de que la minoría parlamentaria dio una serie de pasos claramente oportunistas y opuestos al

partido. (Votación de los subsidios a las compañías navieras, etc.). El Partido tenía su órgano central semanal en el extranjero y lo enviaba regularmente a Alemania. A pesar de las furiosas persecuciones policíacas, a pesar de que el momento era menos revolucionario que en la Rusia de hoy como consecuencia de causas objetivas, la organización de los socialdemócratas alemanes era entonces incomparablemente más amplia y fuerte que la organización actual de nuestro partido. Y el partido de los socialdemócratas alemanes sostuvo una larga guerra contra su minoría parlamentaria y consiguió que esa guerra se viese coronada por la victoria. Como se sabe, los absurdos partidarios de los "jóvenes", que se dedicaban a lanzar gritos histéricos en lugar de trabajar para mejorar la minoría, terminaron muy mal. Y la victoria del partido tuvo su expresión en el sometimiento de la minoría.

Entre nosotros, la lucha del partido contra la minoría parlamentaria para corregir los errores de esta última no hace más que empezar. En nuestro partido no se ha celebrado todavía ni una sola conferencia que declare, con firmeza y claridad, a la minoría que debe rectificar su táctica en determinados aspectos concretos. No tenemos aún un órgano central periódico que, en nombre de todo el partido, siga paso a paso la actividad de la minoría y la oriente. Nuestras organizaciones locales han hecho todavía muy poco, poquísimo, en esa misma esfera de trabajo: en la agitación entre las masas con motivo de cada intervención de los socialdemócratas en la Duma y en la explicación de cualquier error existente en una u otra intervención. ¡Y se nos invita a que abandonemos la lucha, reconociendo que no tiene posibilidades de éxito, que renunciemos a utilizar la tribuna de la Duma en momentos semejantes a los de 1908! Lo repito una vez más: eso no es política, sino nerviosismo.



Usted dice que no hay "intervenciones brillantes". En este terreno hay que distinguir dos cosas: primero, la mala información de nuestro partido; y, segundo, el gravísimo error de principio que contiene el propio planteamiento del problema de las intervenciones brillantes en general.

En cuanto a la primera cuestión, debe decirse que, hasta ahora, quienes han querido criticar de modo práctico a la minoría, han señalado una serie de errores indudablemente serios (la declaración, el voto favorable a la concesión de los millones de Shvarts, la reunión con los demócratas nacionales, el reconocimiento de la religión como asunto privado para el partido, la falta de intervenciones acerca de la interpelación del 15 de octubre de 1908, la falta de una crítica clara a los demócratas-constitucionalistas, etc.). Silenciar esos errores, como hacen los mencheviques —para quienes todo está muy bien, menos la intervención de Chilikin—, es la mayor ligereza. No debemos silenciarlos, sino explicarlos públicamente en nuestros órganos locales y no locales, en cada reunión, en hojas de agitación lanzadas a las masas con motivo de cada intervención. Hemos hecho poquísimo para criticar con eficacia a la minoría y para dar

a conocer esa crítica a las masas proletarias. Todos nosotros debemos emprender por doquier el trabajo en este sentido. Y cuando lo emprendamos, veremos que existe una serie de intervenciones en la minoría, en particular fórmulas de transición a los asuntos ordinarios, preparadas por indicación de los representantes del C.C. y de acuerdo con ellos, que contienen una exposición **correcta** del programa del P.O.S.D.R., que se publican en las actas de la Duma y en el apéndice de **Rossía** y que no utilizamos todavía ni en una centésima parte para nuestra agitación de masas. Es cierto que debe criticarse a la minoría, que no es honesto silenciar sus errores. Mas todos nosotros debemos fortalecer también las organizaciones locales y desplegar la agitación para aprovechar cada intervención de la minoría. Sólo la combinación de una y otra labor constituye una actividad verdaderamente digna de los socialdemócratas revolucionarios firmes, sólo esa combinación nos ayudará a superar "el minuto podrido" y acelerar la llegada de un nuevo auge.

Prosigamos. Al destacar "la ausencia de intervenciones brillantes", el autor dice que "se ha creado la impresión (¿entre quién?, ¿entre unos cuantos **Mitläufer** que no comprenden el abecé del marxismo?) de que la socialdemocracia se ha resignado con la situación creada y piensa en la labor cultural pacífica; la existencia de la minoría se ha convertido en una especie de prueba de que la revolución ha sido enterrada, si no de palabra, por lo menos... de hecho. Admitamos que esa opinión sea falsa, pero no debemos refutarla con argumentos, sino con hechos". ¡Y el único "hecho" que propone el autor para "reorganizar" toda la táctica de "destacar" ante las masas la actitud de los socialdemócratas con respecto a la Duma es la retirada de la minoría! ¡Resulta que la retirada de la minoría es considerada como un "hecho" que refuta "los funerales de la revolución", como una "intervención brillante" que **destaca** la nueva táctica!

Contestaremos a esto que el autor comprende falsamente la significación general de las "intervenciones brillantes" y de las consignas "brillantes". Cuando los bolcheviques aplicamos en 1905 el boicot a la Duma de Bulyguin, esta consigna era justa, no porque fuese "brillante", sino porque expresaba **acertadamente** la situación objetiva; los acontecimientos demostraron que los demócratas-constitucionalistas frenaban la lucha, que sus negociaciones secretas con Trépov en junio de 1906 expresaban el juego del gobierno, que el **verdadero** choque se había producido y debía producirse sobre otra base después de la disolución de la Duma, a saber: sobre la base de la lucha armada. (Svezborg y Kronstdat como culminación de las revueltas de soldados y de campesinos.) Cuando en 1907 aplicamos la consigna de "no en bloque con los demócratas-constitucionalistas, sino contra los demócratas-constitucionalistas", esta consigna era justa, no porque fuese "brillante", sino porque expresaba acertadamente las condiciones **objetivas** del momento. Tanto las elecciones en San Petersburgo como todas las votaciones (y debates) en la II Duma demostraron que el "peligro ultrarreaccionario" era una ficción y que, **en realidad**, la lucha se libraba contra los demócratas-constitucionalistas y la reacción juntos, y no junto con los demócratas-constitucionalistas contra la reacción.

Es indudable que una parte de los que se sumaron a nosotros durante la revolución no lo hicieron porque comprendiesen el criterio **marxista** del acierto de las consignas y de la táctica de la socialdemocracia, sino únicamente por su "brillantez". No nos asusta, sino que nos alegra, el que ahora, al descender la ola, queden y quedarán sólo los verdaderos marxistas. Invitamos al camarada otsovista a que reflexione detenidamente sobre su razona-

miento: ¡los funerales de la revolución no hay que refutarlos con palabras, sino con hechos: por eso retiramos la minoría parlamentaria! Es un razonamiento profundamente erróneo. La retirada de la minoría para **destacar** que la revolución no ha sido enterrada es el **entierro** de los "revolucionarios" capaces de aplicar semejante política. Pues el "revolucionarismo" de ese género es una expresión de desconcierto e impotencia en la labor dura, difícil y lenta que prescriben "ahora" las condiciones objetivas y de la que es imposible desentenderse o excusarse.

Señalaremos, como conclusión, que el propio camarada otsovista propone al final de su carta un plan de trabajo inmediato, **en cinco** puntos, que expresa de modo acertado las tareas del día y **refuta** su táctica errónea. Repitámoslo: la **práctica** del camarada otsovista es mejor que su teoría. Tiene completa razón al decir que es necesaria una fuerte organización ilegal. No insistirá, probablemente, en el "nombramiento" de los miembros de los comités por el Comité Central cosa no práctica en extremo. No olvidemos que en sustitución del revolucionario profesional intelectual —o, mejor dicho, en su ayuda— está surgiendo el revolucionario profesional socialdemócrata obrero (eso es un hecho, por mucho que se enfurezcan contra él los mencheviques) y que, por consiguiente, la nueva organización ilegal no se parecerá plenamente, y no debe parecerse **plenamente**, a la vieja. Consideramos también que la expresión "alejar a las células del partido unas de otras", contenida en la última frase del primer punto, es una torpeza casual y que sería inadmisible aferrarse a ella. En efecto, la organización socialdemócrata ilegal no alejará, sino que acercará a las células hoy dispersas. El camarada otsovista está en lo cierto cuando destaca la singular importancia de la propaganda socialista y del "sistema de cuestionarios" de la agitación. El "contacto vivo de las masas con el partido" y "la participación de las masas en la discusión de las consignas de agitación" son, en efecto, **cuestiones** candentes. El reconocimiento de **esas** cuestiones candentes muestra mejor que cualquier razonamiento y a despecho de toda "invención" de consignas (según la precisa expresión de M. Tomski), que la marcha de las cosas plantea ante todos nosotros, antiotsovistas y otsovistas, una tarea práctica inaplazable, una "consigna" de la socialdemocracia revolucionaria: fortalecer ideológicamente el socialismo, fortalecer orgánicamente el Partido Obrero ilegal con dirigentes surgidos de entre los propios obreros, fomentar la agitación socialdemócrata múltiple entre las masas. **Esta labor**, cuando la emprendamos con unanimidad creciente, nos unirá estrechamente a todos; mejorará, disciplinará y corregirá a nuestra minoría en la Duma mejor que decenas de simples ultimátum; será una obra viva; resucitará la atmósfera de animosa situación revolucionaria; enseñará a medir con exactitud el crecimiento del auge y a determinar sus síntomas; ¡disipará como el humo todas las consignas inertes, ficticias, "inventadas", del otsovismo!

Proletari, núm. 39, 13 (26) de noviembre de 1908.

Obras Completas, Ed. Cartago, t. XV, p. 269-284.



MAQUIAVELO Y EL MARXISMO

JOSE LUIS MASSERA

LAS IDEAS POLITICAS DE MAQUIAVELO *

Queremos examinar concreta, aunque someramente, las nociones, con frecuencia consideradas por Maquiavelo, de **Príncipe**, nobleza, pueblo, "clases", Estado, monarquía, república, "democracia". Aclaramos de inmediato que, en cada caso y no sólo en el de las palabras entrecomilldas, es preciso hacer distinciones terminológicas cuidadosas, porque las palabras no significan para Maquiavelo lo mismo que para nosotros.

Entrando al tema, creo que se equivocan algunos críticos cuando enfocan la representación de las luchas políticas hechas por Maquiavelo como la contraposición dialéctica de dos polos: el **Príncipe** y el pueblo. Aunque en algunos pasajes es efectivamente así, en muchos otros el cuadro que se presenta es más complejo y más exacto, hay en él **tres** personajes y no dos: el **Príncipe**, la nobleza y el pueblo.

La precisión no me parece trivial. Porque, aunque forma parte de la nobleza, los intereses del **Príncipe**, en cuanto personifica (el **Príncipe nuevo**) el Estado moderno, inspirado en las monarquías absolutas de Francia y otros países, aparecen esencialmente enfrentados a los de la nobleza, representante de lo caduco, de lo feudal, que hay que aplastar. Y aunque algunas veces la nobleza

(*) Parte final de la Conferencia dictada el 18 de setiembre p. pdo.; la primera parte fue publicada en nuestro número anterior (ó. de la R.).

aparece vinculada al pueblo en sus enfrentamientos con el **Príncipe**, vinculada en cuanto puede, en determinadas circunstancias, apoyarse en él para atacar al **Príncipe**, no menos cierto es que Maquiavelo se preocupa de trazar una distinción clara, radical, entre la nobleza y el pueblo.

Dicho sea de paso, el "pueblo" de Maquiavelo no debe entenderse con el significado actual de la palabra. Sin lugar a dudas, aunque Maquiavelo no excluya del concepto a las masas más humildes de trabajadores, su idea de "pueblo" es la del conjunto de las clases no aristocrático-feudales, pero pensando fundamentalmente en la clase en ascenso entonces: la burguesía. Esto implica también la necesidad de calificar las palabras "república" y "democracia", aunque esta última Maquiavelo la utiliza poco o nada, pero está implícita frecuentemente en los textos. Es la "república" de la burguesía, la "democracia" de la burguesía, lo que Maquiavelo contrapone al ordenamiento feudal. Es así incluso cuando no habla de república sino de monarquía absoluta, porque ésta debería ser, para Maquiavelo, como lo era efectivamente en su época, una forma **sui géneris** de la democracia burguesa, en la que el monarca está sometido a leyes y debe actuar de acuerdo al consenso "popular". En ese sentido, la "república" de Maquiavelo se parece menos a nuestra concepción actual del término que a la concepción griega y latina, a la cual, por otra parte, se remite constantemente como ejemplo iluminante, es decir, una "república" en que el poder es detentado cerrada y exclusivamente por una parte de las clases explotadoras.

Veamos algunos textos, para ilustrar lo dicho:

> "Porque en toda ciudad se encuentran estos dos humores diferentes. Resulta de esto que el pueblo desea no ser mandado y oprimido por los grandes (es decir, la nobleza, JLM), y los grandes desean mandar y oprimir al pueblo. De estos dos diferentes apetitos nace en la ciudad uno de tres efectos: principado, libertad o licencia.
>
> El principado puede tener su origen en el pueblo o en los grandes, según que una u otra de estas partes tenga la ocasión para ello; porque viendo los grandes que no pueden resistir al pueblo, comienzan a elevar la reputación de uno de ellos y lo hacen **príncipe** para poder, bajo su sombra, desfogar sus apetitos.(*) El pueblo, también, viendo que no puede resistir a los grandes, vuelca su reputación en uno, y lo hace **príncipe** para poder defenderse con su autoridad." **(Príncipe, Cap. IX)**.(32)

Hablando de Roma y de la defensa de la libertad republicana, dice:

> "... se debe poner toda cosa bajo la custodia de aquéllos que tienen menos intención de usurparla. Y, sin duda, si se considera el objetivo de los nobles y de los plebeyos, se verá en aquéllos el deseo poderoso de dominar y en éstos sólo el deseo de no ser dominados y, por consiguiente, mayor voluntad de vivir libres, porque en ellos cabe menos que en los grandes la esperanza de usurpar la libertad. De tal modo que, estando la gente del pueblo encargada de guardar la libertad, es razonable que tengan de ella mayor cuidado..." **(Discorsi, Lib. I, Cap. V)**.(33)

ELOGIO DEL PUEBLO

En el siguiente interesante pasaje, aclara el contenido económico de las dos clases sociales:

> "... llamo nobles o gentilhombres a los que viven ociosa y opulentamente de las rentas de sus posesiones, sin cuidarse para nada

---

(*) Cualquier alusión que pueda pensarse que existe a situaciones actuales en el Uruguay debe atribuirse exclusivamente al genio de Maquiavelo.

(32) N. MACHIAVELLI, Il Principe e Discorsi, Feltrinelli, Milano 1968 (en adelante, PD), pág. 45.

(33) PD, pág. 139.

de cultivarlas ni de realizar otro esfuerzo de los necesarios para la vida. Tales gentes son perniciosas en cualquier república o Estado..." (**Discorsi**, Lib. I, Cap. LV).(34)

La distinción está presente en todos sus consejos políticos, por ejemplo, hablando a favor de la parsimonia, dice que el **Príncipe**, con ella:

> "... se hace grato a todos aquéllos a los que no quita nada (por la vía de impuestos, JLM), **que son infinitos**, y es mezquino con aquéllos a quienes no da nada, **que son pocos.**" (**Príncipe**, Cap. XVI).(35)

En esas concepciones aparecen rudimentos de la idea de la lucha de clases, y es interesante destacar que a Maquiavelo, hombre de una época revolucionaria, ésta no le asusta sino que, al contrario, la ve con una significación positiva:

> "... me parece que quienes censuran los conflictos entre la nobleza y la plebe, vituperan lo que fue la causa principal de la libertad de Roma, y tienen más en cuenta los desórdenes y el griterío que tales tumultos provocaban que los buenos efectos que de ellos nacían... y cómo todas las leyes que se dictan en favor de la libertad brotan del conflicto entre aquellas partes..." (**Discorsi**, Lib. I, Cap. IV).(36)

El pueblo juega así un papel importante en el desarrollo de la sociedad:

> "Además, no se puede honestamente satisfacer a los grandes sin dañar a otros, concretamente, al pueblo; porque los fines del pueblo son más honestos que los de los grandes, siendo así que éstos quieren oprimir y aquél no ser oprimido. Por otro lado, un **príncipe** nunca puede estar seguro frente a un pueblo enemigo, por ser éste numeroso; de los grandes puede asegurarse, por ser pocos." (**Príncipe**, Cap. IX).(37)
>
> "Uno de los remedios más potentes que tiene un **príncipe** contra las conspiraciones es no ser odiado por el pueblo. Porque quien conspira cree que la muerte del **príncipe** habrá de satisfacer al pueblo; y si, por el contrario, creyera que ella lo ofende, no toma ánimo para adoptar semejante conducta, porque las dificultades de parte de los conspiradores son infinitas." (**Príncipe**, Cap. XIX).(38)

Maquiavelo no teme polemizar en defensa del pueblo; arranca el Capítulo LVIII del Libro I de los **Discorsi**, diciendo: "Nada hay más vano e inconstante que las multitudes, afirma Tito Livio..." (pág. 261), pero él quiere "defender una causa (la del pueblo, JLM) condenada por todos los escritores..." (pág. 262). Acota con picardía que: "La opinión contra los pueblos surge del hecho que se puede hablar mal del pueblo sin miedo y libremente... mientras que de los **principi** se habla siempre con mil temores y mil respetuosidades..." (pág. 266); y argumenta:

> "Digo pues que del defecto que acusan a la multitud los escritores se puede acusar a todos los hombres, y especialmente a los **principi**, porque quien no esté sujeto a las leyes hará los mismos errores que la multitud sin freno..." (pág. 262).
>
> (En los **principi**, JLM) "se verán tanta inconstancia y variaciones de conducta como nunca se encontrarán en ningún pueblo." (pág. 263).
>
> "...un pueblo que dirija el Estado y esté bien ordenado (por las leyes, JLM), será estable, prudente y agradecido no menos que un

---

(34) **PD**, pág. 256. También aquí, **MUTATIS MUTANDIS**...
(35) **PD**, pág. 67; subrayados de **JLM**.
(36) **PD**, pág. 137.
(37) **PD**, pág. 46.
(38) **PD**, pág. 76.

> **principe**, o mejor que un **principe** con fama de sabio; y, por otro lado, un **principe** que no se atenga a las leyes será desagradecido, inconstante e imprudente en mayor grado que un pueblo." (pág. 264).
>
> "Vése que en su (la del pueblo, JLM) designación de los magistrados hace de lejos mejor elección que un **principe**, porque nunca se podrá persuadir a un pueblo que esté bien elegir a cargos públicos a hombres infames y de costumbres corrompidas; de lo que fácilmente y por mil caminos es posible persuadir a un **principe**..." (pág. 264).
>
> "...porque si se reseñaran todos los desórdenes de los pueblos y todos los desórdenes de los **principi**, se verá que el pueblo es, con mucho, superior en bondad y gloria."

Incluso hay un pasaje en que reconoce al pueblo el derecho de insurgirse contra los tiranos; hablando del pueblo de Roma, con un sentido claramente elogioso, dice: "Y cuando era necesario confabularse contra un poderoso, lo hacía..." (pág. 262).(39)

EL PRINCIPE Y EL PUEBLO

Como conclusión, el **principe** debe apoyarse en el pueblo, en la lucha contra los nobles:

> "Concluyo pues que es necesario, para un **principe**, que el pueblo le sea amistoso; de otro modo, no tendrá remedio en la adversidad." (**Principe**, Cap. IX).(40)
>
> "La verdad es que juzgo infelices a los **principi** que, para asegurar su gobierno, deben recurrir a medidas extraordinarias y tienen por enemigo al pueblo. Porque aquél cuyos enemigos son los menos, fácilmente y sin muchos desórdenes está seguro; pero quien tiene por enemigo a todo el pueblo nunca estará seguro, y cuantas más crueldades cometa, tanto más débil será su principado." (**Discorsi**, Lib. I, Cap. XVI).(41)

Todo eso no significa, insistimos una vez más, que pueda decirse que Maquiavelo era un demócrata en el sentido moderno de la palabra. El papel que atribuye al pueblo no resulta de un ideal democrático, sino que es, simplemente, condición de la eficacia y solidez del Estado, como bien acota Giuliano Procacci.(42) Por otro lado, el papel del pueblo es principalmente pasivo, es la "materia" a que da "forma" el **principe** ("...y en Italia no falta materia para introducir en ella una forma"). (**Principe**, Cap. XXVI)(43). Las propias fórmu-

(39) Las páginas de las citas están todas referidas a **PD**.
(40) **PD**, pág. 47.
(41) **PD**, pág. 175; otra vez, cualquier semejanza...
(42) Introducción a **PD**, pág. lvi.
(43) **PD**, pág. 103.

las que usa para elogiar al pueblo ("no reclamando sino el no ser oprimido") resaltan esa pasividad. Pero, fundamentalmente, el **principe** no es una emanación del pueblo, sino que se impone al pueblo, aunque esta imposición Maquiavelo no la concibe sólo ni tanto como violenta, sino como fruto del consenso popular basado en la **virtú** del **Principe**, reconocida por el pueblo y, en cierto sentido, en el conocimiento y aprecio mutuos.

Creo que tiene razón Procacci cuando dice: "Aquí (se refiere a un pasaje del Cap. VI del **Principe**, JLM) el **Principe** no aparece sólo como el hombre de **virtú** excepcional que funda el Estado a su propia imagen y semejanza, sino también como el intérprete de un sufrimiento y una expectativa colectivos, en quien las masas mudas y pasivas reconocen su "redentor", lo siguen, le dan soldados valerosos y fieles."(44)

Es ilustrativo este bello pasaje de la Dedicatoria de "El Príncipe":

> "...así como aquellos que dibujan paisajes se ubican abajo, en el valle, para considerar la naturaleza de los montes y lugares elevados, y, para considerar la de los bajos, se colocan arriba, en los montes, de modo similar, para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser **principe**, y, para conocer bien la de los **principi**, hay que ser hombre del pueblo."(45)

En relación a estos temas, surge la pregunta: ¿qué es, exactamente, **Principe**, para Maquiavelo? Ya algo hemos dicho acerca de que nos parece erróneo dar una interpretación exclusivamente simbólica y abstracta. La verdad es que en la idea de **Principe**, Maquiavelo ve dos aspectos, en cierta medida vinculados entre sí por una contradicción no siempre dialéctica: por un lado, es un individuo concreto, de carne y hueso, un **condottiero** de excepción, incluso con nombre propio; por otro, es la personificación del Estado moderno, en un sentido más o menos genérico. Me parece que resaltar unilateralmente uno solo de los dos aspectos deforma y empobrece la idea. Creo que Procacci tiene razón cuando dice:

> "En este sentido, "El Príncipe" refleja e incluso sublima toda una tradición de individualismo voluntarístico, herencia de los Estados señoriales italianos",(46)

pero siempre que no se omita su ulterior precisión:

> "Hay en el **Principe**, en efecto, como se ha notado, junto a la predominante concepción individualista de la vida política y del Estado, también una concepción de éste en términos naturalistas. El Estado se parangona sea a un organismo vivo, sea a una construcción..."(47)

EL ESTADO DEMOCRATICO-BURGUES

Pienso que en esta contradicción que, en cuanto tiene que ver con la contradicción, fundamental para la época, entre feudalismo y capitalismo, es una contradicción antagónica, reside, en última instancia, la tragedia histórica de Maquiavelo, es decir, la imposibilidad de realización objetiva de sus ideas en la Italia de entonces.

Porque, ¿cómo concibe Maquiavelo el Estado? En lo fundamental, como hemos dicho, y sin mengua de los elementos incongruentes con esta idea básica, lo concibe como un Estado moderno (se entiende, para la época) de democracia burguesa, con dos variantes formales: la monarquía sujeta a leyes o la

(44) PD, pág. 1ii.
(45) PD, pág. 14.
(46) PD, pág. xlvi.
(47) PD, pág. ii.

república. Con su característico desparpajo, alude a los dos modos básicos de gobernar que emplea la burguesía:

> "Debéis pues saber que hay dos modos de combatir: uno, con las leyes, el otro, con la fuerza. El primero es propio del hombre, el segundo, de las bestias. Pero, puesto que el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por eso, un **Príncipe** debe saber usar bien la bestia y el hombre." (**Príncipe**, Cap. XVIII).(48)

Sin embargo, me parece que es claro que, en cuanto al régimen normal de funcionamiento del Estado, Maquiavelo prefiere decididamente el del encuadramiento legal y el control del poder por el Parlamento, aun en las versiones retaceadas de éste, características de la época. Hablando de las cualidades del príncipe y del pueblo, dice:

> "Y la variabilidad de sus conductas nace no de su naturaleza diferente, porque en todos es la misma y si hay ventaja en la bondad es del pueblo, sino en tener más o menos respeto por las leyes bajo las cuales uno y otro viven." (**Discorsi**, Lib. I, Cap. LVIII).(49)

Y, hablando de Francia, su modelo casi ideal:

> "Como ejemplo está el reino de Francia, que vive seguro no por otra cosa que por estar sus reyes sujetos a una infinidad de leyes, con las que se resguarda la seguridad de todos sus pueblos. Y el que ordenó este Estado quiso que esos reyes hiciesen con las armas y el dinero lo que quisieran, pero que de cualquier otra cosa no pudieran disponer de otro modo que el que las leyes le ordenaran." (**Discorsi**, Lib. I, Cap. XVI).(50)
>
> "Entre los reinos bien ordenados y gobernados está, en nuestros tiempos, el de Francia, y en él hay multitud de buenas constituciones, de que depende la libertad y seguridad del Rey; entre las cuales, la primera es el parlamento y su autoridad. Porque el que ordenó ese reino, conociendo la ambición de los poderosos y su insolencia, y juzgando necesario un freno en la boca para corregirlos, y, por otra parte, conociendo el odio del pueblo contra los grandes, fundado en el temor, y queriendo asegurarlos, no quiso que ésta fuera una tarea particular del Rey; para quitarle esa responsabilidad odiosa que podría tener frente a los grandes, al favorecer al pueblo, y con la gente del pueblo, al favorecer a los grandes, constituyó un tercer juez (el Parlamento, JLM) que fuese quien, sin encargo del Rey, golpeara a los grandes y favoreciera a los humildes." (**Príncipe**, Cap. XIX).(51)

UN PENSADOR RICO Y PROFUNDO, AVANZADO PARA SU EPOCA

No queremos extender más estos comentarios, ya demasiado largos. Aun en el círculo de temas a que deseábamos referirnos, cabría agregar la concepción de un Estado de dimensiones territoriales y población grandes, que respondía a los intereses burgueses y antifeudales de la creación de un mercado nacional, aunque Maquiavelo no hace mención a esta base económica de sus ideas; los aspectos militares, la necesidad de formar un ejército poderoso, no mercenario, de base esencialmente campesina, vinculado estrechamente a la idea de un gran Estado unificado y también de marcado tinte antifeudal, lo que ha llevado a algunos comentadores, en particular a Gramsci, a hablar del pensamiento "jacobino" de Maquiavelo; su crítica política de la religión y, particularmente, del Papado, que mereció de Marx el comentario: "Hace mucho tiempo que Maquia-

---

(48) PD, pág. 72.
(49) PD, pág. 264.
(50) PD, pág. 176.
(51) PD, págs. 77-78.

velo, en sus "Historias Florentinas", encontró en el dominio papal la fuente de la humillación italiana.";[52] o, por fin, sus sabrosos y desfachatados consejos políticos, cuyo cinismo y astucia fueron determinantes, entre otras razones, para que en todas las lenguas se acuñara la palabra "maquiavelismo".

La verdad es que esto último no constituye, ni de cerca, lo más sustancial de la obra de Maquiavelo. Y es también cierto que muchas de las críticas despiadadas que de él se han hecho, más que el rechazo de los aspectos negativos del pensamiento de la burguesía naciente, hecho desde posiciones ideológicas más avanzadas, encubren la defensa de lo que ya era caduco en aquella época, del orden feudal de las cosas, que Maquiavelo atacó y contribuyó a derribar.

Sin idealizar el personaje histórico y su obra, que llevan inevitablemente los estigmas de una clase explotadora y rapaz, como es la burguesía, sin extrapolar de una manera simplista su pensamiento a una época como la actual, radicalmente diferente de aquélla, creo que lo que hemos esbozado puede contribuir a dar una apreciación justa que recoja todo lo que de valioso y perenne encierra el pensamiento del gran florentino.

(52) MARX-ENGELS, Werke, Band 13, S. 426.



SOBRE EL "MARTIN FIERRO" DE ANHELO HERNANDEZ

Anhelo Hernández, actualmente en la RDA, en uso de una beca artística concedida por aquel país, terminada la cual irá a Polonia, por razones también estrechamente relacionadas con su actividad en las artes plásticas, y a la vez invitado a exponer en la Unión Soviética con motivo del Centenario de Lenin (lleva a esos efectos sus "Endriagos y estantiguas" ya expuestos en nuestra capital, así como una colección de nuevos grabados), se marchó dejándonos la última contribución, por cierto valiosa, de su labor creadora: su Martín Fierro ilustrado, que en Montevideo distribuye América Latina y, en Buenos Aires, El Ateneo.. De ello conversamos antes de su partida, y lo que sigue pretende ser un reflejo de esa conversación.

Es el primer Martín Fierro ilustrado con tantas láminas: contiene 70 grabados; dos son linóleos, y los demás son clisés fotomecánicos trabajados sobre la plancha con los más diversos recursos: punta seca, fresa, incluso sierra. . .

Concebir y llevar a cabo esta tarea, le insumió un plazo de dos años, de sus veinticinco dedicados al quehacer plástico, iniciados en 1944, cuando vivía en Tacuarembó. En aquellos tiempos, sus inquietudes se volcaban hacia la escultura, y en esta disciplina se inició. Pero un año después, en 1945, empieza a trabajar en pintura.

Es por demás notoria su labor desde aquellos orígenes a nuestros días, y no es ése, además, el motivo de estas líneas.

—He intentado —nos dice Anhelo— caminos de renovación; en los últimos años hice pintura en lo que podría llamarse realismo socialista. Un realismo que introduce figuras supuestamente antiestéticas: el trabajador. Pero fíjate un poco: había algunos problemas que me preocupaban. Ahí está por ejemplo, la "Rue Trasnonain", de Daumier. El autor toma el tema de una tragedia sufrida en aquellos días por una familia. Fue un suceso horrendo, que conmovió a la opinión pública en Francia. Un soldado asesinó a toda una familia. Ahora, claro: tomar el drama como tema, implica manejar la información de la cual surge el drama. ¿Te das cuenta? Daumier tomó ese tema, y ahí se toca la imposibilidad de la información plástica. No hay más remedio que recurrir a la metáfora. ¿Ves el problema? Se hace palpable la necesidad de la metáfora. Y todo lo que ello significa. Aunque hay que aclarar: estoy contra el caos. Contra los informalismos, contra la degradación en la cultura. Pienso que el realismo de la nueva época exige mucho más contenido que el realismo del siglo XIX. Necesita mayor lucidez. El motor es el contenido ideológico, que es lo que determina, en definitiva, lo que va o no a aparecer como resultado de la labor creadora. Me preocupa salvar el contenido antes que la representación.

—Hablemos del Martín Fierro. . .

—En el Martín Fierro quise dar la tragedia humana que el poema encierra, la historia de alienación que narra. Es un peregrinaje por todas las alienaciones. El protagonista está permanentemente aplastado por la sociedad, y eso era lo que había que descubrir. No tomé para nada el tema de la barbarie de los indios, porque eso parece una falsedad histórica. No me deleito en las peleas

de Martín Fierro, soslayo las guitarreadas, rehuyo los detalles: no hay espuelas, ni floreados, ni nada. Como podrá recordarse, es un poema sin mujeres. Y yo he querido rescatarlas, hago aparecer mujeres.

—Es decir, el drama de ciertos personajes concretos, en cierta época concreta, en determinado lugar, en determinada sociedad... ¿Es eso? Y que los detalles costumbristas, la tentación hacia los presupuestos de cierto convencionalismo folklorista... ¿No es así?

—Hay algo de eso. Quise subrayar, con los recursos gráficos, el sentido profundo del libro, y para ello había que eludir los subterfugios, los lugares comunes.

Esto es, poco más o menos, lo que nos dijo Anhelo Hernández pocos días antes de su partida. Pensamos que, en lo fundamental, los fines que se propuso, están logrados con creces. Su gráfica apoya el drama, lo subraya, lo explicita por momentos. La plástica acompaña al poema, como en una sonata para dos instrumentos, sirve al texto, le pone rostros a la tragedia, enriquece con su mundo visual el mundo literario del otro Hernández, el inmortal autor del poema. Humaniza la leyenda con un fervor, una tensión tales, que se advierte el esfuerzo de recreación, de meterse en el poema hasta la médula e impregnarse de su sentido. Toda su sabiduría de grabador largamente acumulada, y tantas veces puesta de manifiesto en otras oportunidades, ha volcado Anhelo Hernández en esta obra, con tanta intensidad creadora que resiste victoriosamente el parangón con cualquiera de las ediciones ilustradas de este poema de que tengamos memoria, efectuadas hasta la fecha.

BIBLIOGRAFICAS

LA REVOLUCION AGRARIA ARTIGUISTA (1815 - 1816). Nelson de la Torre, Lucía Sala de Tourón, Julio Rodríguez. — Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1969, 438 págs.

Este libro es parte de una tarea de largo aliento por afirmar y consolidar una interpretación marxista del proceso histórico uruguayo; se deben tener en cuenta otros títulos ya editados: "Evolución Económica de la Banda Oriental" y "Estructura Económico-Social de la Colonia"; de igual modo, los autores publicaron "Artigas: Tierra y Revolución", donde explican de manera sintética su tesis interpretativa; remitimos por tanto al lector, a esas obras, como complemento indispensable de la que nos ocupa.

Una vez analizados la estructura social y la economía del país en la época colonial, los autores tocan un tema de capital importancia, el de la política agraria artiguista. Tema del que, podemos decir sin temor a equivocarnos, en base a abundantísima documentación, han trastrocado las conclusiones de la historiografía tradicional, demostrando que la médula de la política artiguista, consistió en una política agraria radical, tendiente al reparto gratuito e igualitario de las tierras entre los campesinos pobres, democratizando el acceso a la misma y enfilada contra el sistema de monopolio característico del latifundio privilegista de origen colonial que se personalizaba en los enemigos de la revolución. Esa política quedó patentizada en el Reglamento Provisorio de 1815; recordemos al pasar, dos artículos de los más importantes: el 6º, expresaba: "Por ahora el S.or Alc.e Prov.l y demás subalternos Se dedicarán a fomentar con brazos útiles la población de la Campaña. Para ello revisará Cada Uno en sus respectivas jurisdicciones los terrenos disponibles, y los Sugetos dignos de esta gracia, con prevención, q.e los más infelices serán los más privilegiados. En conseq. a los Negros Libres; los Sambos desta clase, los Indios, y los criollos pobres todos podrán ser agraciados en Suertes de Estancia, si con su trabajo y hombría debien propenden a su felicidad, y la dela Prov.a."

Tenemos asimismo el art. 12º: "Los terrenos repartibles son todos aquellos de Emigrados, malos Europeos y peores Americanos, que hasta la fecha no se hallen indultados p.r el gefe dela Prov.a p.a poseer sus antiguas propiedades". He aquí algunas afirmaciones que conmovieron a la provincia, incluso a los hacendados del bando patriota y que expresan con nitidez el pensamiento artiguista. Pero se trataba, además, de delinear la política artiguista, de determinar el alcance real que aquella instrucción hubiera tenido y, este libro, corona los pacientes esfuerzos de investigación, explicitando cientos de nombres de beneficiarios, de donatarios artiguistas; a partir de los viejos expedientes van conformándose los mapas de las distintas regiones del país donde constan con certeza los campos confiscados y repartidos, quiere decir, que aquella pragmática artiguista tuvo aplicación y gran repercusión política. El tema, entonces, es de enorme importancia para todo intento de interpretación; para extraer conclusiones, para iluminar los acontecimientos de la historia política, es insoslayable la consideración de estos hechos que la obra pone de relieve.

El trabajo se diferencia en dos partes: el proceso de la revolución agraria y la geografía de la misma. En la primera parte se analizan las circunstancias de la aplicación de la política artiguista a partir de 1815. Cuando la provincia queda en manos de los orientales se hizo necesario definir el alcance del movimiento; comienzan a expresarse los antagonismos; la conspiración de los españoles empecinados, escondidos en la plaza con afán revanchista; la política especuladora de los grandes comerciantes montevideanos y de los grandes hacendados, que pretendían capitalizar el Poder en aras de una creciente prosperidad; la tesis de Artigas sobre "el arreglo de los campos" y la consolidación del sistema y, el empuje de las

masas de campesinos pobres, arrendatarios, pequeños propietarios y hombres sin tierra en busca de un estatuto o un programa que demoliera los obstáculos vigentes desde la vieja estructura colonial para el acceso a la tierra y al ganado. Establecidos los grupos antagónicos, se dibujan rápidamente, distintos programas; en este aspecto, el problema del "arreglo de los campos" era fundamental. Unos lo entendían como consolidación del derecho de propiedad irrestricto, confiscando a los vencidos, aplicando medidas de policía para evitar el destrozo del ganado, proveer la persecución del vagabundaje y del bandidismo (recordar las recomendaciones de la Junta de Hacendados); es decir, consolidar en su provecho el monopolio de la tierra y de la comercialización de sus frutos; otros, esperaban obtener el acceso igualitario a la tierra.

La primera cuestión, pues, fue si el "arreglo de los campos" se resolvía en mera política de policía rural, o si se encaraba el libre, gratuito e igualitario asentamiento de los paisanos en la tierra. Mientras la figura de Artigas tuvo vigencia en la Provincia Oriental, la segunda alternativa fue la triunfante. Queda de manifiesto que durante el período de la revolución oriental se aplica una política y una práctica revolucionaria, radical y consecuente; dicha práctica excede incluso el marco del Reglamento Provisorio, expresión jurídica de aquel proceso; más allá, la práctica desembocó en un fenómeno general de ocupación de los campos por los desheredados; incluso, en la aplicación del Reglamento se pasó de un contenido político, enfilado contra los enemigos del sistema, a la práctica social que cuestionaba el monopolio de la tierra y el latifundio; se puso en tela de juicio la propiedad abusiva de la tierra y se emancipó el derecho del acceso democrático al suelo. Insensiblemente aparecen tendencias hacia un cambio de las relaciones sociales pre-existentes e, inclusive, a un cambio en el modo de producción colonial; cambio que lo acercaba a formas burguesas, capitalistas, tendiente a la relación entre productores libres, asentados libremente en la tierra, sin dependencias de carácter semi-feudal o pre-capitalista.

Vale decir que la práctica revolucionaria de la política acaudillada por Artigas significaba un verdadero cambio de estructuras respecto a la situación anterior. Al cuestionarse el monopolio de raigambre colonial, apareció también cuestionado el ilimitado derecho de propiedad cuando éste consagraba formas de apropiación monopolista; el acaparamiento de tierras surge como práctica nociva y antisocial; el derecho preexistente tambalea ante la avalancha revolucionaria y de poco valen los decretos y ordenanzas del Cabildo en los momentos de auge de la revolución agraria. Derivación, tal vez insospechada de la tesis artiguista sobre el arreglo de los campos y de incalculables proyecciones políticas, puesto que aparecen con meridiana claridad y hasta con nombre y apelido, los motivos de la contrarrevolución, la conspiración, la traición y finalmente la derrota del camino más avanzado, de la opción más positiva del proceso revolucionario platense.

Los autores señalan: "Bas-
" ta recorrer los censos cis-
" platinos para apreciar un
" fenómeno general de la
" ocupación de todos los cam-
" pos, pertenecieran o no al
" bando contrarrevoluciona-
" rio, y este fenómeno, cada
" vez más radical, fue tam-
" bién el que apreciaron los
" hacendados del bando pa-
" triota que desertaron de la
" revolución y entregaron la
" patria al invasor extranje-
" ro." (p. 13).

Son citados varios casos en que latifundistas del bando revolucionario fueron afectados por este proceso; tal el caso de Julián Gregorio de Espinosa, abastecedor del ejército oriental, cuyos enormes campos del Cololó fueron repartidos (ver pág. 175 y 288); ante aquella pérdida se lamentaba: "Este favor le
" debo a Doña Revolución, y
" habrá alguno que no se
" horrorice hasta de su nom-
" bre?" Espinosa será colaborador de la invasión portuguesa.

Planteadas las exigencias de los grupos en mayor o menor grado antagónicos, perfilados cada vez más los programas políticos, la ruptura se hace al fin inevitable; los sectores del latifundio y los grandes acopiadores y comerciantes se parapetaron en el Cabildo, órgano que juega un creciente papel contrarrevolucionario; desde allí se sabotea de todas formas la aplicación de la política agraria, se contravienen expresas órdenes de Artigas, la correspondencia del Candillo con el Capítulo montevideano es muy ilustrativa, recordemos aquellas expresiones: "todo me hace creer que entrando en esa plaza, todo se contamina; aguárdeme Ud. el día menos pensado en esa. Pienso ir sin sentido, y vería Ud. si me arreo por delante al gobierno, a los sarracenos, a los porteños y a tanto malandrín que no sirven más que para entorpecer los negocios."

Es que grandes y antiguos latifundistas integraban el Cabildo. Tomás García de Zúñiga, Felipe Santiago Cardoso; ricos comerciantes y proveedores como Juan Mª Pérez, fabricantes de vestuarios y "adquirentes de estancias de enemigos" como Antolín Reina; colaboradores del gobierno porteño y vinculados a él, Pablo Pérez, Luis de la Rosa Brito, etc.

La política de Artigas surge de los estudios realizados, con todas las dimensiones de un revolucionario cabal, así

lo señalan los autores: "Artigas no llegó a una concepción social radical y extrema de una vez y para siempre. Tal como el período transcurrido de 1811 a 1815 lo ha demostrado,... era un hombre profundamente revolucionario. Pero esto debe ser bien entendido. Ello sucedió no porque en él la revolución fuese cierta peculiaridad congénita, sino porque era un hombre profundamente consustanciado con el transcurrir propio de la revolución, porque fue en cada momento el hombre radical que la revolución exigía, porque estando ora adelante, ora levemente atrás de las más profundas y radicales esperanzas de las masas, siempre supo elevarlas a programa total de la revolución y de su brazo: el estado revolucionario. Si Artigas adquirió "el inmenso prestigio popular que le conocemos entre las masas de varias provincias platenses, y en especial de la Banda Oriental, no ha sido sólo porque fue capaz de orientarlas desde una comprensión mayor de las tareas de la Revolución, sino y además porque supo descubrir y apoyar esa comprensión allí donde afloraba siempre: en las masas pobres. Porque supo descubrir paso a paso, la riqueza compleja de iniciativas, de sacrificios, de abnegación, y de insobornable patriotismo que en último término, como clase, sólo anidaba entre el paisanaje aplastado antiguamente por la opresión colonial." (página 85).

Estos conceptos están ampliamente justificados por los hechos, es evidente a esta altura, que la protección de los humildes, de los paisanos sin tierra y la conducta política de los ciudadanos fueron las claves de las decisiones artiguistas. Así cuando Juan de Uriarte que había adquirido títulos de propiedades de manos de Vigodet sobre una extensa rinconada del Cebollatí e India Muerta, logró, en base a sus influencias personales que Otorgués dictara un decreto de desalojo contra los ocupantes de aquellos campos, Artigas expresa: "Por mi orden el comandante de Rocha, impedirá que Dn. Juan de Uriarte incomode a Manuel Techera y demás vecinos mientras no se decida el litis de esas tierras"; asimismo contestando al Cabildo de Corrientes ante similares acontecimientos "...es preciso que VS se penetre de las circunstancias para librar semejantes providencias. No es regular que hallándose estos individuos prodigando sus servicios, se mire sus familias con tan poca consideración y se les condene a abandonar sus hogares para mendigar" (p. 64).

Artigas puso de manifiesto una política de dureza permanente respecto al enemigo, contando siempre con la oposición, más o menos velada del Cabildo de Montevideo; los antagonismos de la revolución oriental se expresan en los forcejeos y disputas ocurridas entre ambos, expresión de lo cual fue la renuncia de Otorgués. Esta lucha se concreta en dos hechos importante: a) el tratamiento a dar a las personas y bienes de los europeos y malos americanos emigrados de la plaza de Montevideo y b) la puesta en marcha de los mecanismos previstos por el Reglamento Provisorio, designación de los comisionados, reparto y adjudicación de tierras y ganados. Mientras los sectores afirmados en el Cabildo trataron de apaciguar la represión de los enemigos europeos y aporteñados y, en última instancia apoderarse de sus bienes; Artigas exigía perentoriamente su remisión a Purificación: "igualmente debe VS tomar providencias sobre los europeos que se hallan en esos destinos p.a reunirlos con los demás que están formando un pueblo por mi orden. En seguida mande VS principalmente aquellos que por su influjo e intereses sean tenaces en hacernos la guerra. Del mismo modo me remitirá VS qualq. americano q.e por su obstinación, o p.r otro grave motivo fuese perturbador del orn. social, y sociego público" (pág. 68). Más tarde insistía: "Tengo un conocimiento delos q.e han salido después de esa fecha y VS es responsable a esa omisión. Mis orns. sobre el particular han sido repetidas y terminantes, y su inobservancia no puedo sernos favorable. En VS he depositado la salvación de ese pueblo, y está exánime y será mayor dolor verle expirar en manos de sus propios hijos. Sean los Padres de la Patria más inexorables p.r su deber. De lo contrario aún me sobran brios para firmar su exterminio." pág. 68-69).

Muy dura fue también la lucha por el cumplimiento de las disposiciones establecidas en el Reglamento Provisorio; el Cabildo trató por múltiples medios de desvirtuar su contenido revolucionario, Artigas lo enfrentó con el apoyo general de las masas pobres del campo que abrazaron con entusiasmo la bandera de su programa agrario. La obra que nos ocupa, especialmente toda la primera parte de la misma, abunda en detalles de todo este proceso; señalan los autores: "...El período que describiremos llena los meses que van desde principios de noviembre (de 1815) hasta más o menos abril-mayo (de 1816). En esta etapa, la rabiosa lucha entre las clases propietarias y su órgano político —el Cabildo— y los paisanos pobres con Artigas a la cabeza, adquiere contornos dramáticos. Cada campo, cada orden, cada repartimiento, fue disputado con chicanas, amenazas, distorsiones, influencias, por parte de las clases propietarias, y con soberbia, decisión, argumentación revolucionaria y acciones de fuerza por los paisanos pobres y Artigas. Quizá lo más característico de este período sea ya no sólo la altura a que

llegó la figura del héroe, sino el muy novedoso fenómeno de la participación consciente, activa y plena de confianza en sí misma de las clases populares del campo, que en los momentos de decisión impusieron su criterio influyendo y decidiendo en Artigas de modo tal, que el jefe de los orientales confirmó más que nunca la altura de su sabiduría histórica y de su adhesión a las masas populares." (pág. 138).

En el ámbito de la provincia, el triunfo de la revolución agraria, era un hecho hacia 1816; los grandes hacendados del bando patriota comprendieron que tarde o temprano sus propios derechos serían cuestionados, allí decidieron que para frenar el curso de la revolución había de apelarse a la invasión extranjera. Los autores concluyen y redondean su tesis señalando que, la revolución tuvo a partir de 1811 un ininterrumpido acentuamiento radical en el plano social y económico, cuyo tono estaba dado por el auge y la intervención de las masas de desposeídos. "La ocupación de Montevideo y el dominio pacífico de la Provincia por las fuerzas artiguistas abrieron libre y torrentoso cauce a una profundísima radicalización social... Artigas comprendió que en las masas pobres había obtenido el apoyo irrestricto hacia su concepción de la independencia y su sistema federal, los segundos vieron que sólo Artigas garantizaba sus intereses nacionales y sociales." (pág. 191).

La inconsecuencia política de los sectores ricos del campo, determinó que en el curso de la revolución, la clase política de los enemigos españoles, los aporteñados y los desertores del sistema se identificaran poco a poco con la clase social de los detentadores de la tierra y mediando el mismo proceso, el bando artiguista, patriota y defensor del sistema se plasmó con los sectores pobres del campo, «clase social de pequeños propietarios y hombres sin tierras» (pág. 192).

La segunda parte de la obra es producto de la búsqueda afanosa en los archivos de la Escribanía de Gobierno y Hacienda, del Archivo General de la Nación, de los censos de tierras del período cisplatino, etc. No bastaba determinar o detectar el contenido de la política agraria artiguista, sino que había que confirmar su aplicación efectiva. Los autores en extraordinario esfuerzo consiguen por primera vez en la historiografía uruguaya, a partir de aquellos viejos expedientes, vivificar la reforma agraria artiguista, demostrando con los datos obtenidos sus vastas proyecciones; aparecen así por su nombre muchísimos de los donatarios artiguistas y una relación sobre la historia de los predios; historia muchas veces ligada a las cambiantes circunstancias del proceso histórico; los expedientes sobre tierras, que aparecen en litigios de años posteriores, las reclamaciones de los antiguos propietarios de cuño latifundista que exigen triunfantes luego del fracaso del camino artiguista, los documentos que ostentan para su defensa, los antiguos donatarios, aunque muchos ocultan su origen artiguista, de allí surgen los materiales que permiten desentrañar lo que para la historia tradicional era un misterio.

Los autores presentan esta parte del estudio por regiones, a saber: jurisdicción entre el Río San José, Río Negro, Costa del Uruguay y Río de la Plata, donde era comisionado como Subteniente de Provincia, Manuel Durán; jurisdicción entre los ríos Uruguay y Negro, en que actuó como comisionado el subteniente de Provincia Raymundo González; jurisdicción a cargo de Hilario Pintos, al norte del Río Negro, limitando con el Salsipuedes, el río Negro y la frontera; jurisdicción desde el arroyo Santa Lucía hasta la costa del mar, a cargo del Subteniente de Provincia Manuel Cabral; jurisdicción del Alcalde Provincial Juan de León, entre los ríos Yí y Santa Lucía; jurisdicción del subteniente de Provincia Cayetano Fernández, entre los ríos Yí y Negro; cada uno de estos estudios está contenido en un capítulo con un mapa adjunto donde constan los terrenos repartidos de españoles, aporteñados, desertores o emigrados; los predios de los hacendados patriotas y de pequeña propiedad, los campos que aún no han podido determinarse, etc.

El estudio de cada sector jurisdiccional se realiza, según los datos que han podido obtenerse, predio por predio y propietario por propietario a la manera de pequeñas monografías donde constan abundantes datos sobre el latifundista damnificado y sus herederos y asimismo respecto a los donatarios ocupantes.

De esta forma se llega a un relevamiento muy extenso de la propiedad territorial que pone de manifiesto la amplitud y alcance de la revolución agraria artiguista.

G. B. P.

CARLOS MARX - FEDERICO ENGELS. Obras escogidas en 1 tomo. — Ed. Progreso, Moscú, 1969, 855 págs.

Acaba de llegar a nuestras manos esta recopilación de las obras y las cartas más importantes de Marx y Engels; más importantes por cuanto en ellas se exponen la filosofía, la economía política, la teoría del comunismo científico y los fundamentos de la estrategia y la táctica del proletariado, es decir las partes integrantes de la doctrina marxista.

A nuestro juicio ha sido un gran acierto la incorporación de algunos trabajos de Lenin porque en ellos se analizan, sintética pero brillantemente, los rasgos fundamentales del comunismo científico y también los de sus creadores. Dichos trabajos de Lenin son: fragmento del artículo **Carlos Marx** (escrito en noviembre de 1914); **Federico Engels** (1895) y **Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo** (marzo de 1913). Estos textos de Lenin no figuran en las anteriores ediciones de las Obras Escogidas de Marx y Engels en dos tomos. Tampoco figura el parágrafo 7 del Capítulo XXIV de **El Capital**, ni **Sobre la acción política de la clase obrera** de Engels. Por supuesto, que la edición que comentamos, no puede, por su extensión, abarcar el conjunto de las obras que integran los dos tomos aparecidos con anterioridad.

Como siempre, la Editorial Progreso ofrece una excelente presentación gráfica, una portada sobria y de calidad.

La obra es de por sí, como se comprende, muy recomendable para quienes no posean las ediciones anteriores, tanto más cuando en el presente no existe en plaza uno de los dos tomos de las Obras Escogidas.

Publicaciones Recibidas

Boletín de Información del Partido Comunista Rumano, Nº 14; POLITICAL AFFAIRS, agosto; LUPTA DE CLASA, Rumania, Nos. 8 y 9; **Antifascistas en los puestos dirigentes de la RDA**, Editorial Zeit im bild, RDA; **La Vie Internationale**, Moscú, Nos. 5, 6, 9 y 10; **Kommunist**, Moscú, varios ejemp.; **Voprosi istorii**, Moscú, varios ej.; **Pravda**, Moscú, varios ej.; **Trud**, Moscú, varios ej.; **Partiinaia Zhisn**, Moscú, varios ej.; **El agitador**, Moscú, varios ej.; **Autoeducación política**, Moscú, varios ej.; **Komsomolskaia Pravda**, Moscú, varios ej.; **Rinascita**, Italia, varios ej.; **Granma**, Cuba, varios ej.; **The Pyongyang Times**, Corea, varios ej.; **Novedades de Moscú**, varios ej.; **Tiempos Nuevos**, Moscú, varios ej.; **El Pueblo**, Ecuador, varios ej.; **Unidad**, Perú, varios ej.; **Política Internacional**, Yugoslavia, Nos. 470 y 471; **Canadian Tribune**, Canadá, varios ej.; **Perspectivas de diálogo**, Nos. 37 y 38; **Diplomáticos nazis al servicio de Bonn**, RDA; **Estudios marxistas**, Colombia, Nº 2; **Voprosi economiquii**, Moscú, Nº 10; **Voprosi filosofii**, Moscú, Nº 11; **Documentos Políticos**, Colombia, Nº 82; **Boletín** del Servicio de Información del PSU de Alemania, RDA, Nº 8; **Guía del Cuerpo de Taquígrafos**, Nº 127 y sup.; **Cómo se acaban las guerras**, varios autores, Editorial Progreso, Moscú; **La Mujer Soviética**, Moscú, Nº 10; **Unión Soviética**, Moscú, Nº 11; **Cultura y Vida**, Moscú, Nº 9; **Literatura Soviética**, Moscú, octubre; **Así se templó el acero**, Nicolai Ostrovski, Edit. Progreso, Moscú; **Rebato en la noche**, G. Guerasimov, G. Kuznetsov, V. Morev, Edit. APN, Moscú, 1968; **El sistema socialista mundial y el movimiento de liberación nacional**, A. Yákovlev, Edit. APN, Moscú; **El movimiento de liberación nacional**, varios autores, Edit. APN, Moscú, 1968; **Crisis en China: sus causas y su carácter**, Liparit Kinzadzhán, Edit. APN, Moscú; **¿Quién es más fuerte?**, Valeri Suslov, Edit. Progreso, Moscú; **Insurgencia juvenil, ¿Revuelta o revolución?**, Rodney Arismendi, Ediciones Pueblos Unidos, 1969; **Miedo, su servidor**, Paulina Medeiros, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1969; **La lucha del Partido Bolchevique contra el trotskismo**, varios autores, Ed. Progreso, Moscú; **Problemas de la distribución de la industria socialista**, A. Probst, Ed. Progreso, Moscú; **Revista Internacional**, Nº 11; **Obras Escogidas** en un tomo, C. Marx y F. Engels, Ed. Progreso, Moscú, 1969.

AGRADECEMOS Y RETRIBUIMOS LOS SALUDOS DE:

Sociedad Germano-latinoamericana de la RDA - Secretaria Ilse Jahnke.

La Mujer Soviética - URSS.

Nowe Drogi - Polonia.

Ediciones Pueblos Unidos - Montevideo.